

12x20
EL LIBRO de los MILAGROS.
DE NUESTRA S.^{RA} del ESPINO.



R. 491

EXCE

EL LIBRO DE LOS

OBRA FON

Don Manuel Ceval Romero

PRESENTILLO

Parroco que fue de Hoya del Espino

El Libro de los Milagros



1041044

199

1944

199

El libro de los Milagros

R. 6912

EL LIBRO DE LOS MILAGROS

OBRA POSTUMA

DE

Don Manuel Castel Romero
PRESBITERO

Párroco que fué de Hoyos del Espino

Depósito legal



Avila

EDITORIAL: Tipografía y Encuadernación de SENÉN MARTÍN
Plaza de José Tomé, número 2

1944

R. 2 P. 2

EL LIBRO DE LOS MIEGROS

OBRA POSTUMA

DE

Don Manuel Castel Romero
PRESBITERO

Párrafo que fué de Hoyos del Espino

Exposita legal





D. Manuel Castel Romero

Párroco que fué de Hoyos del Espino y autor de la obra.

Nihil obstat.

Lic. Justus Sánchez.

Imprimi potest

Abulæ 20 Junii 1944.

† *Sanctus, Epcus Abulen.*

D. Manuel Castel Romero
Párrafo que fue de Hoyos del Espino y autor de la obra.

Dedicatoria y recuerdo

Al pueblo religioso y culto de Hoyos del Espino, que, al sacar a luz esta obra póstuma de su llorado Párroco, D. Manuel Castel Romero, se honra, al honrarle, porque demuestra saber apreciar al sabio, celoso y literato Sacerdote que con cincelado estilo ha logrado levantar un monumento más duradero que el bronce, ære perennius a sus glorias, dedico esta Historia de Nuestra Señora del Espino, que el autor quiso llamar El Libro de los Milágnos.

¡Bien por Hoyos, que hoy cuenta un nuevo favor a su Virgen del Espino, al haber visto libres de la muerte y volver sanos y salvos los soldados todos del pueblo en nuestra guerra de liberación gracias a su Madre y Reina, Patrona de la Sierra.

He procurado no poner nada de mi cosecha, fuera de lo imprescindible, todo lo bueno es del Autor; accedo a editarla a ruegos de los parientes y feligreses de mi antiguo discípulo y cariñoso amigo Castel, quien me leyó la presente obrita en que puso no poco del talento y corazón que le dió el Señor en abundancia y hasta creo se acordó de mí para tal menester en su lecho de muerte.

Dios se lo pague a todos y haga que su lectura aproveche espiritualmente a todos.

EL EDITOR.

Avila, 17 de Febrero de 1944.

EL LIBRO DE LOS MILAGROS (1)

Hoyos del Espino es un pueblo pequeño nacido en las entrañas de la Sierra de Gredos, muy cerca del famoso Circo. Se asienta a más de mil quinientos metros de altura, en una angosta hondonada que hace la Sierra como una breve pausa o desfallecimiento en continuo impulso de ascensión. Por esta depresión las nacientes aguas del Tormes, más que correr, saltan por un desnivelado lecho de piedra.

El nombre de Hoyos le debe a la circunstancia de lugar. Es un hoyo desde el que a cualquier parte que se vuelva la vista, topa pronto con una pina ladera por la que, resbalando, la mirada sale disparada hacia lo alto: su horizonte es el cielo. Al norte, este y oeste, la montaña le amuralla. Al mediodía se extiende a sus pies la depresión dicha por donde corre el Tormes. Luego la montaña se encrespa otra vez, rápida y poderosa, cerrando el horizonte de oriente a poniente con un paredón sombrío crestado por las costas más altas de toda la orografía central. Es el macizo de Gredos; un trozo de naturaleza torturada y torturante por sus convulsiones pétreas; la montaña de granito desnuda con sus

(1) El lector ávido de leer las glorias de Nuestra Señora del Espino, puede pasar este largo capítulo de prólogo razonado innecesario hasta cierto punto para la cabal inteligencia del LIBRO DE LOS MILAGROS, y después saborearle despacio a su voluntad. Empezaremos, sin embargo, el libro por él, porque así plugo a su autor y porque encierra un estudio profundo de psicología de multitudes, al analizar política, religiosa y socialmente el concepto de pueblo, y encerrar no pocas bellezas de fondo y de forma.—*El Editor.*

paisajes recios y angulosos, sus vertientes escindidas, sus canales oscuras, sus desniveles abismales desde donde la cordillera se levanta hasta tocar las nubes con su línea dorsal, sus picachos que sobre ella aún se yerguen y se lanzan al cielo con irracional pujanza.

Este formidable accidente caracteriza todo el paisaje de los pueblos serranos. En las alturas todo es roca viva. En lo bajo de las vertientes y en los vallecillos una leve capa de tierra vegetal la recubre como una piel cromada de todos los verdes. Pero aquí y allá, esta piel fina y tirante estalla dejando ver por sus desgarrones el granito de la montaña (la armazón ósea).

A estos paisajes se refería hace tres siglos Mariana, motejándolos de «alguna fealdad». Los antiguos siempre sintieron ante la montaña un misterioso terror, Hoy, sin embargo, nadie discute a estas regiones una belleza que llevan bien manifiesta en sí y variable en sus metamorfosis.

Debido a su excepcional altitud, durante la mayor parte del año, en el paisaje serrano domina la blancura de las nevadas. Su invierno se extiende, tirano, a través de seis meses: de Octubre a Abril. Entonces comienza la primavera serrana: una primavera pujante y dilatada a través de Mayo, Junio y Julio en que el campo ofrece un perenne verdor. Apenas un estío tardío quiere agostar estos verdes, un otoño prematuro los vuelve a reverdecer. Nieblas densas y abullonadas recorren los flancos de la montaña deshaciéndose en agua. Pero el otoño es corto también. Pronto, la cerrazón sombría se trueca en una claridad de ofuscante albor: es la nieve otra vez, el bello y cruel ornamento de la Sierra...

Sujeto a estas mutaciones o avatares de la naturaleza, está el pueblo. Por su situación, es el centro de turismo más importante de Gredos, cabeza de una zona turística que lleva su nombre etc., etc... Pero sobre todo

ello, Hoyos del Espino tiene una celebridad mayor a la que debe su apellido.

A la mitad de una de las laderas que forman *el hoyo*, separado un kilómetro aproximadamente al noroeste del pueblo, se levanta un templo de granito de buena construcción, pero sin nada de extraordinario en su apariencia. Sin embargo, un ojo capaz de percibir relaciones más sutiles, descubriría, percibiría lo extraordinario de dicho templo: la coordinada espiritual que determina la situación de los grandes santuarios españoles, pasa, estremecida por aquí. Es éste el Santuario de Nuestra Señora del Espino, el santuario más famoso de toda la serranía...

Como las ovejitas y los terneros que vienen a comer el pasto de las praderas que le circundan, así acuden a apacentar en él sus ansias de consuelo y de alivio las almas: naturalmente. La devoción a Nuestra Señora del Espino, sus prodigios y todo, es una cosa natural para estas gentes que la respiran como el aire, la ven como la luz, casi sin darse cuenta de ella, como si lo extraordinario y sobrenatural fuera que ello faltara: que la Virgen querida no tuviera aquí su santuario y que desde él no repartiera incansablemente sus gracias.

Nadie la ha historiado; nadie, al parecer, ha echado de menos su historia, acaso porque todo vive virtualmente en el presente y el presente no necesita historia. Existen, sin embargo, testimonios escritos que, como otros muchos desaparecidos, están en grave peligro de desaparecer. A pesar de ello, a nadie se le ocurrió prevenir tal desgraciado evento, publicándolos. Yo mismo que durante varios años he respirado el delicioso perfume de esta tradición y he enriquecido mi alma con sus influjos, jamás pensé en llevarla al libro. Más todavía: en estos momentos, después de terminado, el por qué me decidí a escribirle, aún lo ignoro.

Así, no se hallará en este Prólogo, cual es corriente, una razón del libro que se ofrece, ya que esa razón yo no la sé. Si sé el por qué de este Prólogo que se me ha ocurrido—en la primaria acepción de esta palabra: ocurrir salirle a uno al encuentro, encontrarse—y yo he recogido, no sé si con acierto para este lugar, ya que anteponer a tal libro tal Prólogo, necesita, casi una justificación. De ello voy a hablar.

*
**

El origen de ésta, como el de todas las tradiciones, suele ser indeciso. Su fama se elabora a través de los años con el encadenamiento de hechos maravillosos o la persistencia del prodigio y, cuando llega a tal punto álgido que necesita la crónica o el documento escrito, ha pasado tiempo y la fecha del hecho inicial se ha esfumado. En tales casos, más que afirmar por leves indicios, casi caprichosamente, una fecha, es preferible acotar un espacio de tiempo en cuya amplitud se tiene la seguridad de coger como entre un paréntesis la efeméride. Reducir lo más posible ese espacio temporal mediante la inducción más lógica, es una actitud razonable. Mi pretensión en tal sentido, es la causa ocasional de este Prólogo.

Porque remontar el pasado en busca del origen de una tradición viva, no es lo mismo que hacer excavaciones en busca de las huellas de una civilización finida. Amontónanse, indiferentemente, los materiales a un lado y otro, y solamente el hallazgo del vestigio nos estremece. En nuestro caso nada hay inerte. Agarrados al hilo de la tradición vamos entrando en conocimiento con gentes y generaciones y, quiérase o no, la sensibilidad padece al escuchar a cada una su vagido peculiar que se destaca entre el rumor de la vida del pueblo vida

colectiva e ininterrumpida que se trasmite a través de las generaciones como a través de sus vértebras. La emoción es continua. Sobre todo si, como en nuestro caso ocurre, la tradición nos lleva por los caminos más íntimos.

La misma palabra tradición, aquí no conviene bien porque expresa menos de la realidad. Significa entrega de unos a otros exteriormente, de mano en mano; significa que la generación que nos precede, como esos santos antiguos que traen en sus manos el modelo reducido de un templo, traen en las suyas, para entregárnoslo, el tesoro de esta devoción... No es eso, no. Esta tradición que nos ocupa, no se trasmite externamente de mano en mano, ni siquiera de boca en boca; porque no es solamente una fe, ni un mero conocimiento; es algo íntimo, asimilado, vital, es ya un sentimiento también, algo que se trasmite de una generación a otra vitalmente, directamente de alma a alma por toques vivos de su substancia, como se dice que es la locución angélica.

Penetrar en el pasado de un pueblo agarrados al hilo de tal tradición, no nos hace espectadores de hechos de más o menos relieve llevándonos por una ruta paralela a su vivir; nos arrastra dentro de su corriente vital, por la médula de su vida colectiva como por un camino oscuro y ardiente donde se ve menos pero se sienten a cada paso los estremecimientos que vitalmente la sacuden.

El primer sorprendido he sido yo. Aún cuando toda búsqueda tiene siempre algo de aventura, es raro salir, como Saúl en busca de cualquier cosa y volver a casa con un reino.

No pretendía yo sinó reducir algo los años dentro de los cuales se encierra el origen de esta tradición: liviana accidentalidad en torno al hecho intestable de la aparición de la Virgen, y me hallo, remontando la vida del pueblo, sorprendido con el mecanismo de su biología simple y compleja como un hecho de la naturaleza

en que siempre van mezclados la naturalidad y el misterio. La tradición, no sé si para mayor fortuna, es remota y ahonda en el pasado hasta un punto en que el pueblo apenas es pueblo, porque un poco más atrás, sus componentes naturales y formales andan dispersos.

Un pueblo

Estos componentes los reduzco a tres: la naturaleza, la raza y el espíritu. El espíritu es como el alma colectiva; un complejo de factores espirituales que con una combinación proporcional y una mecánica distinta en cada caso, dan una unidad y una faz típica y original que se manifiesta en el carácter y constituyen el elemento integrador y diferencial de eso que llamamos con el nombre tan profundamente humano de *un pueblo*.

En una marcha atrás hacia los orígenes, el espíritu es lo primero que desaparece: se esfuma. Porque su *espíritu*, como el alma al niño, no viene al pueblo hasta que está físicamente formado y surge precisamente de su madurez. Aún más atrás, la unidad de hombre y naturaleza se desintegra; es ésta tan íntima que al quitar a los habitantes de una región lo que la región ha puesto en ellos a través de los siglos, quedarían desconocidos.

La naturaleza, la región, la comarca donde el pueblo está enclavado, es algo más que un mero recipiente. Aunque al parecer pasiva y dejándose cambiar por el esfuerzo humano, en realidad moldea al hombre con su enorme presión irracional y cósmica. Le rodea, le coacciona, le obliga con la fuerza de su aparente pasividad. El pueblo mismo es paisaje. Las viviendas parecen surgir como una erosión, como una protuberancia insignificante del suelo. El tapial de la moraña es un trozo de terrazgo que ha perdido su horizontalidad; aquí en la Sierra la roca que forma la pared se ha formado allí

mismo o ha sido arrastrada allí geológicamente, en un acarreo de siglos. Es decir; que hasta aquello con que el hombre se aísla de la naturaleza, la casa, está rezumando emanaciones telúricas, que le influyen.

Oh, ese clima extremo o suave, húmedo o seco, con muchos o con pocos días de sol..., Oh, esa tierra fértil o escasa, fácil de trabajar o laboriosa, frondosa o desolada, soltando en fuentes y arroyos el agua que sobra en sus entrañas o deshecha en polvo torturada por la sed, cómo recría y reforma al fruto humano en su regazo!

El paisaje en su estricto sentido, lo más espiritual del paisaje. el color, la forma, la silueta de los horizontes, la luz, los olores, los ruidos típicos o su ausencia, el ritmo de los cambios, su variedad o su monotonía, y luego otras emanaciones que no percibimos, todo ello nos envuelve, nos recalca, deja en nuestro ser huellas sutiles, imperceptibles, casi nulas...; pero son tantas, son tan continuas las que deja al tocarnos con sus infinitos dedos, que, al fin, cede a esta maceración tan suave y persistente, nuestro ser físico y espiritual. También este es hijo en parte del paisaje. No solamente porque sus elementos físicos dan precipitados emocionales y aún espirituales. Sobre todo ello, es que el paisaje tiene *un sentido*, que es un elemento trascendente, teológico o teleológico, que habla directamente al alma.

Compréndese por qué el hombre de cada región, hállese en ella, buena o mala, a gusto, como el pez en el agua, como el niño en la cuenca maternal.

La naturaleza cohibe al elemento humano a la vida en común a que también tiende por instinto; pero no basta la mera agrupación para constituir el pueblo. Falta un tercer elemento que llamo en un sentido lato, espíritu, y que brota del grupo humano como del tallo la flor.

Antes de llegar a esta floración precede una época de

madurez en que la agrupación humana urde y enlaza a sus miembros con una trama casi infinita de acciones y relaciones recíprocas afectivas, económicas, familiares, de atracción, de competencia y colaboración, de oposición y pugna, etc. Estas relaciones mútuas van de miembro a miembro, de uno a muchos, de muchos a uno, de varios a varios, como una malla viva y cambiante en que continuamente los hilos se multiplican, se rompen, se anudan, se varían y sustituyen, se entrecruzan, o se desvían con una celeridad y continuidad insospechada. Bajo las grandes relaciones aparentes y visibles a todos, bulle una serie innumerable de procesos espirituales ató-



Vista general de Hoyos del Espino.

micos, minúsculos, insignificantes y desconocidos, que son los que dan cohesión social al grupo.

En medio de este hervor incesante de tendencias y fuerzas materiales o anímicas ya concordes, ya encontradas, fermenta algo en el fondo. Sobre el grupo diverso, orban corrientes de esencial afinidad que le po-

larizan; consciente o inconscientemente, la actividad antes singular e independiente, se acopla y encaja como algo orgánico, y un día, sabe Dios de qué secretas oficinas salida, surge y se encuentran como con cosa ya antigua, con una unidad sobreindividual, superior, distinta de todos los componentes cada uno de los cuales se reconoce en ella y al mismo tiempo todos la reconocen suya. Es lo que llamo *el espíritu, el alma* porque anima e informa a la comunidad. Los factores espirituales externos de cultura y religión han actuado enérgicamente sobre la vida que mana del grupo y al cabo del tiempo se ha producido una forma, algo que se expresa en un *modo vital*, en un *estilo*, un carácter que es como una *facies* espiritual que tienen los vecinos de cada pueblo muchas veces contra su voluntad, y siempre sin su permiso, como la fisonomía física que se trae al nacer. Ahora es cuando la agrupación humana es un pueblo.

Estos tres elementos en que descomponemos el pueblo, se mezclan y se rectifican entre sí: el hombre varía a la naturaleza, la naturaleza modela al hombre, la idea cultural y religiosa cambian al elemento humano y, a su vez, al hacerse en él vida, la idea incluso la religiosa, se corrige también. La religión que tan hondamente reforma al hombre, entrando en él cede de su rigor dialéctico al hacerse vida, y según la densidad temperamental de los individuos sufre desviaciones como el palo inmerso en el agua ofrece un fenómeno de desviación de la normal.

De las múltiples diferencias entre las regiones naturales, de los casi infinitos modos y grados de combinarse estos tres elementos, naturaleza, raza y cultura, brota la enorme diversidad de pueblos y sus semejanzas.

De su alma, de su manera de ver, de su peculiaridad típica y original que brota de esas íntimas honduras de cada pueblo, incomprendible para otro, porque cada uno tiene su manera de ver, que es su manera de ser; de

ello se percibe lo exterior; el carácter, la fisonomía. Eso que se llama el atributo más íntimo e inalienable. Pero es un atributo nada más. La raíz, el sujeto quien se atribuye ese atributo, es lo diferencial, lo original, ese ser único que ha resultado de nuevo básico proceso, el *genius loci*, el genio, lo génito, lo engendrado. En lo más profundo tiene su ser, su fruto de individualidad, su originalidad de donde mana lo característico de su vida, que tiene toda la actividad vital.

Pero el carácter es una resultante; el manantial de vida diferencial y propio es el alma colectiva, el *genius loci* que da al pueblo su peculiar manera de ser y de tender, *tender* tendencia, como una cosa necesaria, de necesidad física que es la operación de todo principio vital. Ahora bien a todo tender propio le corresponde una acción propia e incambiable.

El pueblo, el alma colectiva tiene dos impulsos: uno espiritual y otro material determinados naturalmente por sus dos necesidades. La colectividad no opera por órganos individuales, pues son para ella inaptos; ha de tener—la necesidad crea el órgano—, órganos propios de acción—y los tiene naturales, no inventados, brotando de sus entrañas; el municipio y la parroquia.

El Municipio.

Si un hombre de pueblo y un vecino de la ciudad se pusieran a hablar del Municipio, aun refiriéndose a un concepto jurídicamente el mismo, apenas se entenderían. El mismo nombre —Municipio— tiene en los labios de uno y otro una prosodia diferente. Pero no es una mera matización verbal. Es que bajo una misma estructura jurídica, se refieren, nombran dos realidades bien distintas.

Mientras para el de la urbe es un frío organismo bu-

rocrático-administrativo cuya existencia se acepta por su necesidad, esto es: por una mera justificación intelectual de la razón, para el aldeano es una cosa viva, cálida y densa, necesaria en un sentido vital para él, a la que se siente unido aun más que por el afecto. De sus relaciones con la Provincia y el poder central, de su técnica burocrática y servicios exteriores, el aldeano sabe muy poco; y lo más seguro es que de su definición legal, no sepa nada. Pero su naturaleza íntima, lo que es y lo que debe ser, lo conoce a fondo, sin conceptos intelectuales, por intuición del alma.

Para él el Municipio es algo orgánico que vive con vida propia, no por creación administrativa, no por ficción. Por eso no necesita de aparato externo ni de símbolos. El Municipio aldeano, el Concejo, se disloca de la casa Consistorial y se constituye en la plaza, en el campo, en una casa particular, para tomar los más trascendentales acuerdos, sin bastones ni insignias. En todas partes, sin embargo, le acompaña una actitud colectiva, que es algo más intenso y distinto que una mera adhesión y aun que un afecto.

Esta consideración del aldeano al Municipio, proviene, no de sentirse inmerso en él, sino de sentirse en él potenciado. El, como individuo, conoce bien su poder individual y su limitación; mas como vecino, como parte del Municipio siente ampliarse enormemente el círculo de sus posibilidades, ya que lo imposible a él individualmente, se lo fía a esa entidad superior, a la que atribuye un poder de contornos imprecisos, cuyo límite no se alcanza bien. Esta misma vaguedad del poder municipal, — no esta palabra en su corto sentido y como se le considera en derechos y con derechos taxativos, sino como hecho natural, vital—tiene algo de místico, y se la considera desde luego mayor que la suma de todos los poderes individuales,

Obsérvase que los individuos de los pequeños pueblos individualmente son tímidos y débiles pero colectivamente estos concejos pequeños son los más irreducibles (por compensación.)

Por fé o experiencia el aldeano al obrar así demuestra estar en posesión de una verdad indubitable y es que la colectividad, la entidad social en cuanto tal, extrae de donde sea energías aprovechables, no solamente nuevas cantidades, sino nuevas calidades que el individuo jamás podría conseguir y que es como su operación específica.

Pero no es esto, en lo que es común con toda sociedad, lo peculiar del Municipio. Su objeto propio es el *procomún*.

El *procomún* no se confunde con el cúmulo de bienes individuales y comunales, *hic et nunc* los comprende; pero además son esos bienes en cuanto vienen del pasado y se dirijen o proyectan sobre el futuro ennoblecidos, dignificados o idealizados por un elemento inmaterial difícil de analizar pero que se sugiere cambiando la palabra *procomún* por la de patrimonio del pueblo. Tal patrimonio, cada generación le tiene en sus manos un momento. Propietario en tal bien, se siente todo vecino. Aún el que nada tiene, tiene como una propiedad ideal en dicho patrimonio y en el Concejo levanta su voz... Su voz a veces airada contra las incursiones de los intereses particulares dentro y en menoscabo del patrimonio común. La dignidad de la vida comunal está en saber corregir las apetencias e intereses particulares e inmediatos con la perspectiva del futuro, lo particular con lo común.

Cuando esto no ocurre, cuando los intereses particulares elevados a las sillas concejiles encargadas de la tutela del *procomún* obran en su menoscabo, la repulsa es general y si no puede prevalecer queda larvada y se manifiesta como puede. Son silencios, son murmullos.

es pasividad, es en último término un desentenderse digno y dar lo hecho, por hecho y consumado que esté, como no hecho sinó al margen de la voluntad del pueblo.

Tales estados de ánimo tienen más influencia de lo que parecen, La vida municipal no se encierra en la Casa Ayuntamiento. Se derrama a la calle, a la plaza, a los hogares y actúa en cada momento. Sus asuntos son cosa familiar y diáfana para el aldeano que tiene de ellos un conocimiento y preparación honda que le capacita para discurrir sobre ello. Ello es necesario. En el pueblo —círculo social pequeño— lo público que cruza a cada paso con lo privado, se confunde, choca, ha de componerse, y de sus soluciones se habla en los escaños de las cocinas, en los caminos al ir y venir del trabajo, en la solana los días de asueto y todo culmina en los concejos generales o reuniones de pueblo,

Una reunión de pueblo. Quien al oír tal nombre le sugiera una masa de gentes tal cual se manifiestan en las ciudades, se engaña. Nada más distinto. La masa se mueve por fuerzas primarias, por impulsos sintiendo más que comprendiendo la razón de sus exigencias perentorias, Por eso lógicamente, no puede oír al adveario; le arrolla. Es sin embargo mudable, como falta de base objetiva. Múltiples sugerencias y acciones nerviosas la recorren como sacudidas eléctricas y la hacen cambiar de faz; toda crítica y raciocinio se anula; la incidencia más fútil, a lo mejor se amplifica, se hincha como una ola, y lleva a la muchedumbre a determinaciones alógicas.

La reunión de pueblo en que cada uno lleva un conocimiento objetivo, contrastado y meditado del objeto de la reunión, es lo contrario de la *masa*. Las sugerencias apenas son posibles. Cada uno tiene un conocimiento casi exhaustivo de los asuntos que les hace invariables a la misma acción de la oratoria.

En cambio, surge naturalmente la controversia. Viva y muy objetiva. Tal conocimiento del asunto supone el de las razones que opondrá el adversario y por consiguiente, su parte floja. Aunque de toda discusión sale la luz, de estas reuniones de pueblo, siempre muy cálidas, he-



Arco del Puente del Duque.

mos de reconocer que pocas veces a la primera vez sale el acuerdo. Y el acuerdo es precisamente el fin de estas reuniones y la base de la vida aldeana.

¿Cómo lograrle? La fórmula de la votación rigurosa

que pasará por todas las mentes el aldeano las rechaza. Una votación—y tanto más, cuanto parece ser más necesaria, esto es: cuando las fuerzas que se oponen parecen ser iguales y no se advierte de otra manera la mayoría—no hace sinó exponer en toda su crudeza la disensión. El criterio de los más prevalece por una *razón* numérica sobre los menos que la aceptan como una coacción, y por consiguiente solo exteriormente, y pugnando contra él cuanto pueden, como efecto de una actitud que persiste: el desacuerdo. Y es el acuerdo, ya lo hemos dicho, el fundamento de la vida aldeana.

El aldeano lo desecha porque sobre esa base de discordancia la vida estrecha de la aldea es imposible. Y admite otra fórmula, también de sufragio, pero de sentido más fino.

Después de ese Concejo, de esa reunión de pueblo, ineficaz al parecer, no lo ha sido, por el intercambio de razones en la polémica. El asunto vuelve a las cocinas, a las calles, a la plaza... y al fin surge una opinión de amplia base en el grupo, de claro predominio, que se ve sin votación. Cuando francamente mayorista surge tal tendencia, se instaura por sí misma, el grupo hasta entonces disidente, deja de serlo. Ya, lo acordado deja la opinión de unos cuantos, más o menos, y es algo superior, trasindividual, algo tras lo que unos y otros andaban a la búsqueda. Aquello es, lo que quieren todos, porque el pueblo es uno, con una cierta manera de ser, con una tendencia o una conveniencia en cada caso particular, que es como un querer, una voluntad; la franca mayoría descubre como por mística intuición esa voluntad, y los disidentes no ven en ella sinó la voluntad del pueblo, su misma voluntad, e íntimamente la aceptan y colaboran con ella, quedando entre todos el acuerdo.

A tales resultados se llega sin ningún apoyo legal. A veces es la ley misma — leyes centralistas ajenas mu-

chas veces a las realidades de los pueblos—la que presta su apoyo al disidente enredador, leguleyo. El alcalde que tiene que mirar ante el poder central por el cumplimiento de las leyes que le exige ese poder central, no puede hacer nada. Pero entonces surge una nueva fuerza natural, vital: una acción espontánea de todos, del grupo sobre cada uno de sus miembros cohibiéndoles a la aceptación y cumplimiento de su alta voluntad.

Esa voluntad de la colectividad, es decir: esa acción que viene ya predeterminada por los factores naturales del pueblo, que es como su manera de ser, su exigencia o su tendencia, necesita más bien que quien la dirija mucho, quien no la estorbe. El alcalde y concejales han de saber percibirla, siendo los tutores y guías de esa continuidad histórica interpretándola.

Esa voluntad, al fin, no es sinó el mismo ser del pueblo que, según su formación peculiar, íntima, postula ante cada paso decisivo una solución única, determinada que en su verdad objetiva, es independiente y está sobre los pareceres más sabios.

Una acción de tal clase que viene ya como predeterminada, por los factores naturales del pueblo, que es como su tendencia, necesita al discurrir por el cauce municipal más bien que quien mucho la dirija, o fuerce quien no la estorbe. Quien sepa percibirla y servirla. De aquí la importancia que en la elección de representantes en el municipio aldeano, tiene el factor humano sobre el intelectual o técnico, si además es técnico, mejor; pero si no el hombre honrado de solvencia moral es el apto. Porque el alcalde es el tutor ante todo de esa continuidad histórica a que ha de ser fiel. Ante un pueblo reunido en concejo, es ésta la cualidad de más estima. La opinión garantida por una conducta ética pesa más que los racionios sugestivos de los ilustrados o que las presiones de los violentos. Mientras hoy se bus-

ca por todos los medios y casi exclusivamente, al capacitado, al entendido, al técnico, éste es el técnico que ha regido los pueblos cuando éstos han marchado bien: el hombre bueno.

La influencia de tal magnífico elemento en la vida del pueblo, no se reduce a esa fiel interpretación y tutela de la conveniencia del pueblo, es aún más honda.

La vida aldeana se basa en el aprovechamiento de unos bienes limitados, pocos generalmente, y de todos apetecidos, y sería imposible sin una regulación de esas apetencias y composición de derechos en pugna. Tiene la autoridad municipal el alto fin de regular tales apetencias en pugna en parte; porque no puede intervenir en lo estrictamente privado. En esta zona actúa aún el *hombre bueno*. El hombre bueno no ya en su sentido jurídico solamente; sino en otro más amplio, más hondo y humano, extendiéndose a las discrepancias, rivalidades, competencias, rencores, malas inteligencias, etc., etc., inevitables en toda sociedad, entorpecedoras de ella sobre todo en estas sociedades reducidas de los pueblos en que tales situaciones se agrían y enconan fácilmente por ser la convivencia muy estrecha. Consciente o inconscientemente, de una manera larvada o con todo el peso de su hombría, el hombre bueno interviene conciliando, suavizando, deshaciendo obstáculos y tropiezos siendo el verdadero artífice de la vida en común.

Podrá argüirse que para vencer estas discrepancias está el interés común de la convivencia, está la ley penal que sancione gradualmente al trasgresor.

Todo ello es insuficiente. Si aun evitando cuanto la ley prohíbe se realizaran todos los actos pequeños e infinitos de enemistad, disensión, molestias y daño al prójimo que la ley no prevé, la convivencia sería imposible. El mínimun de paz y de moralidad que para la convivencia se necesita está más allá de los límites que la ley

puede garantizar con sus coacciones; Y aun dentro de esos límites del Código, lo punible se escapa entre sus mallas sutil, ya que no está en la acción misma que es indiferente; sino en su fin, en su intención en algo cuya bondad o maldad está en la raíz de la acción, en el interior del sujeto y que por consiguiente está más allá de toda acción que no sea la propia conciencia.

Pero estas cualidades de que hablamos aportadas por el hombre bueno, aun cuando de ellas se lucra el Concejo, el Concejo de ellas no entiende. Son calidades, las más finas que actúan en esa unidad humana que llamamos pueblo, para cuya regulación el pueblo posee otro órgano vital que las elabora o las capta: es la Parroquia.

La Parroquia

El Municipio, el Concejo es, ya lo hemos dicho, el órgano que el pueblo tiene para llevar a la realización sus aspiraciones naturales propias (colectivas). Pero hay en el pueblo necesidades y anhelos para cuya solución el Municipio no tiene fórmulas; hay actividades en él, las más profundas, incoercibles para sus órganos; hay, en fin, latidos violentos y llenos de deseo en el corazón colectivo, que el Municipio no llega a percibir...

Entonces, de la angostura de su término, de las múltiples sollicitaciones que le hacen mirar para la tierra, el pueblo levanta los ojos arriba hacia las postreras lontananzas que se ven más allá del azul del cielo... Hermanos: el pueblo en esa actitud es la Parroquia. La Parroquia no es más que el pueblo mirando hacia Dios; el pueblo en esa inclinación hacia arriba en que da, más o menos intensos, espirituales reflejos.

Por un error fatal y aún mucho más pernicioso y fatal porque alcanza a todos, y apenas resta nadie quien

le impugne, se acostumbra a entender la Parroquia como algo extraño al pueblo, como una sobreestructura superpuesta al ser del pueblo, aún cuando en el mejor caso se admita su bondad. Tal concepción es falsa. La Parroquia no es algo adventicio, impuesto a la espontaneidad del pueblo ni por rigor, ni por amor. Es esa misma espontaneidad y tendencia natural. El pueblo en cuyo seno actúan actividades específicas irreductibles, espirituales y materiales, tiene Parroquia y Municipio por necesidad de su ser como la montaña tiene dos vertientes. La Parroquia es la vertiente del pueblo que da a Dios.

Sobre este hecho no artificioso, sino natural se organizan las delineaciones canónicas y administrativas que se quieran; pero tales cosas que se toman por la Parroquia, no son sino accidentalidades, elementos externos y variables que actúan sobre su ser real. Tal hecho es este: La comunidad de seres en cuanto vecinos y ciudadanos es el Concejo; en cuanto Parroquia esa misma comunidad de seres no es más que una porción del rebaño del Buen Pastor encerrado y delimitada por factores naturales en un redil, que aquí abajo llamamos pueblo.

Con párroco o sin párroco, con templo o sin él, el pueblo es Parroquia: los tiene *exigitive*. La Parroquia se hace su templo como la familia se hace la casa: por necesidad. El templo parroquial es la casa común donde la comunidad satisface su impulso natural de buscar a su Dios y el párroco es el ser que está entre Dios y la comunidad para servir como medio o mediador en esa comunicación.

El pueblo, la Parroquia, necesita, exige el templo y el párroco como algo esencial para que a ellos llegue todo cuanto el Divino Pastor ha dejado para sus ovejas y que ha de dárselos porque se les debe. Por eso lo que vulgarmente se llama Parroquia, —templo y todo el me-

canismo de funciones en que se mueve el párroco— es todo ello cosa debida, un deber y el párroco es sobre todos, el hombre de los deberes,

Es el deber mismo. La función absorbe toda su persona, la anula haciéndola función. Es el enviado, el dado, el ministro. Su personalidad como Párroco, consiste en ser representación, *en ser alter*. Su derecho es el deber cuya emoción siente como otros sienten los derechos. Esto es extraño. No tanto si se tiene en cuenta que a cualquiera otra función o cargo se va en virtud de ciertas dotes que íntimamente posee el individuo que le hacen apto o acreedor al empleo en cuyas dotes, suyas, personalísimas, funda con razón sus derechos. Claro es, que a tal abnegación y despersonalización se llega no de cualquier manera. En el sacerdocio no se funda ni en trabajos ni en aptitudes del individuo; es casi como una creación *ex nihilo*, que adviene a él y la capacita para algo que estaba totalmente incapacitado por una potencia exterior que le llama, le consagra y le envía. El sacerdote es sacado para el deber, su deber es su derecho.

La vocación, la consagración crean al sacerdote, la misión es ya una consecuencia, la expresión de su vida de deber. Todo lo personal suyo desaparece. Cuando lo sacerdotal vive pujante, no pueden aparecer por parte alguna las cualidades personales del individuo que quedan no anuladas, sinó abnegadas en el carácter sacerdotal. Solamente cuando lo sacerdotal es débil aparecen éstas,—la burda hilacha que diría D. Quijote—por preclaras que estas dotes sean de que está hecho.

Lo humanamente mejor, queda desvalorado, lo hierático, ante lo *sacrum*, que lleva consigo lo sacerdotal, el sacerdote, A este ser sacro y desprofanizado es al que la parroquia exige para sus comunicaciones con Dios y

recibir los auxilios de Dios; es el ministro de Dios, toda su vida es ministerio, todos sus actos deberes.

Estos deberes los absorbe incesantemente la vida parroquial del pueblo, su más noble vida de la que la vida natural que se ve, toda la actividad vital que impresiona inmediatamente nuestros sentidos, no es más que envoltura, disfraz y encubrimiento. Es la vida sobrenatural.

Que no es algo ajeno, remoto e indefinido; No, es una vida realísima e íntima que continuamente está fluyendo y moviendo a los individuos, de la que, repítolo, la vida natural que vemos no es más que envoltura y disfraz.

Miden con un ademán lleno de sentido el trasmundo, como el heliógrafo; más al reflejo tiene un valor intencional que es el principal,

Son dos existencias simultáneas como en otro orden, las que tiene un grano de trigo u otro fruto cualquiera. Tiene una existencia en su pulpa, en su cortecita, en su forma, esa existencia dura, según el fruto, unos meses o unos años, pero dentro de él alienta, urde, palpita otra vida más potente, y cuando aquella contextura, envejece, se mengua, pudre y muere, la otra vida sigue pujante saliendo de aquellos despojos. Así dentro de estos actos naturales alienta una vida sobrenatural, que por su excelencia sobrevive sobre esa vida; y la sobrevivirá, dejando de su paso sobre la tierra polvo y ceniza, esa vida natural que nos seduce, de su soporte que aquí le valió para manifestarse, como el cohete, deja la ceniza, rastro muerto, de lo que le ha servido para elevarse. Esta vida sobrenatural, es la que regula y alienta la Parroquia. Corrientemente se suele llamar vida parroquial al conjunto de los actos naturales que ofrecen una tonalidad moral, de acomodamientos o disconformidad con las normas generales de la moralidad. Según ello se dice que una parroquia es buena, florece o no. Sucede a veces que

una parroquia considerada excelente, se desploma de la noche a la mañana a cualquier contingencia notable que conmueve, causando general v pueril extrañeza. Pueril porque esa apariencia que se toma por vida parroquial y sirve para calificarla, puede ser o no puede pertenecer a la vida parroquial, ya que a tales estados pueden concurrir factores naturales a producirlos en parte, y no son por consiguiente efecto de la vida sobrenatural, que es la vida de la parroquia. Además que tal concepción es en extremo incompleta.

Todo eso no es más que la zona de esa vida sobrenatural que confina con el exterior, una derivación, una manifestación de algo naturalmente íntimo y recóndito, como el arroyo fuente fuente fuente, de un manantial subterráneo.

Claro está que mirando así tienen una importancia muy secundaria, en comparación de la fuerza primaria, de la energía, capaz de producirlos, ese principio, a esa especie de *natura naturans* (1) de la vida sobrenatural es lo que yo llamo rigurosamente vida parroquial.

Tomada la vida en su más trascendente sentido. Dirá que esas conmociones notables derriban una cosa que tiene arraigo. Creo que una cosa viva, de vitalidad fuerte, ofrece mucha más resistencia y lucha antes de caer, lo que no suele pasar en dichos casos.

Y esa fuente está en lo más íntimo del ser, del ser completo, de la persona. Es la misma naturaleza no en su estado natural cual le corresponde, sinó *caída* por el pecado de origen en un estado inferior. Pues bien, esta naturaleza que así no podría dar sinó una vida natural, Dios por la redención no la repone en su natural estado, sinó que tal como está, lesa y lapsa, la arrebató a un es-

(1) *Natura naturans* y *natura naturata* = Criador de la naturaleza la primera y naturaleza creada la segunda.

tado sobre natural, totalmente indebido por un huracáu de gracia tan indebido que todo el impulso ascensional de la gracia que apenas puede vencer su gravedad. Así a cada paso la naturaleza cae... Tal vida en estas condiciones es extraordinaria, sobrenatural.

Queda así nuestra vida natural que rastrea sobre la tierra llamando siempre a la corrupción, en muy segundo término, como instrumento y apoyo, de esa otra vida sobrenatural en que el hombre entra por merced divina. Por eso el elemento formal y generador de esa nueva vida se llama por — tropo — gracia esto es: merced.

Y su entrada en ella regeneración, esto es, generación nueva, porque no hay vida entre los vivientes sino es por generación y para distinguirla de cualquier supuesta, renovación o sanación de la vida antigua, se la dice regeneración, nueva vida.

Su principio formal es la Gracia. Luego al decir que el alma está en gracia, hay que entenderlo, como en ese punto el verbo ambivalente ser o estar coinciden: esto es, está vivo de un ser, decimos es. Esto es un estado una cualidad que afecta a la esencia...

La gracia... ¿qué es? Si entender una cosa es nombrarla, el no poder nombrarla los teólogos, es el signo de que no la han entendido... gracia actual, eficaz, cooperante adyuvante... Y no es más que una misma cosa, la vida sobrenatural que excita, incita, alienta, regula, resiste y vive... la vida de Dios en nosotros tal y como una criatura por limitación metafísica, puede ser partícipe en esa vida. No hay anfibología; no hay metáfora. Es la realidad de una verdad, de una realidad divina que proclama cien veces el Evangelio y San Pablo formula terminante: Antes, viene a decir, como criaturas de Dios viviais en temor «*nunc accepistis spiritum (gratiam) adoptionis in quo clamamus: Abba, Pater*».

Ya, porque hemos recibido, somos hijos de Dios por-

que tenemos la vida de Dios. San Pablo expresa aquí con todo rigor la verdad de la nueva vida, la sobrenatural que es la eterna, que ya está en nosotros, la dádiva de la salvación no como esperanza sino como posesión actual, el Reino de Dios, la vida sobrenatural en nosotros incipiente y en germen...

Ya, pero amisible aún. La concupiscencia como dejamos dicho, lucha, tira por caer al hombre, al alma de ese estado de gracia inestable, indebido y la gracia actual incita, favorece los actos saludables, robustece esa vida, repara, excitando la vitalidad sobrenatural... Los teólogos dicen según cada función que excita, ayuda, coopera, lucha, en fin, contra las potencias adversas, eleva, tiende a lo alto, a Dios su fuente... la tentación sugestiva y la gracia sostiene...

Mas de esta vida esto no es más que el borde, la trama, el esquema que los teólogos trazan para satisfacer la razón. Más hondo tras de ello están las honduras misteriosas. *Oh, altitud*, donde medio patentes, medio ocultas por un sombreado místico se vislumbran palpitando y urdiendo los misterios de la predestinación, de libertad y la elección medio veladas por un sombreado místico donde la razón no puede asomarse sin sentir vértigo. La criatura ante ello tiembla y es ese temblor la altitud natural ante esa actividad divina, como una ráfaga se siente, como un espíritu que sopla donde quiere y no se sabe de dónde o adónde va.

...Este escaparse a toda razón, es la prueba más indubitable de su naturaleza divina...

Esta es la vida que regula la Parroquia. Esta vida sobrenatural, tremenda, eterna de la que depende el destino único del hombre. Mas no es válido confundir estos dos conceptos. La vida parroquial es sobrenatural, pero etc...

Dijéramos que la vida especial, es la vida de Cristo

de la que somos miembros; pero eso es común a toda la Iglesia o la propia de esa agrupación especial que llamamos Parroquia ¿qué es?

La vida sobrenatural, individual, peculiar de cada individuo, al relacionarse con las de los demás, se alienta o mengua; se modifica, se asocia en pequeñas síntesis, por afinidad, por repulsión o reacción, crea acciones recíprocas; acciones mutuas — ejemplo, el consejo — movimientos colectivos de tendencia y avance, coincidencias o unificaciones que impone la unidad de destino...

Pensar que la Parroquia es la suma de las vidas sobrenaturales de los fieles, es un error. Pensar que el estado de una Parroquia podría formularse en esta operación matemáticamente exacta; vida sobrenatural de $a - b - c - d...$ etc.; elementos contrarios de $p - p' - p'' - p'''$ etcétera... y el resultado es el estado de la Parroquia, es aún mayor error. La Parroquia o la vida Parroquial no es ese congegado atomístico de fieles; sino que surgiendo de ellos, es algo heterogéneo con sus componentes como de la reunión de granos sale un concepto y una realidad distinta: el montón.

Esta es la vida Parroquial. La Parroquia es una realidad individua, una unidad vital con una estructura peculiar, con acciones propias, específicas con reservas y recursos propios, con calidades que ni en germen se encuentran en los individuos que la componen.

La consecuencia de lo individual a lo parroquial, no vale: su biología es distinta. Lo que en el individuo tiene carácter definitivo, en la Parroquia no lo es; el mal que en el individuo es absoluto al pasar a lo parroquial pierde la mitad de su maldad; hay sin embargo afecciones fatales para la vida parroquial que para el individuo mismo que las aporta no tienen tal gravedad.

Ante la invasión morbosa que ha invadido parte de sus miembros, la Parroquia espontáneamente elabora su

antídoto; a la disgregación se opone con una mayor cohesión de sus partes sanas; corrientes de virtudes suelen producirse a continuación de la germinación de vicios contrarios; como reacción cuyo vigor depende de la salud del cuerpo parroquial. Signo aun más evidente de esta unidad vital se ofrece ante los ataques externos. Entonces aun los que están más flojamente ligados a la vida parroquial, aun los que la desconocen y aun combaten, se cohesionan, sienten fortalecerse esos vínculos o como si nacieran por primera vez y perciben como evidente con una realidad casi palpable el ser correspondiente a la Parroquia y todo ello no es más que uno de esos movimientos, de vitalidad instintivos, propios de los seres vivos ante la situación hostil.

El elemento sobrenatural de la vida en la Parroquia es, y no puede ser otro, lo mismo que en los fieles que la componen: la Gracia. Aun sin confundir la vida parroquial con la suma de las vidas sobrenaturales de los feligreses, la vida de cada feligrés le pertenece, es vida parroquial; pero sobre eso es algo más. Al ascender lo particular a lo colectivo, la actividad de esta vida se hace infinitamente más compleja, se potencia y acaudala con nuevas gracias, en cantidad y calidad, bien que una vida así engrandecida va menguada, lacerada por un impulso contrario proporcionado por la asociación de la mala propensión que aporta naturalmente cada individuo... sufre auge. Resulta así que lo que potencia es este antagonismo trágico, esta dualidad.

La realidad es que cada día, en cada hora uno o varios de los fieles de una parroquia caen, mueren como células de un organismo. La Parroquia experimenta una pérdida de gracia, una pérdida de vitalidad, sufre un descenso. Pero es una muerte típica, en que se puede morir más, una muerte activa, mortificante que opera en su torno... procurando extenderse, expulsar la gracia de

otros. aniquilar la vitalidad... Entonces las potencias de conservación de la Parroquia actúan, los elementos, la Parroquia reacciona con sus elementos sanos que adquieren mayor vitalidad, absorben más gracia e imprimen a la Parroquia un impulso ascensional. La misma pérdida sufrida por los elementos muertos, por la naturaleza y la fuerza de la conservación es tal, que es como una herida que al sentirla en su ser el cuerpo parroquial, es un excitante, un estímulo; la misma causa que produce ese efecto negativo, desorganizador, mortal, secundariamente provoca otro de signo inverso como incitante, que hace nacer en la Parroquia géneros de gracia, virtudes que sin esa oposición no hubieran aparecido en los feligreses en gracia; realizase aquí por modo total aquello de enriquecerse el justo con la sustancia del pecador...

Otro modo de convertirse.

En cada momento, en cantidad y calidad, la gracia que posee la Parroquia, es variable; de esas oscilaciones depende la plenitud o las menguas de su pulso vital.

Así una Parroquia es — digamos más propiamente: está— mejor, peor, florece o adolece según que la gravedad de las culpas de sus componentes, la hacen perder gracia y la hacen rastrear o saber compensar sus pérdidas con creces con un caudal de gracia creciente y expansiva que le presta su levitación y la imprime un rumbo ascensional.

La Parroquia tiene una ruta ideal, perfecta. Marcha sin embargo por un rumbo que es la resultante de dos fuerzas contrarias: la levitación de la gracia y la gravedad de los pecados. Como esta proporción es variable así varía y sube o baja su dirección. La abertura entre su dirección ideal y la ruta actual marca en cada momento lo dramático de su destino.

Salta ahora a los ojos la necesidad que tiene la Pa-

roquia del párroco, del ministro de Dios. La Parroquia se provee de gracia, de vida, por los actos parroquiales. La predicación, las bendiciones, los sacramentales todos... El párroco, el ministro, el *homo Dei*. Sobre todo por los Sacramentos... Los Sacramentos son poderosas efusiones de gracia que Dios derrama en los puntos y coyunturas más críticas de la vida parroquial: ingreso en esa vida sobrenatural —parroquial—, sustento, propagación, recuperación o regeneración, cuando se pierde, fortaleza para la hora de salida de ella; y fortaleza para luchar dentro de ella... para oponerse a los elementos contrarios en compensación y pugna...

Una pugna especial. La Parroquia. Lo específico en la vida de la Parroquia es lo sobrenatural, la gracia; lucha pues contra lo que se opone directamente a la gracia: la des-gracia, el pecado. Jamás puede movilizar al justo contra el pecador... para anularle, para menguarle bajo ningún pretexto, pues eso sería contradecir su propia vida, sería desgracia, pecado. No lucha del justo elemento auténtico de la parroquia, la de la parroquia no va a aniquilar, a reducir la vitalidad de parte de ser sino a vitalizarle. Es un proceso de todo ser vivo no aniquilar la parte enferma sino regenerarla. La acción de la parroquia está en ese desarrollo biológico, acción biológica de vitalizar, de regenerar lo muerto. Su principal función.

Para conocer esas lacras, para conocerlas mejor y acaso por experiencia, el sacerdote no es un ángel, el ministro de Dios no es un ángel que visible o invisiblemente rigiera la parroquia y comunicara la gracia. Es un hombre *circumdatus infirmitate* es el párroco, el sacerdote, expuesto a caer, a faltar, a la crítica y a censura. Lo que pierde de perfección fría, de irreprehensibilidad, lo gana en hondura humana, lo gana en eficiencia para abajarse hasta el pecador que necesita como nadie de un

corazón simpático, semejante al suyo, para regenerarse, y no desanimarse ante perfecciones de otra naturaleza.

La parroquia, toda parroquia tiene hijos buenos y malos, esto es; en gracia y desgraciados; lo que en ella no puede haber es división posible, son todos miembros de un cuerpo, y la atención de todo cuerpo vivo es que todas las partes sanas acudan a sanar, a favorecer la parte enferma.

El alma en gracia no solamente es buena en sí misma sinó que ejerce una irradiación en torno como los rayos de la piedra preciosa y solamente su presencia es una *gracia* para los demás. El alma en gracia es como la célula sana de la parroquia que impide con su vida que se propague el morbo de la célula enferma y la sostiene, y derrama sobre ella efluvios de vida para que pueda sanar y percibir de la vida que ella posee. El justo así es bueno, para el pecador. Esa es la acción vital de la Parroquia.

Contra esta vida pugnan, a más de los enemigos exteriores, a más de los que por el pecado, la falta de fe, pugnan porque la desorganizan y corrompen interiormente, otros morbos aun más íntimos y fatales porque son extravíos y mixtificaciones de esta misma vida sobrenatural. Forma leve de estas aberraciones es convertir lo que es veneno de la más honda e indestructible alegría en una religión gemebunda de lágrimas y suspiros. Más grave es creer vivir mejor lo sobrenatural aislándose en una atmósfera fría y enrarecida en que los más naturales afectos humanos dejan de funcionar; francamente malo y antiparroquial es ese quisquilloso cumplimiento de las prácticas de la religión, externas, ese celo intolerante porque los demás las cumplan. la práctica inobservación de ciertas virtudes y debajo de ello un alma seca, árida, rígida, sin ese jugo vital que solamente da la caridad... la vida sobrenatural

Son irradiaciones de religiosidad, pero refractadas en

un medio turbio que no se deja penetrar de la luz que refleja...

Hemos dicho antes que la consecueucia de la vida particular a la parroquial no vale. No vale, no. Estas faltas, estos males en los individuos pueden incluso no comprometer la salud de su alma si provienen de una formación defectuosa, de raíces más hondas, del mismo carácter, de una enfermedad... Pero parroquialmente son gravísimas. Porque hay una irreligión que va contra la falsa religión y que nace acaso de una sobreestima de la verdad religiosa. El verse defraudados, el no hallar tras las apariencias prometedoras la rica pulpa que ellos esperan como capaz de saciar esos anhelos indecibles del alma propia de la religión en esas personas, originan en los defectuosamente preparados, en los que se acercan acaso por primera vez a la religión y topan con esa clase de almas, corrientes de hostilidad hacia todo lo religioso, creyéndolo todo falso, pura apariencia, puro engaño. Reconcéntranse entonces tales almas en sí mismas y se verifica aquello del Evangelio: Os perseguirán creyendo *obsequium se proestare Deo*.

Estas superfetaciones anómalas junto con los de vida sobrenatural muerta por el pecado, los indóciles, no nacen, como es patente, estas superfetaciones de la vida sobrenatural sinó de la mala propensión que tiene imbricada en la naturaleza la concupiscencia que cuando no puede anular la vida sobrenatural, la deforma; de tal fondo letal son frutos o floración triste esa flora letal de los de vida sobrenatural muerta por el pecado, de los indóciles, los tullidos, los inconstantes, los tullidos del alma en los que el hilo sobrenatural que se fragua en dentro antes de salir al exterior siempre se corta, se corta mil veces...., de las decisiones buenas, de las impresiones... forman el pasivo de la Parroquia. Pero todos

estàn dentro de ella, son Parroquia, no los niega, los reconoce como hijos y dice: he aquí mi cruz.

Hasta los de fe agonizante en parpadeos, hasta los endurecidos que ya huelen, aun en éstos, debajo del aluvión de pecados que les entierran, rastrea un hilo o raíz que de la parroquia que enraiza en ellos y le hace participe de sus bienes en lo posible, principalmente con la posibilidad y sollicitación a renovarse impidiendo que su mismo mal se haga aun peor, ya que aun al malo, la probidad de las gentes que le rodean le ahorra aun más graves extravíos.

Por todos esos la parroquia adolece. La salud de una parroquia, su vitalidad depende en definitiva no de tal o cual apariencia, sinó de algo más íntimo; de la cantidad de esos elementos negativos que puede soportar.

El vigor de una parroquia, naturalmente, sufre mengua con este lastre, se debilita y de esa debilidad o vigor participan y son herederos los miembros que cada día la forman. Venir al mundo en el seno de una parroquia de escasa vida, sus hijos...

Pero entiéndase; no depende su vida de un resultado o sustracción de positivo-negativo. Por eso hay apariencias que inducen a error. (No se debe juzgar por lo aparente, sino por la fuerza interna). A veces los elementos negativos de la concupiscencia actúan, alentados por las potencias subterráneas, con virulencia, en gran escala y extensión. La mitad de la parroquia, más aún, está invadida, tira hacia abajo. Pero es tan pura y poderosa la levitación de los elementos animados por la gracia, que contrarrestan tal peso aún cuando no hagan sinó detener la marcha descendente. En tal caso, sean cuales fueren las apariencias, de cualquier cosa se puede calificar a tal parroquia menos de falta de vida. Puede suceder lo contrario: una parroquia en que son pocos, anodinos los extravíos y poca también su elevación so-

brenatural. Pobre parroquia, de vida escasa, de sangre asténica y pobre que apenas puede contrarrestar tan débil invitación al mal.

Pobre parroquia, de difícil alivio y que su salud depende—aunque no se identifica, ya lo hemos dicho—de la de los miembros que la componen—; y éstos nacen de ella; son sus hijos débiles por proceder de un organismo exangüe. Nacer, venir al mundo en una parroquia tal es una tara. Sería para encararse con ella y pedirla cuentas porque lejos de subir y sostener al alma que en ella ingresa con el auge de una vida sobrenatural creciente, la coarta con un ambiente sobrenatural difícil, tan pobre que los más pujantes anhelos se marchitan.

Tal increpación sería injusta, pues la parroquia siempre es buena como una madre y es sin su culpa que los hijos la hayan traído a tal estado, la actitud única en tal caso es advertir la dificultad que se tiene enfrente y procurar ser con el esfuerzo propio y la gracia de Dios, como uno de esos brotes vigorosos que a lo mejor bastan ellos solos para salvar un árbol.

La decadencia o florecimiento de la vida parroquial efunde exteriormente influyendo y animando la actividad natural de la comunidad, del pueblo en sus formas social, política y hasta económica. Al mismo tiempo, que afirmamos que ese aspecto social no es lo primario, hay que afirmar que los que dicen que la religión es asunto privado es un error, así lo entienden los jóvenes comunistas que más consecuentes, se oponen a esta concepción liberal de lo religioso y afirman su carácter social y por eso la combaten. Un sentido pragmatista y utilitario, humano hace consistir la vida parroquial, y sus variaciones, en las variaciones de esas manifestaciones, en esos frutos o utilidades que proporciona a la sociedad.

Ese aspecto exterior, no es la vida parroquial, sino terminativamente, es ahí donde la vida parroquial termi-

na. Confundir la vida parroquial con estas manifestaciones externas, es además de una impropiedad, exponerse muy inminentemente a errar.

La vida parroquial es esa energía interior ante todo; y aún antes que estos actos externos, son más nobles otras actividades íntimas que no salen jamás al exterior, y otras que salen sin ninguna finalidad práctica aparente, como un germen de energía inútil, que hace exclamar: *Ut quid perditio heec?* Y son esos actos íntimos de virtudes internas, y esas de apariencia inútil como virtudes que sostienen y alimentan esas otras que el mundo tiene por más fecundas y prácticas.

Imprescindibles para la comunidad, para el pueblo. La honradez, la veracidad, la confluencia mutua, la cooperación y ayuda, el sentimiento de lo justo y alguna más que forman la trama más aparente de la convivencia en el pueblo, son resultado de la vida parroquial, de la Gracia que los produce siempre por necesidad de su naturaleza como el árbol su fruto, siempre que otros factores contrarios no se lo impidan.

Esos factores siempre existen. A más de otros que surgen y desaparecen, están las malas inclinaciones de la naturaleza caída; el egoísmo, la intemperancia, el rencor y la venganza, la ambición... (virus, antisociales fuerzas) que tiene la naturaleza caída naturalmente, como la hiel tiene el amargor. La situación es en que estos elementos en libertad han de chocar e irritarse son tantas que la convivencia sería insoportable, imposible. La transacción, la condescendencia, el dominio de sí mismo, la comprensión, son afinamientos del alma que manan de esa vida parroquial, modos al fin de la caridad que lubrican esos roces ásperos en que la vida del pueblo se agarrota y chirría.

Si se dice—sí se dice—que de una cultura adelantada pueden derivarse tales medios sociales habrá que negar-

lo, yo lo niego. Tales, no. Productos de apariencia similar, sí; pero específicamente distintos, Son estos frutos de la caridad, sobrenaturales que vencen la propensión de la naturaleza. La avenencia, la transacción, la conciliación que impone la cultura no es sinó un recurso técnico que la ilustración proporciona a la naturaleza viciada, para usar de sus viciosos impulsos, de la manera más útil. Es la ley de la fiera en la selva que rehuye el choque con otra potente ya que aunque la venciera, los destrozos que experimentaría, no compensan la presa que va a discutir. Esta contiene el impulso, la otra le sana, una es racional, la otra sobrenatural. Lo más fino de estos actos, su médula viva, falta en los productos de la cultura. Véase sinó más claramente en estas afinaciones del alma: el perdón y el sacrificio.

El perdón es irreductible a fórmula alguna de cultura. La avenencia, la conciliación, son cosas racionales y por consiguiente pueden producirlos la cultura, Pero el perdón no, no es solución racional, pues contradice los postulados racionales de lo justo: ojo por ojo, diente por diente... Perdonar al enemigo, volver bien por mal, hacer bien a otro con sacrificio propio, es algo de que la razón no entiende ni, por consiguiente, la cultura. Es algo sobrehumano, sobrenatural que compensa la condición infrahumana, caída de la naturaleza.

Por eso todo pueblo con escasa vida parroquial, sufre lógicamente en su vida política, social y económica, chirría, discurre con tropiezos, pues la posesión escasa de esas compensaciones y remedios sobrenaturales, en que se agotan antes sin fuerza para vencer los tropiezos que los factores externos, y la misma urgencia interior, plantea en su convivencia.

Apunto esto, por los que ante todo esperan de la religión, de lo sobrenatural, resultados prácticos, de utilidad inmediata. No es el fin de la Parroquia el bienestar

natural de sus miembros, sinó el sobrenatural. Estos bienes prodúcelos *ex abundantia*, se los proporciona a la colectividad como *per accidens*; pero es lo cierto, que proporciona a la colectividad las potencias más fuertes de su conservación y progreso.

El pueblo

Porque la Parroquia y el Municipio son modos de algo anterior a ellos que antes de la operación que señalan esos órganos, tiene un ser, y es porque creo yo, posee una cierta energía de cohesión, que es como su fuerza vital que lo hace uno, El pueblo es la entidad, el sujeto del cual son la Parroquia y el Municipio. Parroquia y Municipio son las dos actividades exhaustivas de la finalidad del pueblo que no puede ser más que el bienestar temporal de sus miembros y una salud espiritual que les garantice su destino eterno,

El pueblo vive por esos dos órganos naturales y así su vida mejora o empeora, tiene exaltaciones y depresiones, sufre colapsos o adviene eufórica, según el ritmo funcional de esos órganos. Mucho más que la vida municipal, la vida parroquial tiene la clave de la mayor parte de las alteraciones, aun cuando la ignorancia y la maldad releguen las actividades parroquiales a segundo término.

Cuantas veces el pueblo sufre malestar, se perturba, sus asuntos municipales o su vida vecinal discurre áspera; entre roces y choques, se procura arreglar esto o aquéllo, se acude aquí o allí para aliviar el mal allí donde se cree estar porque allí aparece, y el mal no se arregla porque allí no está. Son como esos enfermos del corazón que se quejan de todas partes menos del órgano que tienen dañado. El mal está en la Parroquia, en la falta de vida parroquial.

No es que la Parroquia intervenga en asuntos que le son extraños, es que la vida parroquial es como el alma que indirectamente anima y recalca toda las actividades, pues es la que regula las conductas y de las conductas dependen la totalidad de estos trastornos.

Si la Parroquia influye tan notablemente en el pueblo el pueblo hace su Parroquia. Ya lo hemos dicho antes. El elemento religioso, al mismo tiempo que modificado, sufre modificaciones, pierde su perfección pura al hacerse vida y sufre las modificaciones que le impone el medio en que actúa, los factores étnicos, la raza, etcétera, etc. las condiciones de vida... En unos pueblos predominan unos elementos sobrenaturales, en otros, otros. Aún independientemente de su sentido sobrenatural cada Parroquia ha de tener una faz, pues al fin no es más que un pueblo viviendo lo sobrenatural según su modo de ser. Dios creador de la naturaleza, jamás se contradice, no destruye lo típico con la gracia sinó que pretende perfeccionarlo.

La pone a su lado; se la da. Y de la colaboración secular de ambos elementos se va fraguando un ser, un mismo ser que llamamos Parroquia, que llamamos pueblo, el pueblo tiene, está sellado con la Parroquia, la Parroquia es el pueblo... en una evolución orgánica en que cada instante actual surge del tiempo anterior como el chorro de un surtidor, como la consecuencia de sus premisas.

Cada generación que se incorpora a la vida del pueblo, es como si tomara un barco en marcha. El pueblo es como el barco en marcha, como la saeta en el aire. Es inconcebible que esté así por sí misma, si está en aquel punto, con aquella velocidad, con tal dirección es por un impulso anterior que allí la trajo. Es la tradición. Negar la tradición es negarse. Cortarla variando radicalmente los rumbos de la vida equivale a una muerte espe-

cífica, y la corta lo mismo el que se desentraña de ella, que el que pretende impedir su avance dando marcha atrás para instalarse a vivir en formas anacrónicas que pasaron y bien pasadas están. Solamente el haber pasado el pasado hace posible el presente, que si no es mejor que lo que precedió, debiera. y eso no es culpa de la tradición. La tradición es un motor biológico, un impulso espiritual siempre en desarrollo y avance no de cualquier manera sinó con una predeterminación según las fuerzas que latén en su seno.

Cada pueblo tiene su tradición por consiguiente su impulso, porque tiene, ya lo hemos dicho, su formación, su manera de ser, de donde nace una tendencia ideal natural, de la cual la ruta real de cada día se aparta más o menos.

Por tanto no depende de los caprichos de una generación, ni de las directrices políticas de un gobierno central. Resultaría entonces que cada pueblo tendría tantos fines y maneras de ser cuantas fueran las generaciones que quisieran cambiarlas. Resultaría entonces que este ser vivo que llamamos pueblo, unas veces se identificaría con su órgano propio, la parroquia, y otras se divorciaría de ella, como si este ser vivo, el pueblo, fuera algo inerte para tomar cualquier forma como una piedra, más que una piedra, ya que hasta las rocas se rebelan a dejarse escindir regularmente cuando el corte no sigue los planos invisibles que separan sus compactas moléculas...

Tal múltiple posibilidad, no es más que múltiple posibilidad de errar. El destino de un pueblo, su dirección, no depende del capricho sinó que está predeterminado en sus elementos constitutivos tal como le ha fraguado la vida. Allí está radicalmente lo que puede y lo que no puede ser, como en otro orden, lo que debe y lo que no debe ser. Favorecer tal impulso, no estorbarle,

hacer que llegue a pleno desarrollo, es labor de individuos y generaciones. La fidelidad del pueblo a su destino, es trascendental; como la elección de estado. El desvío de él lleva en sí mismo la pena de una mala vida y prevista en la maldición del profeta: «Hijos desertores que urdistéis la tela del porvenir no según mi espíritu sino según vuestro antojo y capricho». (Isaías, 30, 1).

Son morbos internos los que más a fondo seriamente lo atacan hasta el punto de ponerlo a perecer: pero de ello no dudamos siquiera. Cuando lo interno no lo corroe, lo externo no es de peligro. Bajo el cascote que circunstancialmente pueden amontonar modas, influencias, etc., etc., sigue fluyendo la vena viva de la vida aldeana pronta a imponer y a ofrecer con su impulso de vivencia, que bajo todas las apariencias está nutriendo subterráneamente y prestando a los individuos su savia con su impulso de vivencia—la fuerza creatriz, la vida...

Mirad ese impulso en el carácter, miradle en la fisonomía... Ese conjunto de factores físico-espirituales que es el pueblo, que es la vida del pueblo igual a la tradición, al operar de una manera homogénea en el elemento humano de una unidad peculiar, lo bastante potente para que sea bien sentido. Un repertorio de ideas, sentimientos, tendencias, maneras de ver y de reaccionar, asimilado de generación en generación crea una unidad, una cultura, una fisonomía espiritual que acusa con tanto más relieve cuanto más puro biológicamente ha sido el proceso de su formación. Pareja a esa fisonomía espiritual se forma otra fisonomía física, corporal peculiar. Aún dentro de una misma región natural—aquí Gredos—los habitantes de un pueblo y los de otro, que viven en idéntico medio geográfico, se distinguen físicamente, y es que, en parte—una parte más notable de lo que pudiera creerse—la misma fisonomía física que viene determinada principalmente por la raza y demás fac-

tores naturales, lo está también por lo espiritual, por la manera de ser interior.

Como el viento invisible modela la nieve sobre el suelo dejando señaladas en ella sus líneas de embestida, así el espíritu imprime al rostro su huella. Sigamos la metáfora,

El roce de la brisa en la suave ladera de una colina, es siempre imperceptible. Pero se estudia en geología una erosión llamada eólica por la que ese mismo roce del viento suave ya violenta, llega al cabo de los tiempos a desbistar los flancos gigantescos de una montaña. Ya sé que la alegría o la pena no ya de un individuo sinó de una generación pasan sin dejar huella; pero es que son muchos siglos de alegrías y penas comunes, de animarse el pueblo con la ventura o quedarse con la desesperanza, de sentir la ayuda de caminar apoyados en la confianza del más allá, sonrientes. de rastrear acaso, de vivir con gracia e ilusión, descargando lo más enojoso de la vida con la esperanza del más allá, o careciendo de todo alivio, y todo ese vendabal espiritual, tan diverso, tan contrario imprime según su diversidad algo plástico que se inmoviliza en el rostro.

Hondamente, en los pueblos, se llama a la fisonomía física lo mismo que a la espiritual con un idéntico nombre: el carácter.

El carácter de un pueblo es como la haz—la jaz dicen ellos—de su alma. Es tan fijo como el impulso vital que le crea. Y cambia a su compás. Ni ilustración ni aun educación hacen sino arañar en lo externo. Basta en cambio que haya abandonado la ruta de su tradición con la parsimoniosa lentitud con que se verifican estos acontecimientos cósmicos, para que cambie su carácter. Basta que un individuo se vuelva de manera consciente contra esa paternidad espiritual, para que inmediatamente cambie en él.

Lo primero es una fatalidad de raíces de muchas cosas. El caso de esas individualidades rebeldes, son casos, son tropiezos, estorbos, que la tradición del pueblo llega ordinariamente a superar.

El forastero y el emigrante

Se intercalan como elementos extraños en la vida del pueblo, dos elementos principalmente: el forastero y el emigrante.

El forastero es el ser que no ha sido criado en las matrices indígenas, con distintas costumbres, tendencias, maneras de ver, de crecer... A él le extrañan las cosas del pueblo y al pueblo le extrañan sus cosas; naturalmente son extraños, de distinta entraña—Aforismo: cada cual es de su pueblo—. El pueblo ha de criarle mediante un proceso de asimilación, se le incorpora enquistado (1).

El caso más violento de oposición que entraña el forastero, es cuando el forastero es de ciudad. Entonces la discrepancia es tan honda que puede llegar a oposición. La manera de ser que aporta el vecino de la ciudad, es incomprensible para los aldeanos; son rarezas. Por su parte el hombre urbano juzga al aldeano con visión menos aguda. Los cree gentes no distintas, sino *atrasadas*, participando de su civilización pero en un estado primitivo. Por eso los suelen tratar como inferiores. El error de tal manera de juzgar es enorme. La cultura del pueblo no se diferencia en grados, sino en sustancia de la de la ciudad; son distintas en calidad, no en cantidad.

Si se apunta que las diferencias se van borrando y que ya de norte a sur de la nación es uno el modo de

(1) En algunas ciudades en la Edad Media para admitir un forastero había que pedir parecer a un consejo de familia.

pensar en pueblos y ciudades y unos los problemas y preocupaciones que los agiten, concedo que algo hay de ello. Algo nada más.

La inteligencia es la gran potencia igualadora, universalista, y una verdad lo mismo lo es en la aldea que en la corte. Pero bajo ese matiz, ese plano que tiene la potencia intelectual, está el sentimiento, la pasión, la peculiaridad en las emociones, todo lo que emerge del subsuelo del alma y que en unos sitios es así, en otros de otra manera sin que sepamos por qué. El mismo ejercicio de la inteligencia en su hallazgo de la verdad, pierde algo de su serena frialdad, para estar determinado por una de esas fuerzas vitales, oscuras y cálidas: la estimativa que en último término acepta unas verdades y desecha otras independientemente de su categoría racional. Hay verdades que incorporamos a nosotros al simple contacto; otras ni en toda la vida, como si tuviera que haber un acorde entre la verdad y alguna realidad psíquica nuestra.

Es muy corriente que el hombre de la ciudad pretenda hacerse entender del hombre de pueblo, infantilizando la explicación para ponerla a sus alcances, le interrumpe éste con una algidez socarrona; a veces le interrumpe con una observación que le desconcierta. Si el de la ciudad es avisado, comprende que toda comunicación entre ellos está interceptada. Está interceptada porque el de la ciudad no cala, no percibe las categorías espirituales que el otro maneja.

El ciudadano, ordinariamente, penetra en el alma del pueblo por una vía falaz. Opera con el costumbrismo deficientemente. Recoge lo que a flor de piel se le ofrece, canciones, fotos, costumbres, vestuario, modos de hablar... una película de modos, de actitudes, de tipismo, que se exhibe y muestra como una cosa rara.

Y lo es. Lo es no porque lo sea, sino por lo que él

ciudadano ha puesto en ello. A todas esas actitudes y formas aparienciales les ha llenado con los contenidos de su alma menos disímil que le ha sugerido aquellas apariencias, y luego ha dicho: He ahí el alma de un pueblo. Y del alma del pueblo allí no hay nada.

Lo que hay es una cosa rara: Unas apariencias de vida aldeana, torturadas, caricaturizadas, por la deformación que han sufrido por la manera de ver ciudadana.

Paréceme a mi más vital, más honda la cultura aldeana. Es como un caudal, algo atávico que más que aceptarlo de la vida, ya se trae al mundo al nacer. En contraposición la cultura urbana —en las capas inferiores civilización nada más— es cosa plenamente adquirida, obra de ilustración y educación. El de la ciudad adquiere modos y modas y cambia según éstos cambian; vive con la haz del alma. Nota: un aldeano diría Jaz... etc. La cultura aldeana crea. Crea giros y locuciones de hablar como elabora por su cuenta soluciones y normas que de su vivir se destilan, como fruto más exacto que el cual no lo logra la ciencia. A fuerza de años y de experiencia elabora soluciones jurídicas que no vislumbran hombres de superior cultura, por un sentido oscuro, casi instintivo como su abarca traza por lo quebrado de la Sierra la vereda por sitio exacto en que la brevedad y la comodidad se equilibran, como crea los vocablos, las locuciones o las modifica en giros que el hombre de la ciudad toma por disparates gramaticales. No se entienden,

Resiste en el pueblo, pero la vida ciudadana le atrae... La vida de la ciudad es un morbo que corroe hasta lo último la vida aldeana tan pronto se separa del nativo suelo. Parecerá extraño con lo que llevamos dicho sobre lo substancial de la una, sobre lo superficial de la otra. No lo es sin embargo. Es sí en parte, una tentación, que con su prestigio apariencial, invita a olvidar, a desairarse de

esas viejas formas para lanzarse en medio y adoptar las nuevas. Pero también algo más real: la vida urbana se modela sobre lo urgente, exige soluciones prontas, su plano es más amplio e inconnexo, y una cultura —una manera de ver y entender la vida aldeana— se encuentra como embarazada, con movimientos tardos ante la premura de soluciones que la solicitan. Una formación especial, un alma convencida y avisada hace falta, para sacar nuevos modos de la vieja sustancia.

La mayor parte de los que del pueblo se trasladan a la ciudad no lo saben. La apariencia de las formas ciudadanas, deslíe como un ácido los hábitos nativos sin suplantarlo con la cultura propia de la ciudad que escasísimas veces llegan a asimilar, dejándoles el alma vacía de contenido.

Caso extremo de tal mal, le ofrece el emigrante, Este ser que salió del pueblo, hijo de él vuelve, cuando vuelve, desdeñando la manera de ser de su pueblo con un lamentable atraso. Costumbres y tradición, son para él cosas sin sentido. Las normas seculares que rigen la vida del pueblo para él no rigen; se niega a colaborar en ellas pretendiendo imponer usos traídos de cualquier lado.

Se suele achacar esto a suficiencia y petulancia, y en algunos casos lo es. Pero en la mayoría, no es pura ficción. Algo ha perdido por ahí, su manera de ser su cultura, algo íntimo; su alma ha sufrido una modificación que ya es muy difícil remediar. Su actitud de crítica y de repulsa, no es una petulancia: es una consecuencia, una manifestación sincera de su sentir. Es dentro de su pueblo, un extraño, un desarraigado; ha roto el cordón umbilical que le nutría de la savia materna y no vive su vida.

Puede ser que alguno de estos infelices hayan salido del pueblo huyendo del infortunio y repitiendo y entonces haciendo responsable a su aldea, de su desventura personal, salen repitiendo la amarga frase:

Vamos a cualquier sitio
con tal que sea lejos de aquí...

Pero es que a aquellos que no tienen un motivo de queja, les pasa igual.... Y qué pocas veces ganan, Dios santo. Son como esos que venden su patrimonio en el pueblo, y jamás le ganan en la ciudad.

Sin patrimonio, sin raíz, sin arraigo, llenos de superficialidad, son estos prófugos de los pueblos, excelentes en su pueblo muchas veces. los que pueblan los suburbios y se hacen masa... *Masa damnationis*... empujados en masa por los factores económicos-rebeldes a las leyes espirituales de la tradición, les rigen las ideas que de momento captan; juguete son a veces de las pasiones que a su lado levantan mitinescos oradores o periódicos subversivos, cuando no son vilmente asociados a una camaradería indeseable que los explota.

La falta de principios en unos, de amor y estimación a nada y a nadie en otros, junto con la petulancia, si acertaron a prosperar en sus negocios de allende su tierra y patria, suelen hacer de los pobres emigrantes plantas flotantes y sin arraigo a merced de las olas del mar de la vida.

No busqueis en ellos desligados de la tradición, ni amor al pueblo ni al Municipio y la Parroquia, sino seres anómalos, parásitos de la sociedad en que viven enquistados, mientras no acierten a volver a entrar de nuevo en el torrente vital, en que se mueven más o menos contentos los vecinos que jamás abandonarán su terruño.

Harto llevamos dicho ya de la unidad viva y singular de los pueblos que a la sombra benéfica de la iglesia y parroquia y protegidos en los intereses del procomún por sus autoridades locales van labrando su vida trabajosa, honrada y humilde hasta arribar a nuestra patria feliz en «aquella vida de arriba, que es la vida verdadera», como dijera nuestra Santa.



CAPITULO PRIMERO

LOS ORÍGENES

«Hubo un tiempo en que desde Navaceda a Hoyocasero, no había pueblo alguno, en esta Sierra de Gredos»,

(Tradición oral).

Desasida de la Historia y de toda tradición escrita, desde su remota lejanía llega hasta nosotros esta noticia con una pervivencia extraña: libre a la vez de la investigación y del olvido.

Mayor o menor, es este el primer caudal que, a la historia regional, aporta esta cuenca alta del Tormes. Venerable vestigio de un pasado de que es única mensajera, en esta hora en que movidos de muy distinto afán, la recogemos de pasada, ya el olvido la acosa. Una docena escasa de memorias campesinas, es el ruín sostén de que pende su existencia. La acojo, pues, y la anclo en el puerto relativamente seguro del documento escrito, porque bien merece este principio visible de la estela de tradición y de historia en que nos hallamos y que proseguimos, ser el principio de un libro en que se tratan—no sé con qué acierto—cosas, las más altas, de esa misma historia.

Pero a más de esta consideración sentimental, me induce a recogerla, en estas páginas, el positivo servicio que presta: gracias a ella, se puede fijar en el pasado el origen de Los Hoyos con un error inapreciable.

Por lo que más adelante se dirá, sabemos que Los Hoyos existía ya a principios del siglo XII y, por otra parte, que su existencia, es sensiblemente posterior a la de Navacepeda y Hoyocasero. Entre el paréntesis de esas dos fechas queda aprisionada, con más o menos holgura, la efeméride de su fundación.

El paréntesis, no es muy amplio. Impreciso e incierto, el origen de Navacepeda y Hoyocasero, se sumerge oscilante entre los años del siglo IX y la primera mitad del X. La época es agitada. Durante estas centurias, la frontera entre moros y cristianos, es una línea movible inquieta que se flexiona y va del Duero al Tajo y viceversa una y otra vez. Hay ocasión en que la línea serrana de nuestras montañas forma frontera; otras varias, es rebasada por unos y por otros. De todo este afán guerrero, aunque escaso, queda algún vestigio.

En el camino que va de Los Hoyos a Piedrahita, y en su último tramo, hállase la Sierra, hace un escalón gigantesco para descender a la depresión que forma al Val del Corneja, bajada larga y asperísima que los naturales llaman vulgarmente *Bajada de la cumbre*. El nombre propio de este contrafuerte de Gredos o cumbre, es monte de la *Jura* en memoria del juramento que el Conde Fernán González tomó a los cabos de sus tropas, de vencer o morir por la fe de Cristo, en la batalla y asalto que iban a dar a Piedrahita entonces en poder de la morisma. Sucedió esto a principios del siglo X, venciendo el Conde cristiano y siendo consecuencias de tal victoria libertar, además de Piedrahita, a Avila y arrojar al enemigo desde estas tierras hasta la ribera del Tajo. Como contrapartida, el pico más elevado de Gredos, lleva adscrito el nombre del gran caudillo moro Almanzor que pocos años después de la batalla dicha de la *Jura*, cruzó estas sierras y extendió su poderío por los

reinos cristianos hasta mucho más allá de lo que desde la alta cumbre puede divisarse.

De tales mudanzas de fortuna, está llena aquella época. Cada vez que el límite del poderío sarraceno se encoge y restringe hacia el Tajo, las regiones avilesas recién liberadas, succionan y atraen gentes del norte cristiano que acuden a habitarlas atraídos o bien por las tierras y franquicias que se les ofrecen o por librarse de la inferior condición social, servil con frecuencia, que tienen en los señoríos norteños. Los reyes cristianos, al repoblar las nuevas conquistas, elevan socialmente, aunque sean de muy baja condición, a los que a ellas acuden, ofreciéndoles gratuitamente terrenos y pastos para sus ganados, y la consideración y privilegio de hombres libres.

Con todo, el número de los que acuden, es, más bien, escaso. La vida del fronterizo está llena de riesgos y de albuces, expuesta de continuo a las razias o «aceifas» del enemigo. Los primeros núcleos por aquí establecidos sienten pasar sobre ellos como olas, repetidas invasiones sarracenas que desbordan las cumbres y se derraman sobre las tierras de Castilla. Ante ellas, o hay que huir o disponerse a sufrir los excesos del conquistador. Mucho más que en la tierra llana, a las aldeas ocultas en las arrugas de la montaña, tardan en llegar los efectos de estas invasiones; pero cuando los cristianos les baten en el llano, los moros se recogen y hacen fuertes en lo bravío de estas sierras resistiendo largo tiempo en ellas y, mientras, esquilmando la hacienda de sus infelices habitantes,

Así transcurre todo el siglo X y parte del XI hasta que el ímpetu vital de los jóvenes reinos cristianos los expulsa casi totalmente de estas sierras. Como sedimento humano, en su resaca, quedan numerosos moros labriegos que mientras su dominación, se han dedicado, al margen de las luchas, al cultivo de los campos y antes

que seguir a los suyos en la huida, prefieren seguir junto a sus huertos y haciendas acogidos a la tolerancia de los cristianos.

En esta lenta colonización de la Sierra fría y adusta, la corriente repobladora se condensa y remansa en los vallecillos más bajos, fértiles y abrigados fundando sus aldeas en aquellos repliegues, regazos de la montaña, en que el clima es menos hostil. Surgen así, raros, algunos pueblos por los valles hondos de la Abadía hasta Hoyocasero, mientras de los núcleos de Piedrahita y Barco la vena humana asciende del Val del Corneja por la fértil vega del Tórmes hasta Navacepeda, donde, como en Hoyocasero, se detiene.

«Hubo un tiempo en esta Sierra de Gredos en que desde Navacepeda a Hoyocasero no había pueblo alguno».

El factor geográfico confirma la tradición. La región comprendida entre Navacepeda y Hoyocasero, limitada al Norte, por los puertos de Chía y Menga, aparte algún minúsculo vallecillo alto, es una meseta altiplánica de vegetación esteparia en que se hallan las cotas más altas de lo actualmente habitado en la península. Mientras los vientos cálidos del sur son desviados antes de llegar por la formidable barrera de Gredos, el cierzo la castiga incessante recorriendo sus cañadas umbrías y sus parameras exentas. Su fertilidad es muy escasa y el clima extremo.

A una región de tales características, el arribo del ser humano ha de verificarse con un retraso natural y forzoso.

No debió de ser, sin embargo, excesivo el lapso de tiempo que pasara desde la repoblación de Navacepeda y la fundación de Los Hoyos. La Historia general nos dice que allá, por la segunda mitad del siglo XI, el conde D. Ramón, repoblador de Avila, estableció numerosas aldeas por estas sierras. ¿Fueron de ellas algunos de

estos pueblos de la alta sierra? A Los Hoyos, al menos, más que de cálculos bélicos, le creo efecto de una expansión natural por razones económicas.

En estas montañas por aquella época, no ya la riqueza sinó el único medio de subsistencia era la ganadería, y, aunque el terreno era mucho en proporción de los escasos habitantes, cubierto el suelo por espesa maleza y monte bajo, era relativamente poco lo aprovechable para pastos. Estos más bien escaseaban y los ganaderos de los pueblos vecinos remontaban la sierra con sus ganados y se internaban en esta región solitaria en su busca.

La normalización progresiva de la vida por el alejamiento de los moros; el crecimiento y expansión de los pueblos del contorno y, sobre todo, la codicia de los frescos pastos que solamente se aprovechaban como agostadero, atraen cada año a esta parte de la Sierra mayor número de pastores y ganaderos que prolongan su estancia cada vez más retenidos por la comida abundante. Los pueblos quedan lejos y aquí han de traer lo necesario para vivir dos o tres meses. Como la custodia del ganado les deja mucho tiempo libre y hay pedazos de tierra excelentes, al lado de sus cabañas, cerca de las corrientes de agua cultivan pequeños huertos, cada vez más numerosos, cada vez mayores, con verduras y algún cereal que recogen al año siguiente. Crean así intereses bienes raíces que les atan a esta región. La estancia se prolonga. Cada vez se recoge más comestible, más heno con afán de permanencia; pero en vano: en entrado Noviembre, a veces antes, algunos años después, hombres, ganados y fieras han de emigrar. El invierno manda aquí.

Mordidos por la helada y azotados por las ventiscas, hasta los lobos huyen. Las mismas cabras monteses descenden de las cumbres por las laderas del mediodía

en busca de temperaturas más benignas. Las aves también.

Se hielan los ríos, los arroyos, las fuentes... La tierra endurece como una piedra su corteza, helados sus jugos. El reino vegetal para su ritmo: los pinos quedan rígidos e inflexibles y el huracán los quiebra como cristal; frágiles, muchas plantas perecen, y la hierba enrojecida por el frío, se eriza rala sobre los terrones duros y Marzo la halla sin adelantar un milímetro, tal como la dejó la primera helada. Como si aún fuera poco, estos míseros vestigios del mundo vegetal los borra la nieve.

La nieve. Como un sudario húmedo a las rigideces de un cadáver, así se adapta por cerros y hondonadas a las irregularidades de esta tierra muerta... Y creed que, si empleo esta comparación, es más por lo que tiene de plasticidad, que por lo que tiene de tristeza. ¿Es triste la Sierra nevada...? ¿Es alegre...?

Es bella. ¡Ah, la nieve! Como esas hadas de la leyenda que en un momento con su varita de marfil logran transformaciones prodigiosas, así ella con el marfil de su blancura, cambia en un momento también, el paisaje de una realidad dura de la montaña, en un paisaje de ensueño. De pesadilla, alguna vez... Bajo la monotonía de los días grises, su blancura mate, como de mármol sin pulir, es algo tan desolado y desnudo, que ni el yermo más austero puede ostentar tal pobreza.

Pero basta que las nubes no le estorben para que el sol levante raudales de pedrerías ofuscantes a través de los blancos espacios y para que se incendien con extrañas reverberaciones las cumbres que brillan como espejos. Entonces se comprende que no hay paisaje en la naturaleza con un lujo mayor.

Los arroyos corren entre blancas riberas, redondas y turgentes; los árboles deshojados, hasta el más ruín, parecen ejemplares de una flora inverosímil, con sus

troncos mitad blancos, mitad negros y sus ramas todas blancas como hechas de porcelana leve; y parecen de porcelana los espinos escarchados en cada una de cuyas púas brilla un diamante, y los sauces despeinados, y los zarzales con sus varas curvas y cuajadas de cristales de hielo brillantes y colgantes como arañas de iglesia... En cuantós a los piornos, enterrados como están en la nieve, no se les ve.



Laguna Grande de Gredos

No hay tapia sin su festón; no hay alto risco sin su turbante, no hay casuca sobre cuyo barro humilde no ponga la nieve una marmórea techumbre. Es el frío tan intenso que el ambiente se torna ceniciento, la atmósfera se torna blanquecina; más que diáfana, es traslúcida como si el aire estuviera levemente deslustrado por el esmeril del hielo. El paisaje así, es algo irreal y sobre artístico: nada más intacto que él, nada más virginal... No

todo es blanco, porque la nieve tiene también tonos y matices y es, a veces, azulada, violácea, y, a veces, rosada como un rubor... Pero todo es bello, todo es extraño, todo es de una limpieza abstracta en este campo sin una mácula y en este ambiente sin un olor...

La nieve es bella; pero su alma fría es cruel... ¡Ay, cuantos hijos de esta Sierra han sabido lo que es quedarse yertos en su regazo...! ¿Quién se atrevería en aquellos inviernos remotos a aventurarse por estos deshabitados parajes? Con una monotonía angustiosa, ella sola se extendía en suaves y voluptuosas ondulaciones hasta más allá del horizonte, borrando toda muestra de vida. Ni una huella en su blancura; ni el arabesco de un rastro sobre su haz; ni una voz ni un aullido; nada; ni ruidos ni movimiento... Nada.

Ante el gran desierto blanco, debía de sentirse—aún se siente—una extraña sensación de pavor... Un misterioso pavor ante el misterio de estos grandes, blancos espacios vacíos en que la soledad, el silencio, la desolación, lo negativo, en fin, toma cuerpo y se hace patente. Y potente porque subyuga y espanta algún poder que parece latir recóndito, tras de aquella pasividad, de aquella apariencia inerte. ¿Es, tal vez, esta tranquilidad, un furor dormido? ¿O es esa misma inercia y pasividad absoluta que consume todas las fuerzas y agota todas las energías, el poder misterioso y terrible de la montaña blanca impassible e implacable?

Quién sabe. Es tal la quietud de la nieve en el paisaje, que más que cubrir la tierra muerta, diríase que ella misma yace. Pero a veces, la lisa superficie, palpita, ondula, se riza como una ola... y se yergue en brazos del huracán y se funde y compenetra en atómicos corpúsculos con él; transformando su absoluta pasividad en pura energía. Es la *valforina*. Átomos de hielo, polvo de nieve, y fortísimo viento. Diríase una nube tormentosa de

nieve a ras de tierra; un huracán blanco que se retuerce en contorsiones epilépticas recorriendo los cerros y las hondonadas como remolinos que soplan de todas partes, como trombas que succionan la nieve del suelo dejando la tierra limpia y amontonándola en otros sitios en ventisqueros ingentes, de donde lo aspirará otro remolino para lanzarlo otra vez hacia un cielo, frecuentemente sin nubes, solamente oscurecido por la niebla de nieve que el huracán levanta de la tierra. Cuando tal fenómeno ocurre, siempre va acompañado de temperaturas bajísimas y no hay viviente humano que le pueda desafiar, pues la valforina, ciega, desorienta y congela.

Y así pasan durante unos años muy largos, mientras la vida se desarrolla en los contornos, los inviernos de esta región sin más actividad ni movimiento, que el de los huracanes que la recorren raudos, sacudiendo a las blancas y heladas valforinas: a la luz velada del sol, bajo los hielos de la luna llena; a veinte, a treinta grados bajo cero, en una zarabanda infernal...

El invierno manda aquí.

Pero un año pasó Noviembre, pasó Diciembre y Enero, y, bajo la nieve que las cubría y las celliscas que las azotaban, las cabañas no cesaron en todo el invierno de humear... Aquellos anónimos ganaderos que, arriesgando su rigor, pasaron aquí el primer invierno, fueron sin duda los fundadores del pueblo.

Que los primeros pobladores de estos pueblos eran exclusivamente ganaderos no sufre apenas la duda. A más de la naturaleza de la región, más propia para la ganadería, la agricultura exigía bienes y trabajos fijos, que se avenían mal con la movilidad que imponía la vecindad de los moros que frecuentemente aparecían por las aldeas robando cuanto hallaban. Ante este peligro, los habitantes de ellas habían de estar siempre preparados a ocultarse en el campo fragoso, llevándose los

bienes susceptibles de ello como eran los ganados. Los sembrados eran raziados.

Así lo hace notar mi ilustre antecesor en esta Parroquia de Los Hoyos del Espino, D. Andrés Sánchez Tejado, el cual además señala y hace notar la ausencia, ya en su tiempo de ruinas en las riberas del Tormes y de las gargantas que demostraran la existencia de antiguos molinos harineros. La carencia de tal industria, indica la escasez del cereal que la motiva. «Solamente—viene a decir—se han hallado algunas piedras muy pequeñas, como de media vara de diámetro, con las que molían el escaso grano que recogían.» Y dicho Párroco, atribuye la falta de este cultivo a la dilatada presencia de los sarrazenos en esta tierra que hacía llevar a sus habitantes una vida soliviantada e infeliz.

Muchos años después de conquistada Avila y Toledo, aún los moros merodeaban por estas sierras como por casa propia desde los montes de Piedrahita, hasta el Tajo. Los pueblos de la Sierra eran objeto de sus continuas depredaciones; pero, pobres; no les ofrecían mucho interés. Su codicia era la misma capital.

Auxiliados por otros refuerzos que ascendían cautelosos de la Vera por las estribaciones de la Sierra, corríanse por la Sierra alta favorecidos por su bosque de piornos gigantescos, robledales, pinos y otros arbustos que cubrían el suelo, avanzando por la Paramera y Serrota hasta las mismas puertas de Avila a la que atisbaban desde la espesura con sus ojos crueles... Varias veces cayeron sobre ella dejando doloroso recuerdo y huyendo otra vez a estas montañas.

Los caballeros de Avila les perseguían para terminar con ellos; pero había que darles alcance antes de llegar a los puertos: llegados a esta brava zona, el enemigo se perdía irremisiblemente en las espesuras de la jungla.

Con estos golpes de mano, los pueblos del alfoz de

Avila, vivían una vida temerosa e insegura—considérese cómo vivirían los de aquí—retrayéndose las gentes de acudir a repoblarlos, y la misma Capital, Avila, no podía quedar desguarnecida, como la exigencia de la guerra pedía a veces. Tal situación de Avila teniendo ya conquistado Toledo, era absurda; por lo que considerando los cristianos el inconveniente de tener alojados en el flanco aquellos núcleos enemigos tan peligrosos, se decidió arrojarlos del cubil fuera como fuera.

Como una operación de limpieza hubiera exigido muchas tropas además de ser muy peligrosa por la defensa que el terreno ofrecía al enemigo, se apeló al fuego. Se incendiaron los pinares, los robledales, toda la tupida vegetación de monte bajo, ardiendo durante varios días toda esta zona que constituye el corazón de la Sierra. Imponente y faústico espectáculo que debió de quedar hondamente grabado en el ánimo de los comarcanos y que aún se le conoce con el nombre de *Quema de la Sierra*.

Destruída la vegetación, solamente la morfología del terreno era ya buen asilo para escondites y emboscadas; pero decididos los cristianos a quitar radicalmente el peligro, intensificaron la repoblación de esta Sierra estableciendo nuevas aldeas. Si no su origen, Hoyos debió a estas medidas la seguridad y tranquilidad de que hasta entonces había carecido.

Al amparo de esta seguridad, la aldea recoge otros pastores que aún vagaban por la montaña. El poblado se amplía; las chozas se reforman y poco a poco se transforman en casas aunque muy humildes.

La vida aldeana se rige casi exclusivamente por usos y costumbres. En lo económico, los bienes, probablemente, se explotan en común por toda la familia entendida ésta en un sentido amplio; en cuanto a la producción, se rige estrictamente por la necesidad.

Es una economía cerrada en que la aldea tiene que bastarse a sí misma. El comercio apenas existe: algún intercambio de productos entre los mismos vecinos, o con los de el pueblo limítrofe: algunas ovejas por una vaca; unas madejas de lino por una oveja; algunos nabos por una piel... etc., son tratos y transacciones que hacen todos. El rico no se distingue porque tiene más cosas; sinó en que las tiene en más abundancia.

La base de la alimentación, la proporciona el ganado. Carne en salpresa y ahumada; queso seco y frescal; leche... Los huertos, no con mucha largueza, dan centeno, berzas y nabos, ajos y cebollas, alguna otra verdura y leguminosas. El vestido, no siendo el lino que se siembra en los linares, le proporciona íntegro el ganado. Zamarras y calzones de pieles, abarcas para hombres y mujères, correas y zurrones, sayas y monteras... Las pieles se emplean mucho porque la lana no cubre, ni mucho menos, las necesidades del indumento. Todo se produce y todo se consume en la aldea.

El quehacer no falta. A más de agricultor y ganadero, el aldeano tiene que ser artesano también. La escasez de medios, la necesidad y el aislamiento, le obligan a ello. El se hace la casa; se remienda el vestido y el calzado. se fabrica el cuenco y la cuchara con que come, la tarima en que duerme, y los otros útiles del hogar, él ha de prepararse sus aperos, sus yugos y sus arados.

Después la aldea se completaba con esos oficios básicos tan hondamente humanos del herrero, el carpintero, el tejedor y el albañil; pero el aldeano de entonces tiene algo de todos ellos.

Su vida es activa. No hay día sin tarea y tarea para todos. La mujer, el niño, la doncella y el viejo, tienen ocupación en aquel nacer de la aldea en que todo está por hacer.

Sin prisa, acomodándose a la natuleza de la que tan

íntimamente dependen, su vida se regula por el sol, los ciclos lunares, las estaciones... Pulso tranquilo y continuo el de su actividad. A cada cosa se le concede su tiempo que es la manera de hacerla bien; pero apenas acabada una tarea, las manos rudas de hombres y mujeres, ya están empeñadas en otro quehacer.

El mismo primitivismo en el orden del espíritu. Distinguiendo cultura de instrucción, diré que ésta en ellos era casi nula. Poseían sin embargo una cultura de pulpa realista acaudalada por la experiencia de cada generación y cada día, cuyos depositarios eran los viejos. De ella nada sabemos, ya que el romancero que poseemos de entonces, no se ocupa de gentes tan humildes.

En el orden religioso, sucede cosa pareja. Casi sin clero y sin culto, las verdades religiosas más elementales, transmitidas de unos en otros oralmente y mal sabidas, se mezclan con errores teológicos y supersticiones que acarrearán la larga convivencia con moros y judíos. La fé en tales condiciones, tarda en suavizar las esquinas de aquellas naturalezas rudas con resabios paganos y costumbres góticas un poco bárbaras; pero hay en ellos una predisposición natural por la que la semilla de la fé arraiga muy hondo en aquellas almas sencillas y, a pesar de los resabios dichos, como trigo bueno entre yerbajos emergen sentimientos más finos y las virtudes más genuinamente cristianas la hospitalidad, la caridad, la fidelidad en los contratos, el respeto a lo ajeno y el perdón.

La guerra contra el moro, aviva el sentimiento religioso también; sin embargo en ésto, como en todo, hállanse en un estadio de lo más elemental. Su vida espiritual lo mismo que la física, se nos presenta con la confusión brumosa de cosa embrionaria, turbia y paradójica. Tanteo e indecisión de cosa que nace. Sus magníficas cualidades se mezclan y rebajan con grandes defectos como la luz se gradúa de sombras en todo amanecer...

CAPITULO II

ERA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XII...

La tristeza del otoño con sus días ventosos y desaparecibles y las nubes sombrías con que se encapota la Sierra al borde del Invierno, se acrecia en aquellas épocas en que éste constituía un positivo peligro. El Invierno había retrasado la repoblación de la Sierra, y él seguía planteando cada año a su llegada, un arduo problema de resistencia económico-fisiológica que podía ser de vida o muerte. Sabiendo lo que son los meses invernales en estas sierras, es posible imaginar lo que serían para aquellos seres sin defensa, apenas, contra los rigores de la naturaleza.

Bastan las primeras nevadas para hacer intransitable aquel campo lleno de maleza y con trochas apenas dibujadas, quedando aislados los pueblos. Luego, insistente la nieve sigue cayendo y sepulta las casucas aterradas que bajo ella hacen grumos no mayores que los peñascos. A poca distancia, ni el ojo más sutil puede descubrir la existencia de la aldea disimulada por la nieve. Pero ya, debajo de la capa blanca y gélida, palpita la vida.

Una *vita mínima* como a la que, según los biólogos, queda reducida la actividad de algunas especies durante los meses de invierno. Solamente que aquí el paro no es absoluto: la pequeña industria de la aldea, se desarrolla entonces.

Encerrados en sus casucas traspasadas por el frío que en sus carnes desnutridas les hace sentir los extremos de su rigor, los hombres se dedican a la preparación de pieles y de las múltiples prendas y aperos que de ellas hacen, mientras las mujeres trabajan la lana y el lino, desde la primera operación hasta el tejido. De madera y de cuerno, manufacturan mil cosas necesarias que no tienen con qué ni cómo adquirirlas. No están demás. De noche en las largas velas junto a la lumbre de piornos, a la luz de las teas; de día, sentados en la solana frente al murallón de nieve de la Sierra crestada de picos de hielo, ávidos de un sol de disco desdorado que apenas hace más que alumbrar.

Cuando la blandura viene, deshace en pocas horas la nevada por grande que ésta sea. Los arroyos crecen y el suelo todo chorrea borracho de agua. Salen entonces las gentes con sus ganados a pastoría a buscar un mordisco en la tierra recién descubierta... aquella pobre tierra escaldada por el hielo de cien noches y por la falta de calor de cien breves días...

La anhelada y tardía primavera, el *primo verano*, que decían ellos, pone fin a la dura prueba del invierno; pero es ya pasado Abril cuando la aldea adquiere su plena actividad.

Apenas raya el sol en Gredos, los tejados sin chimenea dejan escapar entre las lanchas guedejas de humo espeso del fuego en que se prepara la frugal refacción. A poco, la aldea se vacía volcando sus escasos habitantes sobre la campiña. Salen todos. Las mozuelas y los chicos llevan a pastar los ganados, cada cual los suyos, buscando entre las matas de piornos y a la vera de los regajos vetas de hierba en que pacerlos. Las mujeres se ocupan casi en las mismas faenas que los hombres que tienen un quehacer múltiple.

No son solamente los trabajos de la cosecha. Arre-

glan las praderas incipientes ensanchándolas y allanando terrenos para que les llegue el riego; otros, descuajan de toda clase de arbustos, trozos de buena tierra, los limpian de peñascos o rompen el suelo empraizado para transformarlos en huertos donde sembrar más lino, más centeno, o algunos canteros de verduras. Con las mismas piedras que quitan de ellos los suelen cercar... Se come, se descansa un rato y se reanuda el trabajo que acosa. Y no es que sea mucha la superficie que cultivan para vivir. Mas téngase en cuenta que aquí cuando el invierno deja trabajar es ya muy tarde y además, entonces, es tan laborioso el cultivo, tan deficientes los medios y tan salvaje el terreno, que la escasa producción, exige un trabajo multiplicado. Todo al día en el campo y aprovechando bien el sol. Pero apenas el sol cae tras la montaña, todos se recojen a la aldea.

— Lo mismo que hoy — dirá alguno.

Lo mismo que hoy, no. En aquella época lejana en que aún la naturaleza domina al hombre, las sombras que parecen salir de los flancos de la montaña, de las gargantas oscuras avanzando poco a poco hasta invadir el pequeño valle, inspiran justo temor. La noche es peligrosa en aquel campo lleno de rocas y de una vegetación retorcida y espesa donde bullen los reptiles, las alimañas y fieras.

La vuelta a la aldea, en el anochecer de aquellos antepasados, tenía un sentido de que hoy carece. A más de medio de comodidad y cobijo contra las inclemencias, que es el valor que para nosotros conserva, la casa mejor o peor, pobre o rica, tenía para el hombre de entonces una significación que ya no sospechamos: la casa es, ante todo, el refugio, la defensa, la fortaleza contra unos enemigos que la rodean y de los que, sin ella, apenas se podría defender.

Situado en un medio lleno de peligros ciertos, el

hombre se siente impotente para hacer frente en todo momento a todos ellos, y es la casa el recinto que, mientras repara sus fuerzas, le aísla del ambiente hostil, dándole seguridad y ayuda física y moral, ya que en ella halla compañía y se reúne con sus semejantes.

Por eso, una de las virtudes fundamentales entonces, era la hospitalidad. Dar techo y compañía al que de otra manera quedaría abandonado a esos peligros de que la casa nos defiende, era de una suprema caridad.

Es ya demediada la *primera vigilia*, cuando todos en la cocina, a la luz de las teas y al calor de la lumbre de piornos, toman la principal refacción: potaje de verzas o nabos y, quien puede, torrezno o trozos de carne ahumada o en sal presa de los ganados muertos. También, en su tiempo, queso seco o frescal con pan de centeno. Largas veladas del invierno, quedan reducidas ya en este tiempo a unos ligeros comentarios mientras se cena. ¿De qué se habla?

La conversación refleja la melancolía del tono menor de aquellas existencias que tras una apariencia tranquila, viven su drama; un drama gris, difuso, desleído de la cuna al sepulcro por todas las edades porque es su misma vida agobiada por las condiciones físicas y sociales pero no tanto que los aplaste con una muerte liberadora, pero sin un consuelo que les alivie la pesadumbre. Se habla, a más de lo obligado sobre la cosecha, de las noticias que llegan con tardía resonancia de la guerra con los moros, o de alguna leva de campesinos jóvenes. Se habla de las gabelas y tributos que han de pagar de su mezquina hacienda; de la novedad, si la hay, fausta o infausta que ha ocurrido en el poblado, que se reducen a bodas y a muertes naturales o accidentadas como la que causan el paso de los ríos y las fieras, desgracias no raras en aquellas desamparadas existencias, más llenas de reflejos sombríos que de claras luces.

Luego el sueño reparador todos en la misma habitación, sobre el montón de paja que para muchas generaciones es cuna y tálamo nupcial y lecho de agonía.

...Allí, sobre aquel lecho natural, se nace, se repara la fatiga, se asegura la descendencia y se exhala el último suspiro. Y como no es muy voluptuoso y la necesidad acucía, apenas la claridad del nuevo día se filtra por las bardas del tejado o por las grietas de la puerta, la familia se levanta para comenzar su incesante y siempre repetida labor...

Habían pasado muchos años desde la fundación del pueblo, pocos si se tiene en cuenta la logevidad de estas entidades colectivas, y ya Hoyos, superada la época de su formación, tenía su vida legal y jurídica regularizada por un Concejo.

...Aquel año, ya debía haber pasado el invierno. Decir esto, es decir que se debía de estar en Mayo o Junio. Entonces, como hemos dicho, la primavera llega poderosa; el sol calienta y las plantas retrasadas, disparan la energía almacenada y se las ve crecer con un ritmo precipitado. La campiña entonces, presenta uno de sus avatares más espléndidos. Las praderas adquieren un verdor brillante; los sembrados rivalizan con los prados en verdor y, los piornos que llenan todos los espacios incultos, empiezan a florecer cuajándose de millonadas de florecillas rubias... Solamente dura esta floración efímera quince días; pero quince días en que las colinas y las laderas son de oro. La sierra misma sombría siempre, se enciende entonces con reflejos áureos que ascienden hasta tocar la línea de plata de la nieve. Suele ser esto por la última quincena de Mayo y la primera de Junio. El paisaje es un encanto. La austera desolación de las rocas y de los calveros aparecen apenas, náufragos su gris entrequeda como coloreado por un reflejo de de los tonos fuertes: el verde brillante, el amarillo oro

de los piornos y el blanco de armiño de la nieve. La tierra desnuda y hosca, no se ve.

Semiocultos entre los accidentes y la vegetación de la quebrada campiña, los vecinos estaban desparramados y ocupados en sus quehaceres de siempre. El campo había cambiado mucho ya. Los trabajos y las vidas de algunas generaciones gastadas en el roce con la adusta tierra, habían criado algunas buenas praderas y huertos y una ganadería floreciente. Cada año se mejoraba el



Cuadro antiguo de la primera aparición.

cultivo y se robaban a la vegetación salvaje trozos de terreno para hacerlos producir.

Debió de ser un buen día. Uno de esos días claros y jugosos que, solamente el campesino, sabio en esta ciencia, sabe apreciar en toda su bondad. No es solamente el placer fisiológico que produce una buena temperatura, ni el cálculo utilitario sobre el satisfactorio adelanto de las cosechas. Es todo esto; es todo esto; pero además algo más hondo. Ese buen *tempero* que exulta al campo

y le hace mejorar casi instantáneamente de faz, parece que recalca, no ya el cuerpo, sinó la misma alma del campesino, llenándola de un sentimiento alegre y placentero que aventaja de ella las preocupaciones y las penas. Entonces, mientras trabaja, el campesino canta; se siente participando plenamente en un bien tan grande como gratuito, y su alma agradecida, bendice sin palabras a Dios...

Aquel día, hasta los niños habían salido con sus ganados a pacerlos en las laderas de la dehesa cercana al pueblo. Poca gente, no siendo con ganado, solía ir por allí. Los vecinos tenían la mayor parte de sus quehaceres en los huertos y sembrados del saliente y mediodía del pueblo, así como hacia Peñamarina; los prados serían ya los del Ansalero, río abajo y alrededores. Tenía todo ello un aspecto muy distinto al que hoy tiene, después de tantos siglos de remover y cultivar estas tierras. Como casi todo lo cultivado estaba en los alrededores, cuando salían a trabajar, apenas perdían de vista al pueblo.

Unas voces, como gritos, que comenzaron a oírse, alarmaron a los que trabajaban. Venían de la izquierda del pueblo. Por la ladera del Norte, hacía la desembocadura de Cañada Honda, se veía subir gente precipitada. Pocas veces se daba tal caso en la paz de la campiña. De otero a otero, de hondonada a loma, se llamaban unos a otros, preguntándose; pero nada sabían. Dejaban los trabajos y todos se dirigían hacia donde se veía correr, de prisa y cabizbajos, preocupados. La costumbre, les hacía tener malos presagios. ¿Qué, sinó alguna desgracia podía ser la causa de aquella agitación inusitada? ¿Cuándo, sinó para llorar, el pueblo se había alarmado de aquella manera? Solamente cuando algún vecino había aparecido muerto, o algún niño u hombre había sido atacado por las fieras, se daba un arrebató semejante.

En pocos momentos se hallaron todos corriendo ladera arriba, hacia donde habían visto ir a los primeros. Se preguntaban repetidamente: pero nada lograban saber. Seguían. Arriba, en la mitad de la ladera estaba un grupo parado y se oían voces quebradas, emocionadas como llorosas... Los presagios tristes se afirmaban aún más... Pero al llegar al grupo, preguntando ansiosamente, los otros les señalaban, porque las lágrimas no les dejaban hablar, el maravilloso prodigio.

Hay aquí, en la tradición y en la historia, un espacio blanco, imposible, sin falsearlo, de llenar... El prodigio se ha consumado, ha pasado, y de él directamente no podemos decir nada, no por pasado, sino por prodigio. No es que ignoremos más o menos detalles; aunque los conociéramos todos, más: aunque hubiéramos sido espectadores de la maravilla, sería igual, ya que al fin no podríamos saber y por consiguiente decir, más que repercusión terrena de un hecho divino. Ante lo inefable, el silencio es el medio más eficaz de expresión. Y este espacio blanco, silencio gráfico, nada tiene de negativo, ya que detrás de él se oculta, lo indecible: el misterio... La nube clásica de aventura aparece y sugiere la nube tras la que siempre se ha mostrado la Divinidad... la nube del Sinaí la del Tabor blanca y lúcida, la de la Encarnación... aquella tras la que sobre el Tabernáculo descendía el Señor... *Nubes in circuitu ejus*... Nosotros ahora intentaremos decir lo que el hecho maravilloso, ocasionó sobre la tierra... Pero su realidad íntima, los que lo presenciaron, lo mismo que nosotros, lo desconocieron. Ante sus ojos, ya apareció sobre la tierra; pero su salida del cielo, fué entre la nube del Tabernáculo de la Divinidad como un polvo de luz que levantan en su camino del cielo a la tierra sus pies divinos... *Nebulæ pulvis pedum Ejus* (Nah. I, 30).

.....

Como si contemplaran el prodigio, la Sierra desplegaba en fila sus picachos como una asamblea de gigantes blancos... el pinar exhalaba, como incienso, el aroma de sus pinos incircuncisos... había como una quietud atenta en las llanadas verdes y en las colinas aureas, en el arroyo rumoroso que parecía ahora rezar... el cielo era un abismo luminoso y el ambiente calmo parecía brizado por un vuelo invisible... de ángeles... En aquel recóndito y desconocido rincón serrano, tan a trasmano de las grandes vías de tráfago mundano, ha sido escogido, para manifestarse el prodigio. A medida que van llegando aquellos humildes le contemplan; allí, en medio de todos, teniendo por trono las varas revueltas y punzantes de un espino, está, con su Hijito en brazos, la Gloriosa, la Virgen Santa María...

Milagro... Milagro... Trémula, esta palabra salta de todas las bocas. Milagro... No es ilusión. Allí está y nadie sabe cómo surgida, cómo aparecida... Allí está mirándoles con aquellos ojos que iluminan un rostro ante cuya atracción amorosa caen de hinojos inconscientemente, ausentes de sí mismos, como si su ser estuviera totalmente absorto, fascinado por aquella aparición.

¿Quién la vió? ¿A quién se apareció? Cómo?... Las preguntas vuelan. A poco, nadie ignora que los ojos puros de una niña fueron los primeros a quien la Virgen se mostró... Allí está la niña preguntada por todos, acosada por todos, mirando un poco aturdida a todos con sus ojos ingénuos... Y si la dejan es solo para correr a las plantas de la celestial Señora...

Fué aquella la primera y más fuerte adoración. Hay gritos de sorpresa, de amor, de entusiasmo... hay lágrimas de reconocimiento... hay una escena que no es para descrita... Están arrebatados por el prodigio, y como este prodigio atrae. Están arrebatados por la gracia que

cuando irrumpe y llena las almas exalta su sentimiento de beatitud, a un estado de embriaguez que arrebatara los sentidos y del cual la lengua apenas puede balbucear algo.

Qué tiernísimo espectáculo. Se arrodillan ante ella; la aclaman, la piden, la ruegan... Aquel pueblo de pequeñez desamparada, sin iglesia, sin santuario, sin sacerdote, la vida espiritual desordenada y sin cauce, siente desbordarse de su alma sentimientos irrefrenables ante la maravillosa aparición... Qué gracias le dan a Dios por el don... Qué gracias le dan a Ella... Oh, qué dulzura en las invocaciones... Oh, qué sinceridad en las promesas... Oh, qué ternura en los besos, qué implorantes las miradas... aquellos besos ardientes de cariño, aquellas miradas arrasadas de lágrimas, aquellas lágrimas de consuelo y alegría que efunden del alma enagenada de agradecimiento...

*
**

Aquel gozo tiene un manadero muy hondo, No es fugaz coloreamiento del alma ante el hallazgo inesperado y feliz; es efusión entrañable que efunde de lo íntimo del ser.

Entre la sencillez y la bondad elemental de aquellos antepasados y el medio que les rodea, hay una desproporción notable. La naturaleza en que viven es, como hemos visto, áspera; los lazos que les unen a la sociedad, son ásperos también,

El aldeano goza de muy pocas consideraciones en aquella época guerrera. Para ponerse a cubierto de múltiples desafueros, individuos y aldeas, si no están adscritos a un *señorío*, han de buscar el vasallaje y la sujeción a un *señor*. El respeto que inspira el *señor*, defiende a *sus cosas*, a sus vasallos.

El aldeano le paga varios tributos. A cambio de estos

tributos y del *vasallaje* que implica otros múltiples deberes, recibe de su *señor* natural una protección.

Una protección... Si el agradecimiento se gasta en pagar los beneficios recibidos, aquellas gentes deben de tener el caudal de su gratitud intacto. Aquellos señores son, prácticamente, dueños de vidas y haciendas y no suele haber muchas veces, ley para sus caprichos. Los derechos más primarios de las gentes de las aldeas están garantizados, precariamente, por los altibajos del humor del *señor* y, lo que es aún peor, de sus sayones y satélites. La Iglesia lucha por corregir los excesos de los *señores* y mejorar la condición de los vasallos; pero las rémoras que encuentra son muchas. Y es tan evidente el desvío de aquella sociedad hacia los aldeanos, que la idea de su inferioridad, se ancla hasta en el alma de ellos mismos.

Se sienten más bajos, inferiores, incapaces de hacer frente a la vida sin una protección que les compense su mengua. De tal debilidad e indigencia, emana, natural, como el hambre de una naturaleza desnutrida, la nostalgia de ser apreciados, considerados, queridos... El anhelo de esa protección, de ese valimiento o amparo así entendido, apunta en lo hondo del alma de una manera oscura, subconsciente, sin llegar a formularse, por su contradicción con la realidad, en claro deseo; como un delirio de logro inaccesible.

De pronto, el logro pone ante sus ojos lo que antes ni se atrevían a desear. Allí está, surgido ante ellos por modo maravilloso. El delirio se ha hecho realidad. La aparición providencial muestra a su fe la prenda indubitable de una dilección, de una *predilección* no ya de la tierra sino del cielo. Y la realidad, el logro de lo por apenas posible apenas deseado, les enajena y arrebatada en la exaltación gozosa que hemos descrito. Pero más que en

este dramatismo exterior, la escena adquiere su más íntimo vigor patético en la intimidad del espíritu.

El goce pleno viene del logro, no del bien superfluo sin el cual puede pasarse, sinó del bien que nos es esencial, cuya carencia, amputa, lacera el ser.

En aquella imagen virginal su fe intuye pleno el bien que necesitan: protección, valimiento, cariño... Perciben tal ventura como totalmente inmerecida, como pura merced y gracia.., Y tocada en lo más sensible su ruda alma, toda la gratitud, toda la afectividad represada en aquellos corazones se descarga impetuosa en aquel don, en la dadora de aquel don que es lo mismo porque ve por aquellos ojos, oye con aquellos oídos, y siente su corazón tras de aquella apariencia inerte. Probablemente, en aquellos instantes, se postran ante la Virgen aparecida haciendo recaer sobre ella todo su amor, toda su esperanza, sin una reserva mental, sin una duda. Es lo que necesitaban: la Señora ideal, la Protectora, la Patrona... Más aún: la realidad supera al ensueño: es la Madre...

En el logro de su ventura descansan. El goce de sus almas, es de plenitud. La calidad del don, hace el gozo aún más delicado. La vida para ellos ha perdido pesantez. Y como en una atmósfera jamás respirada, se sienten envueltos en un sentimiento eufórico de beatitud, de bienestar, de serena y celestial alegría...

*
* *

En seguida pensaron en bajarla al pueblo. Pero no la quitarían de su trono de espinas, hasta que llegaran todos. Después el más anciano, o el más digno, o la autoridad que hubiere la tomaría, y entre el entusiasmo de todos que no cesaban en sus efusiones, la bajaron al pueblo.

Fué aquella la primera procesión. Como no había iglesia ni capilla, pues de haberla a ella la hubieran llevado, todos pensaron que la mejor casa del pueblo pertenecía por derecho propio a la Virgen. Y mientras piensan en hacerle una capilla, la alojan en una casita honesta del barrio de las Peñuelas...

La historia de Nuestra Señora del Espino, comienza aquí. La historia se ahila y tiembla penetrando la oscuridad de aquellos remotos siglos con un rayo de luz de verdad, desnuda y pura. Escueta: sin adherencias ni adobos de leyenda. Oídla:

«ESTA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA SE APARECIÓ EN UN ESPINO A UNA NIÑA DE POCOS AÑOS QUE GUARDABA CIERTO GANADO: Y LOS VECINOS LA BAJARON AL PUEBLO PONIÉNDOLA EN UNA CASITA HONESTA DEL BARRIO DE LAS PEÑUELAS».

Así era la tradición de la aparición de la Virgen Santísima del Espino, hace cuatrocientos años. Así la recibieron y, sin pretender siquiera aclarar que clase de ganado guardaría la niña, nos la transmitieron intacta. Así la recibimos y así, hasta con su impresión en ese punto la dejamos; porque la verdad que nos entregan los siglos, no admite enmienda...

CAPITULO III

AURA DE PRODIGIOS

El que pasados unos años después de los narrados sucesos, hubiera vuelto a la aldea de Hoyos buscando en la casita de las Peñuelas la aparecida imagen de Santa María, hubiera buscado en vano. Ni en las Peñuelas, ni en lugar alguno del pueblo había Ermita, ni Iglesia, ni simple casa que guardara la santa Imagen.

¿Dónde se hallaba? No tenía apenas necesidad el forastero de preguntarlo. Antes de que terminara de formular la pregunta, ya algún vecino, haciéndole mirar en dirección a Cañada Honda, le señalaba una pequeña edificación que, a media ladera, apenas emergía entre los arbustos: la Imagen bendita estaba allí.

Como pasa a muchos hoy día, acaso el forastero se extrañaba de ver tan lejana aquella iglesia que dentro del pueblo hubiera estado tan bien; pero los vecinos de Hoyos se extrañaban a su vez de aquella extrañeza. No había en toda la Sierra quien ignorara lo que el forastero parecía desconocer. Enseguida, cualquiera se le ofrecía para acompañarle y para explicarle cuanto sobre el asunto deseara saber.

Pasado el río por un pontón de palos y cespced frente al barrio de la Cabezuela, tomaban el camino que sería, poco más o menos, el que hoy sale de dicho barrio. Los cercados que flanquen el arroyo no existían entonces; lo que hoy son buenos prados y huertos, estaban entonces cubiertos de piedras y piornos entre los que serpeaban la vereda o veredas que subían a la dehesa, en cuyo ca-

mino estaba la iglesia. El camino es corto; pero más corto se le hacía al forastero oyendo la narración que el vecino de Hoyos le iba haciendo mientras le recorrían.

Por él supo que aquella iglesia que estaba allí, fuera del poblado, la habían querido hacer dentro; en primer lugar, por tener entre ellos a Aquella por la que sentían tan gran amor y veneración considerándola como regalo del cielo; y porque no teniendo iglesia, el templo que le hubieran construído, les hubiera servido de Parroquia. Pero sucesos extraños lo habían impedido.

Un día la Imagen desapareció de la casa de las Peñuelas sin saber cómo, y fué hallada en pleno campo, precisamente en el espino en donde se había aparecido. Se la bajó otra vez y otra vez desapareció, volviendo a hallársela en el mismo espino. Atribuirían los vecinos a causas humanas estos traslados misteriosos, e insistieron en bajarla al pueblo; pero cuantas veces lo intentaron, fué su empeño inútil.

Un día, el vecino que la bajaba, sintió en sus brazos un dolor tan fuerte, que hubo de volver con su preciosa carga atrás... Por todos estos sucesos y otros, extraordinarios y misteriosos, conocieron los vecinos, al cabo, ser todo ello manifestación sobrenatural de la divina Señora, de querer morar en el lugar de la aparición.

El sitio estaba lejano, Era penoso sobre todo por el rigor de los inviernos en esta Sierra; pero ya nadie dudó. Se le edificaría el Santuario en el mismo sitio en que se había aparecido. Y allí en pleno campo, se le había hecho, sobre el espino mismo, que se conservaba como una reliquia.

Aquel espino tenía también su historia. Se decía que durante algún tiempo, había destilado de sus raíces aceite con el que se alimentaba la lámpara que ardía ante la Imagen. Después el prodigio cesó... Cesó porque

la *luminaria* lo vendió para lucrarse ella, y el espino no volvió a dar más...

Con esta narración contada por el vecino de Hoyos con piadoso orgullo y escuchada por el forastero con



Nuestra Señora del Espino y el Cantor de
sus glorias

devoto interés, iban remontando la ladera siguiendo la vereda que conducía a la Iglesia. Poco antes de llegar a Cañada Honda, la ladera hace una llanada. El lugar estaba cubierto de piornales espesos, entreverados de es-

pinos y peñascos, Allí, entre aquella vegetación bravía y salvaje, se hallaba la Iglesia.

Era una edificación reducida y humilde, del tipo de las demás del poblado. Su construcción era un poco más cuidada; pero sus paredes eran también de pequeña y sombría piedra asentada con barro. En ellas se abría un estrecho ventano y una puerta de pino que le daba acceso. Aun para aquella época, el aspecto de la edificación resultaba humilde con aquella mampostería rústica roída pronto su argamasa por el hostigo de los temporales y aguaceros. La vereda que allí conducía está flanqueada de piornos hasta la misma puerta donde el continuo paso de los devotos no los dejaba crecer.

La sencillez del interior correspondía a su aspecto externo. Enjalbegadas con tierra de los barreros del contorno, las paredes blanqueaban en la oscuridad, sosteniendo la armadura del tejado, formada por vigas y tablas de pino. Más que la claridad que dejaba pasar el ventano, la lámpara que siempre ardía en él, iluminaba el recinto. A su luz, y un poco por encima de la mesa de altar, se veía la imagen aparecida de Santa María con su Hijo en brazos. A un lado y a otro, colgaban de las paredes algunos exvotos y junto al altar el espino, ya medio seco, retoñaba aún. Algún pequeño banco de pino, algún hachero con amarilla cera, era el único mobiliario que ocupaba los quince o veinte metros cuadrados de aquel lugar. No era mayor el santuario que allí se alzaba. No había más en él. Pero de aquella mansión tan reducida, de aquellos muros tan humildes, se irradiaba ya una atracción extraña y poderosa sobre un contorno amplio de muchas leguas; era aquella la primitiva iglesia de Nuestra Señora del Espino, el Santuario mariano más famoso de la Sierra...

CAPITULO IV

EL ALMA DEL SANTUARIO

(Esbozo de ensayo
sobre los santuarios)

Existen muchos y en los sitios más variados. Ocultos en la arruga de una montaña; entre los chopos, junto a una corriente de agua; solitarios, caídos como una bendición en la monotonía amplia de una llanura... Es una edificación sencilla, sin relieves ornamentales, a veces rústica; pero al trasponer su umbral desgastado por los devotos, el alma siente sobre sí una sensación extraña.

Extraña a los mismos lugares del culto. No es la sensación ordinaria del templo; ni esa otra, específica, propia de las grandiosas catedrales, de los magníficos edificios donde se honra a Dios. En éstos la magnitud suntuosa de la obra arquitectónica, el solemne desarrollo de la liturgia, la riqueza y el esplendor, crean en nuestra alma complejos sentimentales acordes con ciertos predicados y categorías a través de los que vemos a la Divinidad. El alma se halla complacida, se halla *bien* en aquel ambiente en que andan dispersos como reflejos y rafagueos del Ser Divino... ya que, con tales estímulos, el proceso de su elevación es fácil.

Pero en el *santuario* los ojos pueden recorrer todo el recinto oscuro de paredes encaladas, sus bancos de pino, sus retablos de madera desdorada, sin hallar un asidero, un sostén a su devoción. Algo hay allí, sin em-

bargo; algo indefinible e indecible hay en aquel ambiente humilde donde al sumergirse, como la paloma mensajera al atravesar ciertos campos magnéticos, el alma se conturba y la recorre un estremecimiento sutil; algo que ni los sentidos ni la inteligencia captan, pero cuya presencia invisible delatan al alma esa misma inquietud y sobresalto, como una resonancia interna de lo que la circunda.

A veces no es más que un pavor sutil, casi místico; o un estremecimiento que recorre al alma un momento y después se apaga; otras, es como un flujo de devoción parada y absorta; otras es un sobrecogimiento que se expresa en esa cohibición, esa mudez, ese postrarse humilde del alma ante... qué?

Ante qué?

Lo que sea, está allí dentro, flotando en el ambiente, adherido a las cosas; es algo que se mueve, que traspasa aquel aire, que urde, que palpita animando el lugar. ¿Es la atmósfera creada por el prodigio, su rastro, su estela? ¿Es la virtud que ha salido de la imagen que allí habita, que ha agitado aquel ambiente como el ángel las aguas de Siloé, y desde aquél momento ya es otro?

Ya es *santuario*. Antes era capilla, templo, iglesia, lugar dedicado, ofrecido a Dios o a sus santos. Pero ya en vez de los ritos y bendiciones que invocan y llaman a lo sobrenatural, se ha hecho presente lo sobrenatural mismo, que aún parece que allí alienta como en un último vestigio, en una temblorosa huella de algo que ha pasado, pero que no ha pasado porque ha dejado allí su impronta en aquél recinto que de ello ha quedado unguido. El hecho prodigioso es la unción del santuario, lo que le constituye tal. Y eso es lo que ni los sentidos ni la inteligencia captan, pero lo denuncia el alma con esa

alteración que es como un barrunto y sobresalto ante lo que misteriosamente la excede, lo sobrenatural, el prodigio.

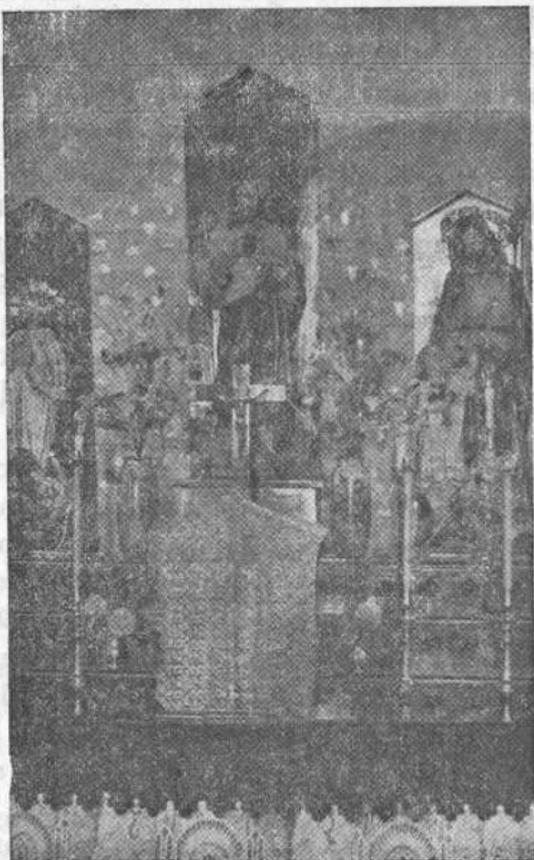
Al hablar de prodigio, no nos referimos exclusivamente al hecho extraordinario que en este mundo exterior, trastueca órdenes y leyes: al milagro en su estricta acepción. Llamamos también con este nombre a una serie de hechos que afloran sin estrépito ni violencia, con la más absoluta normalidad del orden natural—al menos externo—más aún: como una consecuencia lógica de las causas naturales. Son sin embargo, extraordinarios y prodigiosos.

Extraordinarios y prodigiosos aun dentro de este orden de naturaleza elevada en que nos hallamos, en que, en todo momento, lo ultramundanal, se mezcla con lo terreno. Se cruza, se entrecruza, vertical y horizontalmente, de derecha a izquierda, de un lado a otro, lo sobrenatural se entreteje con lo natural como la trama y la urdimbre del telar de que habla la Escritura.

Laboramos en una misma tarea con la Divinidad y de esta colaboración sale la tela de la existencia. Una obra tremenda en que se aunan o disienten la omnipotencia bondadosa de Dios y nuestra trágica libertad, a veces diligente y dócil, a veces inane, dejada, a veces desviada o satánicamente rebelde. De esta obra grandiosa en que a medias trabajamos con Dios, nosotros faltos de una visión adecuada, no vemos sino el postergo.

No es que la vida se divida, se quiebre en dos órdenes distintos; es una, si acaso, con dos perspectivas... Por la fé sabemos que, por una especie de ósmosis y endósmosis, a través del plano que nos separa del *más allá* lo terreno sufre metamorfosis y se trastueca: lo que aquí no vale, tiene allí plena vivencia; lo que aquí se eleva, allí se hunde; lo que aquí es anodino, modesto, brilla allí con extraño fulgor... Y es nuestra vida, nuestra pro-

pia vida la que tiene estas tan distintas perspectivas y, a contemplarlas, estamos invitados en su día.



Nueva Capilla de Hoyos del Espino

A veces, a través de este lado que contemplamos, lo sobrenatural irrumpe aquí abajo de modo sensible y extraordinario como un rompimiento o desgarró por donde la familia terrenal estremecida, se asoma ávida al *más allá*. Es el milagro. La Iglesia solamente denomina tales los que reúnen ciertas máximas condiciones; pero es lo cierto que, a más de ellos, las incursiones de lo

sobrenatural por modo extraordinario son más frecuentes.

Sin ruido, sin alteración de módulos o leyes establecidas, como si los agentes naturales naturalmente lo hubieran producido, cambia el rumbo de una vida o de un asunto, se logra lo suplicado, se contiene lo inminente temido... Lluvia de gracias cubiertas con una apariencia natural, porque el desarrollo de los sucesos ha podido ser, sin torsión aparente, así; pero en ella lo natural no es más que apariencia. Ha sido un sobrenatural influjo el que ha llevado las cosas por ese cauce por el que naturalmente podrían haber ido; pero que de hecho, en aquel caso particular y concreto, jamás hubieran ido por allí. Es así, en su esencia, hecho prodigioso, auténtica y sobrenatural gracia.

De esta clase de gracias, el ambiente del Santuario está traspasado. Casi siempre hay algunas que llenan todas las exigencias y la Iglesia las proclama milagros. Pero lo corriente, son esas otras gracias humildes cuyo carácter de *gracia* nadie ve más que el agraciado; y son tan pequeñas y son tan numerosas, que sin destacarse ninguna, entre todas crean en torno al santuario una atmósfera aérea de misteriosa maravilla.

Ese halo es lo que perciben oscuramente las gentes. En su emplazamiento solitario y recóndito, a través de las arboledas que le circuyen ven al santuario irradiando taumaturgia. Y van.

Van porque allí hay algo. Algo más que los hechos por maravillosos que éstos sean; algo más hondo y de un interés más común. Allí eso que nos separa del *más allá* como un techo, se adelgaza y pierde opacidad. Todas esas gracias grandes y pequeñas, son, ante todo, luces de arriba que se filtran y caen sobre el terrenal ambiente ahuyentando la duda. La fe se hace más fácil; la esperanza recrece, y pierde la mitad de su oscuridad,

el enigma de la vida... Y es por ahí, por donde han acudido otros y han sido oídos, por donde se adelgaza el obstáculo y se vislumbra algo, por donde van a llamar al más allá los desventurados.

Los hijos de Job

Esta desventura tiene infinidad de grados. A veces el alma es zarandeada de tal manera por la tribulación, que todos los recursos de la resignación y de consuelo fallan. Hay como un encono de todas las cosas en contra de ella. La adversidad, la envuelve entre sus giros y se cierne sobre ella con una violencia y persistencia fatal...

Entonces el alma acude a esas transparencias tras las que vislumbra a su Creador como una evasión, como una fuga de todo lo que acosa. Herida, maltratada, sin poder ya de resistencia... Allí está. Despojada de todo, porque todos los valores humanos han perdido ya para ella su vigencia. Es una pura criatura ante su Creador. Allí no hay sollozos, ni peticiones, ni súplicas... el título de su presentación y demanda, es su ser de criatura, su voz, su necesidad.

Pero todo el dramatismo, no reside ahí.

Está ante su Dios. Le sabe infinitamente bueno, generoso y potente para resolver aquel pleito en que le vence la adversidad. ¿Por qué, sin embargo tiembla? ¿Por qué se detiene? No es por la carga de sus pecados que se abrasan como pavesas al contacto de la misericordia infinita. ¿Por qué se detiene, pués?

En tales trances, el ser, la criatura va a Dios de una manera esencial, con lo *hondo del alma*, según expresión de los místicos, Le atrae su infinita bondad, su misericordia sin límites; pero más allá de esas virtudes morales elevadas a lo infinito perfecto: Suma Misericordia,

Suma Bondad... hay algo. Ni *via eminentiae*, ni *via remotiónis*, se llega a Dios. Y más allá, está el misterio. Lo Divino. Lo distinto, distinto esencial. Lo incomprendible e inaccesible, no por dimensión o infinitud, sino por distinto y heteróclito, de tal manera que ni nuestra naturaleza halla dentro de la órbita de sus límites, ni un punto de tangencia con ello, ni nuestras categorías, nos valen para tender la más sutil relación.

Ante ello, el alma se cohibe y tiembla. No es por sus pecados, repito. No es el temblor del hijo pródigo ante el Padre, ni el del delincuente ante el Juez, Eso sería más accidental, sería situarse ante los atributos de que vestimos a Dios. Tiembla porque se siente ante eso que está antes que todo atributo, con un temblor natural, esencial; y aunque no tuviera faltas, aunque fuera, según su naturaleza, pura, temblaría igual, porque le basta para ello, si no el delito, el hecho de haber nacido. Es temblor que brota de una angustia metafísica: la de sentirse criatura ante lo distinto radical de ella, lo Divino, lo necesario, lo Increado, lo que con todos estos nombres apenas podemos nombrar.

Ante ello, la criatura tiembla, porque se siente criatura en su más hondo sentido de ser innecesario, accidental, indiferente a ser. Hay a sus pies una angustia de vacío, una autodesestima ontológica, una convicción de no deber ser escuchado. Qué vale la necesidad de lo que no es necesario? Qué son, nacidos de esa nada, los actos morales mejores? Qué puede valer su amor? Qué su humillación? Allí donde la desvaloración es absoluta, donde no hay nada que abajar, que es la humildad?... Y el alma retrocede, se detiene ante esos resplandores divinos que la abrumen iluminando su nada, al mismo tiempo que la atraen irrefrenablemente y la enloquecen con su hermosura.

La misma Persona tan humanizada de Cristo, está

traspasada irremediabilmente de ello; se filtra a través de las nubes del Calvario; es algo que no puede anular ni el doliente ademán de amor del mansísimo Corazón...

A través de todo el Evangelio que trae la buena nueva del Padre y de su Reino cuyas primicias son las que a su paso, va derramando su Cristo, este otro elemento resuena como un contrapunto. Entre efusiones de perdón y misericordia que exceden lo humanamente imaginable, entre parábolas en que parece excluido lo que de sanción tiene la justicia, surgen determinaciones y propósitos violentos de una justicia implacable. Es algo de otro orden que no acertamos a conjugar con lo que vemos; lo paradójico; lo que, por misterioso, nos hace retroceder.

Como retrocedían a veces ante El aquellas gentes, aquellos mismos discípulos, aquellos pobres, enfermos, niños y plebe toda que le acosaban y se le comían materialmente, y no sabían despegarse de El. Pero cuando eso surge, la distancia que impone es obligada.

—Apártate de mí que soy pecador—le dice San Pedro.—No es digna mi casa ni yo de que Tú entres en ella—confiesa el Centurión. En San Marcos se dice que después de haber oído lo que les decía Cristo, *los discípulos le seguían—*a distancia—*con temor*. Porque cuando ese elemento surge, la distancia que impone es obligada. Hay una tendencia instintiva y elemental en lo profano a apartarse, a no acercarse a lo Divino, a lo Santo por antonomasia, porque sabe que su proximidad en cuanto es posible, lo impurificaría, que lo menoscaba y mancha. Pero como al mismo tiempo, le atrae y lo necesita, busca medios de purificarse, de valorarse, de hacerse lo menos indigno posible de ponerse en su presencia. Así, con cuanta mayor intensidad y vehemencia se necesita y desea la comunicación con lo Divino, como Sumo Bien que es, en el mismo grado se buscan los medios de purificarse para acercarse a ello.

La expiación, la penitencia, lo logran. Mas no logran, al cabo, suplir el poco valor que la criatura en sí tiene, que, por contraste, resalta en toda su crudeza, al aproximarse a lo Divino, a lo que es Todo. Para obviar eso, se busca un *medio: la mediación*. Un tercer ser que nos ampare algo, detrás del que nuestra presencia ante la Divinidad quede como valorada, defendida por su excelencia.

Lectores: en la mayor parte de los santuarios, mora la Virgen María...

Los santuarios de la Virgen María

Aún antes de estar definida, es definitiva esta verdad: la Mediadora. Los que siempre han acudido a Ella son los más. Y si hay en ello alguna explicación a mi ver, es que en Ella más que en ser alguno se nos muestra lo Divino, pero sin esa última y decisiva manifestación que rebasa todas nuestras categorías.

Aún encumbrada inaccesiblemente al solio de Emperatriz de todas las jerarquías; aún viéndola encerrada en el seno triangular de lo Divino alrededor del cuál los Tronos cuchichean estremecidos, cubiertos los ojos, el trisagio, la reconocemos nuestra... También Ella irradia poder y majestad altísimos; también Ella está nimbada de resplandores ofuscantes, transpasada por lo Divino bañada toda en una luz inefable... Pero de todos los rayos que la circundan de todos los que de Ella misma emanan, no hay uno sólo que haga temblar.

Todo atrae... Las trémulas manos humildes se tienden a Ella, con una angustia y efusión desbordantes en pleno ademán de confianza, los ojos no se hunden en el polvo, se levantan a su faz divinamente hermosa, aún cuando la culpa los arrase en lágrimas. La tragedia humana a sus plantas pierde en hipertensión patética lo

que gana en ternura; porque todo el dramatismo de la más negra coyuntura queda sesgado ya con el alivio que supone esta sola palabra Madre.

Lo mismo que la esperanza, virtud divina, va siempre en definitiva, a Dios, la confianza se pone en Ella. La esperanza mira al futuro; es un vuelo del alma hacia Dios durable, sostenido, y es precisamente cuando en ese vuelo se pierde altura, cuando las alas vacilan y el alma se cansa, cuando necesita una ayuda, un descanso, inmediato, presente, un apoyo en quien descansar, confiar, el peso que le abrumba: protectora, auxiliadora, abogada, madre... esos seres, esos seres en que—en su más estricto sentido—se confía; con los que se tienen las confianzas.

¿Quién tiene confianzas con Dios? El «*venite ad Me omnes...*»; el «*petite et accipietis...*» del Padre amoroso parece ofrecer al ser humano, aun más que una proximidad, una familiaridad confianzada. Pero hay que ser muy superficial, hay que tener un espíritu banal, para no ver en ese contraste, de un Dios infinito, de una Majestad divina, omnipotente, acercándose tras tan sencilla apariencia, un misterio mayor que si ese mismo Dios se nos mostrara con todo el aparato temeroso de la Antigua Ley. Hace falta ser un alma banal para no verlo; pero esto que es corriente no verlo, cuando las almas son tocadas íntimamente, y dejan atrás toda banalidad, le es imposible no sentirlo. Y las súplicas que entonces elevamos a Dios, percibiéndole las hacemos con tartamudeos, con sínopes... Esa cortedad de las palabras es simbólica. El momento más solemne de la misa hasta la música calla o debe callar. Porque es sabido que el silencio es el mejor medio de expresión ante la majestad del Altísimo.

El temor de emplear vocablos poco propios, de emitir conceptos que reflejen la imperfección de los anhelos, que agitan nuestro corazón, que los sentimos, pero que

nos avergüenza el formularlos, impertinentes, hace cohibidas y titubeantes nuestras oraciones, hasta hacernos callar. Pero al lanzarlas a María sabemos que, sean como sean, en sus manos se valoran, la miseria y la necesidad que pide a sus ojos se amplifica, y la flaqueza se pone en sus manos sin disimulos, ostentándose bien como el enfermo ante el médico, como diciendo: Así soy. Y a pesar de esto, esto quiero... Descárgase así de la pesantez, de la angustia que trae la incierta solución del conflicto, pues sabe haber dejado su causa en buenas manos. Y siente, confianza, en donde se nutre su esperanza.

Oye mal quien entre todas las notas agudas que en las armonías del santuario constituyen los hechos prodigiosos, no percibe, este tono menos agudo, pero más continuo, más fundamental. Ni lo extraordinario y prodigioso de las gracias ni la utlidad de esas gracias en cuanto son soluciones de apuros del momento, es lo definitivo... No es lo definitivo el don que da la mano auxiliadora, sinó esa misma mano aunque sea vacía, que resbala y se posa en las almas como una caricia y que es, en definitiva, como veremos a lo largo de este libro, el supremo don... .

A. M. D. G. et B. M. V.

CAPITULO V

EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ESPINO Y SU HOSPITAL

Este ambiente indefinible y misterioso del santuario, apenas se abría su puerta, se exhalaba del de Santa María del Espino como un aliento. El recogimiento y el fervor se imponían en aquella mansión oscura y humilde en que, como ya hemos dicho, los enseres eran tan escasos y el ornato nulo. Pero no hacía falta más: la milagrosa imagen lo llenaba todo.

Pocas veces estaba solo. El pueblo había cambiado mucho. Su vida espiritual de antes, deficientísima y confusa, no resistía la competencia y menoscabo más que realista, materialista, de los cuidados terrenos. Vida agría y escasa, necesidades apremiantes y siempre insatisfechas por completo agotaban su actividad sin dejar apenas un resto para el espíritu. La convivencia con moros y algún renegado, era otro factor en contra.

Pero aparece la imagen con su cortejo de maravillas y el alma de la pequeña comunidad, poco a poco despega su interés primario de lo material en que lo tenía. Hay por lo visto algo mejor que aquello que consume todo su afán. Y su vida lentamente se espiritualiza, se eleva y gira como el heliotropo hacia esa otra luz que se ha encendido en una ladera de su campiña; la Imagen y su Santuario.

El espíritu de la aldea comienza a modelarse bajo una influencia tan poderosa y constante como consoladora. El centro de gravedad de aquella vida económico-espiri-

tual, se traslada al Santuario. Lo espiritual prevalece. De allí adelante, las desventuras que les proporcione largamente aquella vida ingrata, no se harán ya amargura y desánimo dentro de ellos, sinó que tendrán una compensación o un remedio tan a mano, como a mano cae el Santuario de la dichosa aldea.

Las visitas a él, serán, pues, continuas. A más de las necesidades que habían de exponer a la Virgen bendita y las gracias que tenían que pedirla, solamente un tierno amor filial guiaba muchas veces sus pasos. Sobre el pobre suelo del Santuario, arrimado a las paredes, recogidos y absortos, se veía a los fieles hijos del pueblo acompañando a su madre. Pero no eran solamente de Hoyos los que allí estaban.

Las circunstancias maravillosas que acompañaron a la aparición de la imagen a las que habían seguido otros sucesos peregrinos, creó, al conocerse por la comarca, una pequeña corriente de peregrinos que, en vez de extinguirse una vez satisfecha la curiosidad o pasada la novedad del hecho, siguió incrementándose de manera rápida. No debían quedar defraudados en su fe y en sus anhelos los romeros que de distintas partes acudían.

Algunos de los pueblos del contorno, más importantes y de existencia más antigua que Los Hoyos tenían ya iglesia; pero la fama del Santuario de Nuestra Señora del Espino como desde un principio comenzó a llamársela, se impuso.

A pesar de la distancia que les separaba, acudían con frecuencia a él los habitantes de los pueblos limítrofes atravesando aquel campo selvático y solitario por veredas angostas y malas que cruzaban torrenteras y arroyos, y se perdían entre piornales y peñascos, acuciados por sus cuitas y necesidades, atraídos por la esperanza de conseguir alguna de aquellas que dispensaba la milagrosa Imagen.

Todos entraban en el Santuario como en casa propia. A poco el ambiente se poblaba de rezos, de súplicas, de sollozos, en una lengua germen de la que hoy hablamos pero que ahora apenas podríamos entender.

El rosario, aún no se conocía. A más de la Salutación Angélica y la Salve, tenían otras oraciones y devociones marianas basadas en la consideración de los pasajes de la vida de la Virgen y de sus grandezas. Había letanías y gozos bellísimos. Después, fué muy general la recitación de novenas. Antes que éstas uno de los ejercicios más corrientes, eran las *velas*. Sin duda eran una pervivencia de las *vigilias* de los primeros cristianos y consistían en pasar la noche en vela dentro del Santuario, desgranando durante las largas horas rezos y cánticos en honor de Nuestra Señora. Otras veces, meditando. Aún cuando la oración mental no estaba difundida o no estaba racionalizado su uso como medio de santificación, es lo cierto que las almas pías siempre la habrán practicado. Bastaba que aquellos devotos cansados físicamente de la oración vocal, quedaran pensando en las bondades y excelencias de la Virgen, para practicarla.

Todas estas gentes se alojaban en un principio en el pueblo y de allí subían a hacer sus visitas y devociones. Mas llegaron a ser tantos y tan repetidas sus venidas, que ellos mismos, a pesar de la hospitalidad y buena acogida de los vecinos, se retrajeron y, en vez de bajar al pueblo, tomaban sus provisiones y meriendas en el campo, resguardándose de las inclemencias con las paredes del Santuario o los arbustos de los alrededores.

Si durante el día, podían hacerlo así; pasar la noche en estas condiciones era más penoso y, en ocasiones, imposible. Los que tenían ofrecida vela, la pasaban en el Santuario; pero había otras distintas causas por las

que los que tenían que pasar la noche aquí eran más numerosos.

La distancia de que procedían algunos; lo confuso e inseguro de las veredas apenas señalaban la ruta en un terreno tan agrio y montañoso; las fieras, y el clima duro, hacían peligrosa la marcha de noche y muchos tenían que esperar la luz del nuevo día para iniciar el retorno. Otros, porque la duración de sus devociones lo exigía así.

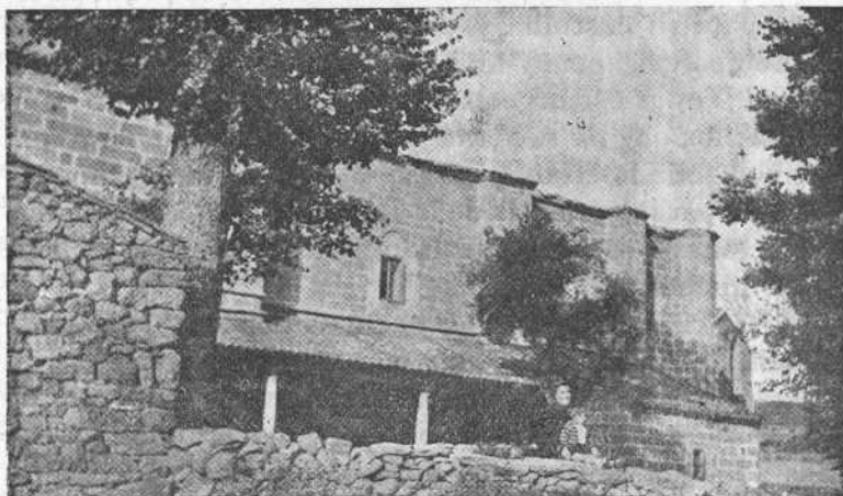
Si ya no existía como edificio anejo a la pequeña ermita para su custodia y cuidado, la hospedería surge como una exigencia y una necesidad a la vera del Santuario. Todas estas gentes debían de tener junto a él donde, los que no tuvieran que hacer *vela*, pudieran pasar con toda libertad la noche, que al mismo tiempo les sirviera para descansar de la fatiga del viaje, tomar sus refacciones y secar sus vestiduras o templar sus miembros muchas veces ateridos.

Otra clase de visitantes hacía indispensable la Hospedería: los enfermos. Aun cuando ordinariamente eran los familiares los que venían a implorar la curación de sus deudos eran muchos los que, con grandes molestias y fatiga, venían ellos mismos a pedir a tan Santa Imagen la salud deseada. Más que nadie estos enfermos necesitaban un lugar de reposo y descanso inmediato al Santuario. Las casas del pueblo ajenas y lejanas, no podían subvenir a esta necesidad.

No debía de ser escaso el número de los enfermos, que vinieran. A últimos del siglo XIII a la hospedería se la denomina Hospital. Allí se recoge al enfermo, se le cuida y se le proporcionan medios mientras dura su estancia junto al Santuario. Los pobres reciben limosnas y asilo el caminante y el forastero. Es una institución de verdadera caridad natural retoño de la vida cristiana y el amor que se irradian en torno de la bendita Imagen.

Y llega a tal punto la fama del Santuario de Nuestra Señora del Espino y su Hospital, que los Romanos Pontífices unen canónicamente este Hospital a los que tenía la poderosa Orden de San Juan de Jerusalén y expiden una Bula concediendo al Santuario de Nuestra Señora del Espino y su Hospital las gracias, privilegios y perdones que gozaban los más famosos templos de la precitada Orden religioso-militar.

Unidas al LIBRO DE LOS MILAGROS se conservan en un



Iglesia parroquial. Lugar de la aparición

deplorable estado, apenas legibles y rotas, dos copias mandadas sacar por el Párroco de esta iglesia D. Andrés Sánchez Tejado, de esta antiquísima Bula expedida por Clemente V a últimos del siglo XIII o principios del XIV. Comienza así:

Estas son las indulgencias é los perdones que los Sanctos Padres Apostólicos dieron é otorgaron é confirmaron al ospital de sancta María del Espino térmi-

no de piedrafita donde se cumplen las siete obras de misericordia ACABADAMENTE EN TODO.

Las gracias son participaciones en los bienes espirituales y méritos e indulgencias que los freires de la Caballería de San Juan lucran en batallas, en frentes de moros, en Tierra Santa, allende y aquende el mar, etc., con cuya Orden había cierta comunidad de bienes espirituales, a los que visitaren la Iglesia de Santa María del Espino o favorecieren su Hospital; y eran además participes en méritos provenientes de los rezos de Horas canónicas, de los abades y Capellanes del Santuario, en sus ayunos, mortificaciones, en los suspiros de Jesucristo, misas y actos buenos que se hicieren en dicha Iglesia... De todos estos bienes participaban de una manera especialísima los cofrades de Santa María del Espino, según la Bula.

Existía pues una Cofradía canónicamente erigida en dicha Iglesia y de una importancia regular, según las gracias que se la otorgaban. Dado el carácter regional que tenía el Santuario, a pesar de estar en la proximidad de Hoyos, a esta Cofradía de Santa María del Espino, dada la importancia que parece haber tenido, debían de pertenecer gentes de los diversos pueblos, con obligación de pagar alguna limosna y rezar algunas devociones, más otras condiciones que ignoramos. Estos Hermanos eran los que principalmente lucraban las gracias a que se refirió la Bula.

La parte referente a los *perdones* es aún más interesante. En la Bula se enumeran hasta catorce capítulos en que se alude a otros tantos graves pecados de sangre, de sacrilegio, de incursos en excomunión, de horrendas aberraciones sexuales, de ayuntamiento pecaminoso con judías, etc., etc., y otros que iban gravados con excomuniones y por los que se imponían, dada su gravedad, muy laboriosas penitencias.

La rudeza de las costumbres en aquella época en que verbeneaban aventureros y asalariados endurecidos en la guerra continua; las que afloraban del fondo pagano de aquella sociedad aun no cristianizada del todo ni mucho menos; la convivencia con elementos tan dispares espiritual y étnicamente, como moros y judíos, hacían frecuentes pecados que, a más de su gravedad teológica, tenía en aquella sociedad naciente, en formación, una importancia cardinal ya que la atacaban a fondo, minando la raíz misma de la sociabilidad.

El poder civil perseguía en el foro externo estos males; pero el órgano de que disponía para su corrección era muy defectuoso. El Derecho Común —que apenas lo era por carecer de homogeneidad— estaba aún restringido y cortapisado, cuando no contradicho, por fueros y privilegios locales o regionales. Uno y otro, lo mismo el derecho común que el foral, se curaban más de la vindicación exterior de la ley, que del aquilatamiento de la culpa, preocupándose poco de intenciones y responsabilidades morales. El autor material pagaba, víctima de una justicia rígida e incompleta oscilante entre la casi impunidad y la pena excesiva. Añadamos que muchas veces, los trasgresores eran los mismos poderosos señores encargados de dar y poner ley a sus vasallos.

La Iglesia único poder adulto y fundente en aquella época en que España es un crisol en que todo está formándose y naciendo, subvenía a todas estas necesidades y deficiencias del mejor modo posible. Era el único poder superior capaz de imponerse lo mismo al señor que al vasallo, y atacaba al mal, imparcialmente en altos o en bajos, allí donde le hallaba. Pero su justicia, más que vindicativa, era curativa y regeneradora. Más que el castigo, el arrepentimiento del delincuente. La época —aquella Edad Media medio cristiana medio pagana— si era de grandes pecados, era de grande fé que hacía muy sen-

sibles las excomuniones con que la Iglesia ligaba a los perpetradores de tales grandes pecados, y lo difícil de su perdón. Para obtenerle, había que hacer penitencias duras y durables; a veces, públicas.

Gran gracia era el poder librarse de tales excomuniones y ser absueltos de los pecados correspondientes, sin llevar a cabo las durísimas y continuas penitencias que de derecho ordinario se exigían. Y ese privilegio era el que, con más o menos amplitud, se concedía a las más famosas iglesias y santuarios.

El privilegio que se concedía al Santuario de Santa María del Espino consistía en que los que reos de los pecados que se enumeran en los catorce capítulos dichos, visitaren la iglesia de Santa María del Espino confesando y comulgando en ella con gran dolor y proponiendo enmienda, que dieren una limosna a su Hospital y que fueren perdonados y *quitos*: esto es, que nadie les molestare más.

Y a éste como a los otros acudían en guisa de penitentes o de misteriosos peregrinos, a veces de muy lejos, los que reos de grandes pecados buscaban la absolución de las excomuniones y la paz de su alma sin tener que esperar a cumplir aquellas penitencias previas que para su perdón se exigían y cuyo perdón lograban con solo acudir a estos santuarios que gozaban de tales privilegios y cumplir en ellos las obras prescritas.

Así acudían a este Santuario de Santa María del Espino; y a la corriente de simples devotos y a los que venían buscando remedio a los males del cuerpo, se juntaban estos otros dolientes de llagas espirituales.

Sentados junto al fuego en la cocina de la hospedería u hospital, se reunían todos a tomar una pausa en sus devociones o calentarse mientras comían sus meriendas. No fallaban mendigos que solían acogerse a la caridad del Santuario y siempre había algunos vecinos del

pueblo acompañando a los forasteros. Se cuentan allí las novedades que pasan en los respectivos pueblos y con estos cambios de impresiones y las visitas a la Virgen y las despedidas de los que vuelven a sus casas, se pasa el día. Mientras, la noche ha llegado.

Es la hora de comenzar la *vela*. La hospedería queda en silencio mientras uno a uno se internan todos en el Santuario que, a poco, se puebla de un murmullo de oraciones.

En las *velas*, prevalecía la oración en común. Como ahora, había entonces rezos y oraciones familiares a todos que por ser las conocidas, eran las más frecuentes. Dirigían el rezo hombres y mujeres expertos en este menester por practicarlo muchas veces comenzando siempre por esas oraciones más comunes. Luego había mucha variedad. Como la noche era larga, daba lugar para todo. Peregrinos de otras regiones recitaban en voz alta oraciones por aquí desconocidas que eran escuchadas por todos con especial devoción.

Singular fortuna era el que entre los devotos se encontrara algún juglar o recitador de romances. Aun cuando situado el Santuario en una región donde no tocaban las grandes vías comerciales y militares, aun no dejaba de pasar por aquí una ruta de menor importancia que encauzaba por los puertos del Arenal y del Pico, las comunicaciones entre la parte occidental de Castilla, y el Sur de la Sierra. Por ella habían de pasar, a veces, juglares, tocadores de vihuela, cantadores de romances que iban de las Villas de Alba y Piedrahita, a Mombeltrán, Arenas y sus castillos, donde eran muy bien recibidos, o se les acogía muy bien. Naturalmente, y según costumbre, deteníanse en el Santuario. En tales ocasiones y acompañándose de su instrumento, cantaban en las *velas* cantigas, cantares de *miragros*, gozos y otras

composiciones a Nuestra Señora y su Hijo, que todos escuchaban embelesados.

El cuadro era sugestivo. Las noches de luna, sus rayos penetrando por la ventana, mezclaban su lívida luz con la rojiza de la lámpara en una iluminación extraña. Más frecuentes que las serenas noches de luna, son en esta Sierra las noches desapacibles en que el viento azota y gime contra las paredes del Santuario trayendo turbonadas de agua o nieve. La puerta suena zarandeada por el viento que entrando por la ventana sin cristal, abate la llama de la lámpara hasta casi apagarla. En tales noches, hombres y mujeres han de arrojarse bien en sus tabardos y anguarinas.

Entre rezo y rezo pasaban largos silencios. Los cantos de los juglares eran, como hemos dicho, raros. Pero ninguna noche de vela faltaba una voz salida de cualquier parte a la que poco a poco se iban uniendo otras en una especie de recitado armonioso que poco a poco se extendía por todo el recinto. Cantaban. Es una melodía sencillísima sobre un asunto religioso, narración de milagros o gozos y dolores de la Virgen, cuyo tema musical se repite idéntico en cada estrofa, a lo más con una leve *variación*. El recinto entero canta. La vena melódica se engrosa, amplifica su volumen, decrece, se apaga cortado el aliento. Luego, vuelve a comenzar. Es el canto popular, la musa indígena sin arreglo ni artificio, acaso con menos arte que expresión. Las estrofas siguen cada vez más sentidas, la melodía sigue cada vez más transida de alma. Y llega un momento en que vencida la cortedad o la reserva los devotos se deciden o se sienten sugestionados a *decir* todo lo que sienten, lo de menos ya son las melodías o las palabras... Aquel canto es una confesión es una expresión directa de la pasión pura, es un alma cantando, el alma de aquellos humildes que con unas mismas notas según los labios de donde sale rie o

llora, gime, suplica, anhela. es un rugido de dolor o un murmullo de confidencias tiernas... Trenzado con tan contrapuestos tonos se forma aquel canto que llena el recinto y va y viene proceloso entre sus paredes envolviendo entre sus giros apasionados la imagen bendita de Nuestra Señora del Espino que ve y entiende bien aquel reflejo, aquel rumor de la eterna tragedia humana que llega hasta sus plantas...

De pronto las voces callan. El silencio se prolonga largo rato cortado solamente por el aire del huracán y por el aire de los suspiros. Luego los rezos vuelven a comenzar.

La luz difusa y fría del amanecer sorprendía en estos ejercicios a aquellos devotos, cansado el cuerpo, pero fresca y reconfortada el alma. Todos oían misa y algunos confesaban y comulgaban, Entre éstos estaban de vez en cuando, los romeros desconocidos, silenciosos y misteriosos que callaban los motivos que les llevaban allí o los fingían: eran los pecadores, los que reos de graves pecados o enredados en las ataduras de las excomuniones, iban a Santa María del Espino a llorar a sus plantas sus culpas y recibir, ya purificados, la absolución de sus censuras. Luego, unos y otros, se despiden y dispersan por las distintas veredas que en distintas direcciones salen remontando cerros, serpenteando entre peñascos. Van contentos recordando aquellos exvotos que han visto en el Santuario, garantía de que las manos de Nuestra Señora del Espino son fáciles a dejar caer las gracias, La pesadumbre de la idea se ha trocado en confianza y ríen y cantan aliviando la jornada. Algunos todavía lloran; pero aún en esos, por amargas que sean sus lágrimas, hay ya un reflejo de esperanza que ilumina sus ojos...



CAPITULO VI

Patrona de la Sierra

Aquella fe sencilla y absoluta, tenía su réplica en el cielo.

Juntamente con las Bulas Pontificias, guardábanse otras escrituras aún más preciadas en que se narraban, numerosas y maravillosas, las gracias que Nuestra Señora del Espino había concedido a sus fieles devotos. Solamente constaban allí las más notables; pero había otra relación viva que iba de boca en boca, de aldea en aldea, y ésta era aún más copiosa.

En todas las cocinas de la Sierra, a la luz de las teas que alumbraban la noche, se rezaba a la Virgen Santísima del Espino y ante la amenaza o el paso del dolor por los hogares, se la invocaba, suplicantes, y se la ofrecían visitas. Allí estaban como despojos y trofeos ganados a la desgracia, clavados y rígidos sobre las paredes del Santuario, innúmeros exvotos: mortajas, muletas, cadenas, cera, otros objetos de que no tenemos memoria venidos de los diversos lugares del contorno y de más lejos.

Y en medio, la Imágen milagrosa, bendecida y adorada, amparo de toda la comarca. Considerábanla los de Hoyos como Patrona exclusivamente de este pueblo; pero era demasiado codiciable el tesoro para que los limitrofes renunciaran en absoluto a él. El contorno la mira con propiedad común, como bien de todos, y la veneran no ya como Patrona de los Hoyos, sino como *Patrona de esta Tierra*. Así la nombran.

Esta Tierra, en una región amplia que va desde el Puerto de Menga al Valle del Corneja. Familiares al Santuario eran las visitas de gentes de los dos San Martines, Hoyuelos y Garganta del Villar, Navarredonda, Barajas y Herguijuela, Navacepeda, Navalperal y otros pueblos de la ribera. Pero la fama del Santuario de Nuestra Señora del Espino se extendía mucho más. La misma mole inmensa de la Sierra que era barrera para las comunicaciones con el Sur, no lo era para esta devoción. Había pues, otra zona de devoción más débil y difusa que daba buen número de visitantes al Santuario y que circundaba como un halo el fervor ardiente de ese primer núcleo de tierras y pueblos de que la Virgen Santísima del Espino, era Patrona.

Difícilmente se explica la rápida y extensa influencia del Santuario en una zona tan mal comunicada. De recursos o elementos humanos a su servicio, no hay que hablar. Fué pobre en sus principios y pobre siempre... hay que pensar exclusivamente en su eficacia interna, en su pura fuerza espiritual que absorben, como terreno árido fresca lluvia, ávidamente aquellas gentes, bajo la forma de una devoción que arraiga fuertemente en ellos, al simple contacto. Del Santuario de Santa María del Espino trasciende suave un flujo de maternal amparo, de bondad misericordiosa, de paz y de sosiego que se compadece óptimamente con el tono vital de aquellas gentes graduado de inferioridad y desamparo. Así prende naturalmente aquella devoción. Así crece y se expande jalonada de gracias y milagros que son como los hitos mayores de aquella expansión. Los hitos mayores por lo que descuellan y aparecen, no porque en ellos se condense lo principal de la devoción, ni mucho menos, por lo que utilitario y práctico tiene el logro de las mercedes por tal medio maravilloso concedidas, quien interprete así, la importancia de este Santuario y la difusión

de su devoción, no la ha comprendido íntimamente. Leyendo lo que en escritos nos queda de ello, se ve que aquellas gentes no lo interpretaban así.

La gracia o el beneficio milagroso conseguido, tiene el valor inmediato de satisfacer, de remediar una necesidad, pero ulterior a esta utilidad, tiene un excedente de valoración que supera a este valor primario.

Ahí, llenando las paredes del Santuario de Santa María del Espino, están los exvotos. En primér término significan el favor conseguido y para eso están ahí. Pero su contenido de signo y señal no se agota en ello; porque en último término y en definitiva aluden con un ademán lleno de sentido y más vigorosamente, a un problema general donde aquel caso concreto está comprendido. Lo de menos es ya el bien logrado, por excelente que éste sea; lo que conmueve el alma—todo alma, no solamente la del agraciado—de manera más honda, no es el caso o la cosa que ha sucedido, sino pensar qué poderes pueden haber actuado, para que las cosas sucedan así.

Como decíamos en el Capítulo del Boceto de Ensayo sobre los Santuarios, en el de Santa María del Espino, el velo que nos oculta el *más allá*, pierde opacidad y se recalca. La fe de suyo oscura y laboriosa, se hace fácil con estos reflejos que a su través se filtran, y el devoto, más que creer, vislumbra, casi, perspectivas rientes y fastuosas más que ninguna realidad de aquí de la tierra. Los espíritus doloridos que gimen encerrados en «*esta cárcel y estos hierros*»; los desesperados, sienten relajarse esa su tensión insufrible con la posibilidad del remedio, y, si no logran la gracia pedida, logran la gracia de una resignación placentera, ante los rigores de la vida infeliz, sabiendo que esa misma vida desdichada es moneda buena para lucrar una contrapartida de felicidad en el cielo, que deja de serlo, aún permaneciendo

en su objetividad las cosas que la hacían ingrata. El hombre mismo se asombra de aquella su paz que brota en medio de sus males, de aquel cambio que le parece un sueño; pero aquel sueño humano, es una realidad divina.

Aquella audiencia soberana y maternal a la que cada día acuden los habitantes de la región y la Virgen del Espino cada día les concede, es el gran sacramento del Santuario. Su misterio más grande está en aquellas visitas dolorosas o alegres, breves o largas, mansas o desgarradas, siempre íntimas y familiares, de una sinceridad profunda en que ni se ponderan méritos, ni se disimulan flaquezas. Lo que no se manifestaría ni a la madre terrena, allí se expone. No pensando que a sus ojos divinos nada se esconde; sinó para que no se oculte, para que lo sepa todo y cerciorarse de que lo sabe, y a pesar de que sepa todo cuanto hace al alma indigna de ser escuchada, poner la causa en sus manos, y decirle al marchar: En Vos confío...

A veces esa confianza, ese confiarnos a Ella es toda la gracia que se pide. No es un prodigio, no es un milagro, no es aparentemente casi nada... Un poco de su apoyo para no hundirnos: un poco de su luz para no extraviarnos, es confiarnos y confiarle simplemente, soltándole de nuestra mano, el timón de nuestra vida, o para que ella enderece la fatalidad de un destino desde aquí abajo ingobernable.

Y es todo, esto que parece que no es nada. Todo porque nada hay más pequeño al parecer que una desorientación, y nada hay más próximo para perderse. Ese alma que llora y llora sin saber por qué; esa otra que cree saber por qué y no lo sabe... que cree que los incontables objetos en que en la vida se apoya como si no pudiera tenerse en pie, todos tienen para ella espinas, cuando las espinas las lleva ella en si misma y se las hace sentir

cualquier contacto, esas almas desazonadas buscando en este suelo el foco de luz que brilla sobre sus cabezas, en el cielo, tragedias íntimas y personalísimas, porque está su origen en el desarreglo de los más profundos de la personalidad, en alteraciones del sentimiento, en pérdida de la orientación, y se arreglan con una simple corrección, con levantar un poco los ojos, con un poco de luz, con casi nada, pero que por eso mismo necesita una mano más que humana, divina capaz de trocar en dicha la infelicidad de una vida, con sólo posarse, exacta en una fibra del alma paciente.

Al lado de esto, la curación maravillosa de una enfermedad, el arreglo de un asunto, apenas tiene importancia. Cuántos ayer y hoy, de aquellas audiencias, de aquellas súplicas, salen con las mismas necesidades, con los mismos dolores, con los mismos males... Y qué? Son muchas las razones por las cuales se explica que tales devotos salen con las manos vacías. No me refiero a ellos, sino a los que parece que han sido desoidos, pero en realidad, salen con ellas llenas, porque conviniendo no desaparezcan aquellos males, caen sobre ellos una cantidad tal de gracias, de bálsamo de consuelo, de fé, de resignación, de confianza, de gracia misteriosa, que sin quitar el mal le anula, atacándole por la brecha ideal y misteriosa que ignoramos para conllevarle sin casi sufrimiento, cuando no se trasforma en ese gozo cuya máxima y singularmente inapreciable esencia consiste en nacer de un sufrimiento, conllevado con la gracia. Con una ayuda sobrenatural. Despojarle de esta significación, sería substraerle su más propia esencia.

Oleum efusum nomen tuum... Claman las almas.

Post Te curremus in odorem unguentorum tuorum... Y van corriendo hacia esas luces de lo alto.

Segunda Parte

CAPITULO PRIMERO

EL LIBRO DE LOS MILAGROS

Como un inventario escueto de vidas y muertes, como un índice de la marea vital de cerca de cinco siglos, los libros registro de la parroquia de Hoyos del Espino, altos folios, se alinean un poco derrengados ya, en las tablas de pino de su Archivo. Es una vieja habitación de piso alto, que tiembla y con un ventanuco, de 30 centímetros con una reja en cruz, al fondo, donde la luz del ventanuco llega, hay un armario con molduras pintadas de azul, picadas por la polilla. Al abrir su puerta, exhala un húmedo vaho de tiempo. El flujo y reflujo esencial de la vida de un pueblo, está ahí. Cada vez que un caudal de sangre nueva asciende afluyendo a la existencia colectiva, el Libro de Bautismos lo registra. Cuando la marea vital decrece, el Libro de Difuntos lo registra también.

Toda existencia de un pueblo de más de cien vecinos por espacio de varias centurias, se encierra holgada en estos pocos volúmenes. Menos de unas vidas (de unos seres) apenas puede quedar. Inclinarsé sobre sus letras de tinta amarilleante y sus pastas de pergamino resquebrajado y crugiente, es la mejor meditación sobre las postrimerías. Allí nada se dice de la riqueza o de la pobreza, de la dicha o de la infelicidad de nadie. Solamente el nombre. Asido a él, pende la última partícula de supervi-

vencia de aquellos seres. Y aun esa pavesa se apagará el día que no puedan resistir más el papel de estas leves hojas ya trucidado...

Mientras ahí están catalogados, encerrados entre sus pastas de pergamino de viejos libros corales, hojas de antifonarios y de salterios surcadas por pentágramas con notas decoloradas ya y sin vigor. Oh, esas notas desvaídas y cascadas que parecen estar cantando a estos restos de tantas vidas un responso doliente, inacabable, eterno...

Confundido con ellos, ni mejor ni peor conservado que los demás de su época, con el pergamino de la pasta anterior agujereado y los bordes de las hojas ajados por el tiempo en colaboración con la acción de los musmúridos y la desidia de los hombres, hallo un libro que es la joya del archivo, de la parroquia de Hoyos del Espino y de toda la región. Contraída y negruzca su pasta anterior, se puede leer sobre ella; sobre la pasta posterior un rótulo manuscrito dice:

Libro de los Milagros de Ntra. Señora del Espino

Es un libro, no ya por su contenido, sino en sí mismo, admirable y peregrino. Nacen hacia el 1520; pero su consumación y data definitiva es del 16. Entre la pérdida de las viejas y gloriosas escrituras y el *inicio* de este libro hay una cesura de tres cuartos de siglo largos y oscuros, desconocidos y misteriosos...

Adversos, Pérdida de las escrituras; olvido de datos en las memorias aldeanas, pérdida de la reliquia del espino de la aparición, y luego una atmósfera general en el reino de intensa frialdad religiosa, de descreimiento que hacía según los cronistas, que en muchos pueblos se viviera como animales.

Respecto al Santuario, ni prodigios, ni maravilla al-

guna sabemos de aquel tiempo. En él, sin embargo creo yo que se fragua este libro milagroso, porque la fe es luz que solamente luce en la oscuridad y allí cobra su fuerza, y a través de aquella oscuridad sabemos que se trasmite de mano en mano, de generación en generación la lucecita de la fe y la confianza en nuestra Señora del Espino, cada vez más pura. Dificultoso y hermoso,

Porque la fe es luz que luce en la oscuridad y en ella cobra su fuerza. A mayor oscuridad, mayor luz. No es que resulte más luminosa por contraste; es que la luz de la fe se aviva a medida que es más intensa la oscuridad en que luce como si de ella sacara todo su vigor.

Mientras dentro de las claridades de la evidencia desfallece y apenas es posible, ardiendo en las tinieblas de lo incognoscible, del misterio, su luz es pura. Y aun aumenta cuando la rodea la tiniebla pura de lo que ya no es lo que está sobre la razón, sinó parece que es contra la razón, y la razón se angustia y se disloca en lo contradictorio. Es entonces cuando es luz esencial, pura, desposeída de todo elemento impurificador, de toda interferencia de luz racional: *el donum Dei*. Sin embargo esa luz no alumbra, no esclarece el misterio que sigue siendo incomprendible. Es luz que afecta a la inteligencia dotándola de una como doble visión para sobrever una verdad tan clara como oscuras tienen que ser las tinieblas que la ocultan, y determinan en ella una adhesión inigualable a ella aunque haya de dejar sin funcionar por ineficaces todas sus facultades de raciocinio.

No es solamente un imperio de la voluntad lo que la determina; es una *adhesión ratione veri* y si no la razón no podría, aunque quisiera, disimular su repulsa. Porque hay un pudor de la inteligencia que se aviva al contacto de lo absurdo y ni a la fuerza consiente en abrazarse con ello.

Es ésta por el contrario una adhesión gozosa. (1) Goza en ella la inteligencia y goza toda el alma con ella. Porque, dirémoslo de una vez, esta luz de la fe no es una mera luz de iluminación; es una luz votiva que Dios enciende en la inteligencia y que el hombre resguarda dentro del vaso del corazón.

Según las modernas investigaciones sobre el asunto, aquella época es aciaga en todos los órdenes, especialmente en la vida religiosa del reino. Por lo poco que sabemos de entonces, por el vigor que revela la vida religiosa del Santuario ya a principios del siglo XVI, parece ser que atraviesa la prueba sin gran quebranto. La lógica, más que los datos, nos hace pensar que aquella oscuridad y frialdad en torno, provocaría también defecciones, y frialdades. (2) Pero la fe aquella por la asistencia del medio se purifica y a través de la tiniebla se transmite de mano en mano, de generación en generación y al llegar a los primeros tiempos de que poseemos dato, la hallamos iluminando espléndida toda la Sierra.

Entonces, si no traslada los montes, les hace estremerse con nuevos prodigios.

De hacia el 1520 es el primero que conocemos. Alguien, conector de la falta de memoria de estas gentes,

(1) Este gozo aumenta en razón de la oscuridad y de la dificultad, que por ser de la definición de la fe, en razón de su aumento hacen la visión de fe más pura. Así Santa Teresa cuando no logra entender de ninguna manera un pasaje del Cantar de los Cantares, dice: «Esto no entiendo como es; y no entenderlo me hace gran regalo».

(2) Las postrimerías del reinado de Enrique IV, son desdichadísimas y coinciden con esta época. Brota por doquier la magia y la brujería, en la convivencia con moros y judíos. En el orden social la anarquía más absoluta consecuencia de las rebeldías de la nobleza. No hay a quien obedecer. En este mismo señorío hay que armar partidas de hombres para velar por la seguridad en el campo. La religión en los pueblos atraviesa una gran crisis y la falta de fe.

inscribe el hecho apenas más que escueto en un humilde cuaderno. Aquel cuaderno que con el tiempo llega a ser preciado tesoro del Santuario, se siguen inscribiendo otros y otros prodigios que esmaltan radiantes la devo-



Agradecimiento del pueblo por la liberación de todos sus soldados en la guerra de liberación.

ción a Nuestra Señora durante un siglo. Cada vez más admirables, cada vez más frecuentes. A principios del siglo XVII la Iglesia por medio de sus Prelados se ocupa de lo que ocurre en este escondido rincón serrano.

Intervienen jueces eclesiásticos y notarios apostólicos en una información canónica que se realiza minuciosa y seria por espacio de más de tres años con testigos de todos los pueblos. Y se cierra con un auto del Prelado. Con su suprema autoridad, la Iglesia reconoce lo milagroso de los hechos. Tal y como lo ha sentido y creído el pueblo, la sobrenatural protección, de su bendita Patrona, su milagrosa protección, la Iglesia lo reconoce con su suprema autoridad. Es esto en el año 1620.

La reunión de todas las actuaciones, es el libro ni mejor ni peor conservado que los demás del Archivo con las pastas de pergamino muy ajado en cuya pasta posterior se lee este título manuscrito: «Este es el Libro de los Milagros de Nuestra Señora del Espino...»

Hay en él, Autos y Providencias; notificaciones y testimonios; Informes... Y por él firman Prelados y Notarios, Jueces y curiales, Teólogos de fama; Doctores en ciencias eclesiásticas y Doctores en medicina, de la cámara del Rey... Pero de los 120 folios, 100 los ocupan lo que dicen y han visto humildes gentes serranas de varios pueblos y de varia condición, hombres y mujeres, niños o viejos, que en número de más de setenta comparecen ante el Juez Instructor y el Notario Apostólico. El alma del Libro está ahí. Es un desfile de testigos que se corroboran, se repiten, se completan, siempre enmarcados en las rigideces de un estilo judicial esquemático y frío. Pero a pesar de esta prosa formalista que tamiza y escinde la narración, sin dejar pasar más que lo objetivo, el dato o el hecho, algo pugna a través de los arcáicos renglones como un vigoroso latido.

Sujetos a un interrogatorio fijo, el rapto lírico, la expansión caudalosa no caben aquí. Pero al leer en los viejos folios estas declaraciones cortadas, escuetas, apriionadas en tales fórmulas, aún se las siente temblar en los labios de los testigos. Se siente más. El interrogato-

rió no pregunta nada de eso; pero ahí está, mal oculto, rezumando de todas las palabras, la ternura, el amor, la suma complacencia de aquellas gentes al hablar de las bondades de su Madre, una emoción efusiva y desbordante, incoercible que se delata y se va de la narración sencillamente, como la humedad de un oculto hontanar.

Dominando estas efusiones con un dominio interno y racional, resalta, valorando el Libro, un respeto enorme a la verdad para no dar jamás por cierto lo solamente probable, lo dudoso, lo medio olvidado, lo inseguramente sabido con una delicadeza de conciencia y una escrupulosidad que impacienta. Se advierte que no les habría hecho falta el juramento para ser veraces. Cada dato sale de sus labios con un matiz de credulidad nunca mayor que el que ellos guardan en su espíritu; por el contrario, el que lee, queda siempre con la convicción de que el declarante tiene del aspecto sobrenatural de los hechos una certidumbre mayor que la que, meticoloso, declara.

Este es el libro, llamado vulgarmente de los milagros. Por la longevidad de varios de los testigos que en él deponen, así como por hallarse a él incorporado el primitivo cuaderno a que hemos aludido, a más de recoger los restos de las viejas tradiciones, es testigo contemporáneo de los sucesos de todo un siglo.

Los mismos nombres, los mismos patronímicos, los mismos corrientes apellidos que yacen inertes en las páginas de los libros registros del Archivo, aparecen en él, pero con rumor de vida. A la distancia de más de cuatro siglos y sobre el fondo sombrío de lo que fué, vemos como estos seres se animan y colorean tras pasados por los rayos de un resplandor remoto, como sobre el muro umbroso del templo el sol lejano inflama las figuras policromas de un vitral. Lo de menos es la humilde condición de las figuras. Lo principal es el raudal de luz que

les da, como en continua vida, su extraña y espléndida apariencia.

Con el mismo, con mayor afán que nosotros miraban aquellas gentes hacia el Foco divino de luz de gracia que hoy les destaca, que entonces entre sus rayos los envolvía. y el no poder recoger todos sus destellos, les llenaba de pesar.

—Oh, si cien años antes se hubiera hecho esta información, no se hubiera perdido la memoria de muchas gracias y favores de Nuestra Señora del Espino.—

Así decían dolientes. Y no es que necesiten más maravillas para cimentar su fe. En ellos, el amor precede al favor y la fe al signo. Más venturosos que nosotros ellos ven el aura de devoción y de amor que, formada por todos los pueblos, limítrofes y lejanos, circunda a su Patrona; pero aunque carecieran de estos testimonios humanos, sería igual.

Sin duda que en un principio, en ellos como en todos, la fe que es conocimiento precedió al amor. Pero estas dos virtudes teologales crecen siempre en progresiones distintas y es el afecto cordial el que suele llenar sin dejar resquicios el volumen del alma. Ocurre entonces una trasposición, una inversión de influencias. Si queremos dilucidar el secreto, veremos que las raíces más sutiles de la fe desdeñando sus motivos, se nutren del mismo amor, que es la actitud más opuesta a aquella, racionalista, de pedir signos, que condena el Señor.

Este trastrueque de la fe en amor, es lo que probablemente, seguramente ocurre a aquellos antepasados nuestros de que os hablo. Por esa actitud amorosa y generosa, la Virgen los llenó de luz,...

La realidad

Envueltos llegando a nosotros, en la ráfaga del prodigio...

Humildes mortales, aldeanos, que trabajan, que sufren, que ofenden a Dios y reconocen su pecado y sus flaquezas...

—Yo sé que mis sentidos están inclinados al mal...

—Lo mismo que de sus males corporales, se quejan de los del alma...

—Tengo una molestia, padre mío...

Cuando reciben algún favor dicen; Aunque indigno, yo he recibido, creo, un favor sobrenatural...

Indigno: parece ser que en vez de fijarse en la gracia sobrehumana como que les abrumba y se fljan en su flaqueza tan humana...

Parece que declaran que sus castigos son justos, que negarles la gracia que pidieran es natural por indignos y a ello se resignan.

Pero esa resignación es ilusoria, que lejos de someterse piden y piden sinceros el perdón de sus culpas y quizá antes. ¡tan humanos!, la curación de sus males hasta que Dios y su bendita Madre les oiga.

Nada les desalienta. Cuando no reciben lo que piden: es justicia murmuran y luego piden más, lloran más, y aunque indignos quieren la gracia porque creen que la bondad de esa Madre es infinita, y nunca desconfían.

Por desconfiados no se condenarán, no. Porfían porque confían. Y aquellos adustos aldeanos, que andan en los oficios más rudos, y aquellas mujeres en que el trabajo borró todas las gracias, y aquellas doncellas, que miro como aquellas de las iconografías, con cuerpos de princesas bajo sus rudos refajos aldeanos, estas doncellas, calzadas de albarcas, desgarrados los vestidos por

los piornos y jarales, y macerada su carne por los tiempos, los fríos y las escaseces.

Lo que consiguieron los excelsos santos con su grandeza heroica lo logran estos con su pequeñez,

Parece como si lo sobrenatural estuviera al alcance de su mano.

Estas gentes que gimen, lloran, sufren privaciones, escaseces de bienes de la tierra, alguna vez por el pecado, también del cielo: solamente la fe nunca les falta...

La de Barajas, con el candil...

La de la Herguijuela, que cae del carro...

Marcos Sánchez

Era un día del primer tercio del siglo XVI cuando un hombre con unas mulas cruzaba el macizo de la Sierra de Gredos, por sus pasos agrios. En aquellas épocas lejanas, la alta montaña inspiraba un cierto horror, en parte justificado por sus peligros ciertos, y sus pasos, se evitaban lo posible. Pero cuando la necesidad acuciaba, no había otro recurso que afrontar sus incomodidades y peligros.

Así debía acontecer al hombre que atravesaba la Sierra con unas mulas. Se llamaba Marcos Sánchez y era de Vadillo de la Sierra a donde se dirigía; procedente de las Extremaduras de por unas cargas de aceite.

Si cansa, cuando es larga una jornada, y se entretiene cantando, cuando además es tarde ni aún cantar se puede con la obstinación del avance. La tierra fértil del Barranco había quedado atrás, y el mulero remontaba por vericuetos la Sierra cada vez más áspera y solitaria. La vegetación desaparece quedando reducida al piorno, la roca constituye todo el paisaje, ya en ovoides gigantescos, en paredones verticales que cortan la

montaña, o en lisas y llambrias lajas enormes de granito, que forman la ladera.

Las veredas ascienden de ladera en ladera, en bisel, sembradas de canto rodado, que cae de arriba siendo aún hoy penosa la marcha por ellas, después de cuatro siglos de estar asendereadas. Por tales peligrosos sitios trasponía Marcos la montaña. Hostiga Marcos las bestias porque la noche no se le echara encima y de pronto, tras un relincho de angustia, uno de los machos cargados se despeñó por la montaña abajo. ¿Algún canto rodado le hizo caer? ¿Se deslizó en alguna laja peligrosa, de las que atraviesan las veredas?

En un instante que le abrumba aprecia Marcos la desgracia, que le deja inmóvil. Virgen del Espino, socorredme—clama levantando al cielo los brazos.

En el instante el animal se detiene en su despeñamiento y queda de pie. Baja anhelante Marcos y al ver a su macho sin heridas y los pellejos sin perder una gota de aceite, bien persuadido de ser aquel favor divino, levanta su rostro al cielo para dar gracias a la celestial Señora. Pero sus labios no le obedecen. A causa de una y otra emoción ha quedado mudo...

Cuando despues de repetidos esfuerzos se convence de su desgracia, cae sobre la roca inhóspita de aquel suelo solitario y que no tiene ni un eco para sus sollozos. La pena le ahoga. Cuando hace un esfuerzo para hablar, lo único que logra arrancar a su boca, son desgarrados gemidos.

Cuando se cansa de llorar, observa el paraje sombrío que le rodea y echa andar delante de sus machos porque la noche se le echa encima... Pero la noche la lleva él en el alma... Es joven, sabe ganarse bien la vida, acaso se va a casar, una vida que se le ofrece riente y feliz... Se le ofrecía porque ya todo lo ve destruído. ¿Adónde irá y dónde cabrá él con su desgracia? ¿Esa desgracia cuyo

secreto a nadie podrá contar? Los tristes pensamientos le asaltan como turbonadas de tristeza y todo es cerrazón en su alma, que trae a sus ojos aguaceros de lágrimas, cuando recuerda. La que le ha librado de la desgracia del macho, le puede librar de la suya y torciendo bruscamente el camino, se dirige en vez de su ruta al poniente. Sus lamentos ya no son tan desesperados, sus lágrimas no son tan amargas...

En vez de en su pueblo, le hallamos en el Santuario de Nuestra Señora del Espino, ofreciéndola unas novenas sin palabras... El cree que Aquella que le ha restituido el macho que creía perdido, le puede restituir el habla. Lo cree y lo espera. Por eso aún cuando aún llora, sus lágrimas no son ya tan amargas.

Dice la narración que estaban ya en el último día de la novena y aún no había notado mejoría. Pero en su porfía nada le desalienta. Redobla sus súplicas y cuanto más definitivamente muerta parece aquella su lengua, más viva es su fe. Oh, si pudiera él pronunciar el nombre de aquella Virgen tan poderosa y más aún, misericordiosa... Y el noveno día, dice la narración, habló, habló Marcos Sánchez sintiendo entonces con toda claridad el favor de que era objeto, y al querer expresar su gratitud, toda la que sentía, acaso vió con pena que la lengua era demasiado torpe para expresar, lo inefable, los sentimientos del corazón.

Entonces se enteraron en Hoyos del caso de la mula y Marcos salió para Vadillo después de ofrecer a Nuestra Señora venir a su Santuario todos los años, a decir una misa.

Siempre lo cumplió en su dilatada vida. Pero no venía él sólo. Venían muchos con él, unos por propia devoción, otros a sus instancias, y, al regresar a su casa dice la narración que a todos convidaba a una colación de pan, vino y queso. Cuando él por la edad o por la

salud no pudo venir, mandaba con alguien que se dijera la misa, o la decía en la iglesia de Vadillo. Este obsequio a Nuestra Señora sobrevivió a su muerte. Y para que ni aún después de su muerte faltara a la Virgen Santísima del Espino aquella ofrenda de su agradecido devoto, dejó para que se dijera perpétuamente, un linar que estaba en las afueras de Vadillo en el sitio de las Vegas, que hacía media fanega de linaza...

El Tullido

Ni medicinas ni cuidados servían de nada para movilizar los miembros de aquél hombre de la Ribera, clavado en su lecho como el parálítico del Evangelio. Estaba tullido, Allí cuando los vecinos lo visitaban, recordaban con dolores de su desgracia los medios que habían usado otros en el mismo caso, y el enfermo escuchaba con desaliento; todos habían sido empleados inutilmente por él. Allí se había hablado también de las curaciones milagrosas de Nuestra Señora del Espino, y cada vez más desengañado de los remedios humanos, cada vez con más ansia el tullido la pedía la gracia de su curación, Nada adelantaba sin embargo.

...Era un día del mes de Marzo de mediado siglo XVI cuando subía por la cuesta que conduce el Santuario un hombre cabalgando sobre una caballería de bien extraña manera, Una caballería con una extraña carga, llevaba dos voluminosos costales de heno o de lana y entre ellos emergía el busto doliente de rostro, arropado con una manta, muy arropado. Era el parálítico de la Ribera.

Apeáronle y en brazos le internaron en el templo donde oró con grande fervor y súplicas empapadas de lágrimas...

Señora, yo no soy digno de tan gran favor, indigno de hallarme aquí, indigno de que tu escuches mis palabras. . Pero es tan grande mi necesidad...

Y cuando sus lágrimas se agotan, su fe es más ardiente.

Metedme en el agua de ese pozo dice y tanto insiste que al fin logra vencer la resistencia.

Es un pozo donde va a parar el agua que mana bajo la iglesia del Santuario. Con la misma fe que los que se bañan en la piscina de Siloé entra en aquél agua fría y y con el asombro de los que le contemplan sale sano... Los testigos que viejos ya cuentan el caso, no nos dicen el nombre ni el pueblo. Solamente dicen: Era un día del mes de Marzo...

Con un albañil llamado Domingo Ximénez.

Como en tantos otros desperdigados por toda la Sierra, en el corazón de Domingo Ximénez, vecino de Navarredonda, la Virgen Santísima del Espino, tenía un altar.

Laborioso y honrado como cumple a las personas de buena ley, vivía en el pueblo vecino de Navarredonda por el año 1595, un matrimonio de madura edad, puesto que el marido contaba con cincuenta y ocho años y su mujer unos cincuenta y tres. Era el matrimonio formado por Domingo Ximénez y Catalina Sánchez.

Con escasos bienes raíces, no les faltaba sin embargo un mediano pasar, pues, activo y trabajador, era buen maestro paredero, (albañil) desde luego en la clase de viviendas rústicas que entonces se hacían.

Había nacido, pues, este Domingo, hacia el año 1537. Sus padres no debían de disponer de muchos bienes, pues desde sus primeros años, hubo de abandonar la casa paterna para gananciar algo, sirviendo. En calidad de criado, y siendo de edad de 16 años, vino a Hoyos donde sirvió algún tiempo.

Era por el año 1550. Durante su estancia en este pueblo y al entrar en la iglesia de nuestra Señora, le llamaron la atención la multitud de exvotos que había pendientes de las paredes y preguntando, oyó contar los prodigios de esta Santa Imagen del Espino. Gustaba él de oír contar estas cosas, y sobre todo, oírse las a Miguel Gómez y Domingo, dos hombres de este lugar de Hoyos ya por aquel año de 1550 muy viejos, y que contaban muchas maravillas de esta bendita imagen. Por ello, y viendo la mucha devoción que de todas partes la tenían, la cobró él también, y muy sincera, y tomó la costumbre desde aquellos sus años mozos, de encomendarse a Ella todos los días rezándola un Paternoster y Ave María.

Pasaron los años; muchos años. Domingo salió de Hoyos; dejó de servir, se hizo albañil y paredero, se casó; pasó por las mil incidencias y cambios que trae la vida... Pero el huertecillo espiritual del alma de Domingo, tenía sin duda buena y fértil tierra, y la bendita planta de aquella devoción a la Virgen del Espino, que le nació en sus años mozos, a pesar de todos los cambios de su vida jamás se agostó.

El año citado de 1595, bajó a Navarredonda Domingo a estar con un vecino de Barajas llamado Fernando Sánchez Garavato, hombre joven de unos veintitantos años de edad. Se habría casado o se iría a casar y quería hacer obra en una casilla que tenía, levantarla algo, darla algo más corriente y convertirla en vivienda. Convenidos, comenzóse la obra en el mes de Septiembre de dicho año. Trabajaban también con Domingo, Pedro Jiménez, el viejo y su hijo Diego Jiménez de 28 años de edad, que vivían en los Molinos, en dicho Concejo de Navarredonda y eran de oficio parederos también.

Un sábado de dicho mes de Septiembre, pocos días después de comenzada la obra, estaban trabajando en ella, los tres albañiles dichos, y con ellos el dueño Fer-

nando Sánchez Garavato y su hermano Juan ayudándoles. Aquel día iban a alzaprimar el tejado y habían estado preparando las maderas necesarias para ello, Terminado que hubieron de comer, y hora como las dos de la tarde comenzaron a alzaprimar el tejado.

Domingo Ximénez y Diego, el hijo de Pedro, el Viejo, se asieron a un pie derecho con que se hacía el levante del tejado, en el centro de la casilla.

La casilla, como se había dedicado a guardar heno, estaba completamente vacía, sin que hubiera en ella, ni heno, ni pesebreras, ni tabiques, ni nada más que las cuatro paredes.

Mientras éstos sostenían dentro, Pedro Jiménez el Viejo, Fernando y Juan Sánchez Garavato, estaban desde fuera de la puerta de la casilla apesgando (sic) y haciendo fuerza sobre una viga que era la que levantaba el pie derecho y el tejado.

Así estaban levantándole cuando los que estaban dentro vieron con espanto cómo se ladeaba el pie derecho y cedía toda la armadura. Diego, joven y ágil y que estaba al lado de la puerta, pudo a duras penas echarse fuera. Pero Domingo a quien cogía a la parte contraria a la puerta, instantáneamente vió no darle tiempo a huir aquella ruina de vigas, maderos y tejado que se le venía encima y viéndose en tan apuradísima situación, de todo corazón clamó a Nuestra Señora diciendo: *Virgen del Espino, valedme*; y el tejado desplomado por completo le sepultó...

Ante la muerte súbita e inesperada de un semejante, a quien un instante antes hemos visto con vida, algo padece en nosotros antes que podamos compadecer. La actividad vital queda en suspenso. Dijérase que tangente a los centros de la vida pasa rozando la onda mortal, en cuyos giros se hunde nuestra prójimo—próximo— y

la naturaleza instintivamente, se estremece en lo íntimo y algo biológico e irracional se turba. Es el pismo, la inmovilidad, el ritmo poco célere y retardado del corazón y la palidez consiguiente lo que exteriormente lo denuncian. Solamente cuando la reacción viene, recobrándonos nosotros mismos, es cuando nos ocupamos del hecho en sí, de su víctima y olvidados ya de nosotros, la empezamos a compadecer. Y conste que este proceso no es egoísta porque no es consciente.

Pasmados, inmóviles y cortada la voz, quedaron aquellos cuatro hombres en el primer momento ante aquella ruina confusa y trágica de vigas, cabrios, palos y tejas y polvo denso, debajo de la cual había desaparecido su compañero Domingo. Lo dicen las declaraciones: solamente cuando la impresión de la catástrofe les dejó... Corría prisa hacer algo por si había alguna esperanza por leve que fuera; pero estaban paralizados por el espanto. Solamente cuando la impresión les dejó, entre sollozos y entre lágrimas, los cuatro hombres con otros que acudirían al ruido del derrumbamiento comenzaron a quitar cascote y palos, y tablas rotas, aunque con el convencimiento de que estaba muerto, para sacar su cuerpo, pues el tejado estaba completamente aplanado sobre el suelo.

Con mano entorpecida por la emoción y entre una nube de polvo, iban retirando cascotes y tablas que era lo que estaba encima, buscando tan solo dar con su cuerpo para darle sepultura. Todos en silencio, doloroso. De pronto de debajo de aquel suelo de escombros salió una voz opaca, y como lejana que decía: —Acá estoy; descubrid por aquí—. Era Domingo; sí: era su voz. Volvió a hablar desde aquella extraña prisión y no les quedó ninguna duda. Tornóse en el más imponderable gozo la pasada tristeza y dando gracias a Dios, las manos traba-

jaron febrilmente conocido ya el lugar, en que sin duda estaba.

Sabiéndole vivo y localizado el lugar donde estaba, quitaron con cuidado cascotes, tejas, tablas y cabrios, apartaron palos y vigas, hasta dejar libre hueco para sacarle—. Estaba verdaderamente preso con los maderos que habían caído y descansaban sobre su mismo cuerpo.

Al cabo, salió Domingo de aquella cárcel de maderos que le aprisionaban y apareció de pie, sano e ileso ante la mirada atónita y suspensa de sus compañeros que le veían no solamente con vida, sino sin la más leve lesión en su cuerpo...

Enseguida les contó Domingo como en el momento de ver la ruina que se le venía en cima acudió implorandó auxilio de la bendita Virgen del Espino, a que a Ella debía sin duda alguna aquella vida y salud completa y todos, alabaron a Dios y a su bendita Madre Nuestra Señora del Espino, por tal prodigio.

En la información abierta, se investigó si en dicha casilla había pared, mueble, pie tabique o cualquier cosa que hubiera podido servir de resguardo, u hoyo o barranco donde se pudiera haber guardado dicho Domingo librándose así de ser aplastado, y todos los testigos declararon no haber nada de esto, por estar completamente vacía aquella casilla que quería destinar su dueño a vivienda, y tener el piso completamente llano.

El caso era milagroso. Así lo creía Domingo y quienes lo vieron y así se lo agradeció, durante los varios años de su vida que aun pasaron, a la bendita Imagen de Nuestra Señora; y así, ante tan claras y maravillosas circunstancias se apreció por la autoridad eclesiástica. La veneración que en el vecino pueblo de Barajas se ha tenido debe nacer de entonces de una manera especial.

No había más que una piedra morilla, de una cuarta escasa de alto. Pero aun cuando más grande fuera, hu-

biera sido igual. Pues con la rapidez que cayó el tejado no le hubiera dado tiempo a guarecerse. Apenas tuvo tiempo de invocar a Nuestra Señora y *vino a tierra con el golpe que le dieron los cabrios del tejado.*

Los presentes se admiraron y dieron gracias a Dios, por aquel favor de librarle de un peligro tan manifiesto, dijo Fernando Sánchez Garavato.

El hombre de Mombeltrán

La piedad para con los difuntos que es no más que una manifestación del amor al prójimo, acompaña siempre a las épocas o estudios de la religión floreciente.

Para el hombre sin fe o de fe amortecida, su relación real con los que la muerte arranca de su lado, dura, ya que la herida que se abre en su alma al arrancarla de su lado el ser querido, tarda en doler. Ese dolor de sentimiento. Ese sentimiento que se debilita y se extingue en la lejanía del tiempo como las perspectivas en las del espacio. Después un recuerdo sin eficacia cada vez menos preciso, menos concreto, más abstracto. Sus ojos se guían por el terrenal contorno y allí nada hay que les hable de ellos. Ojos que no ven...

Para el creyente, las cosas pasan muy de otro modo. La fe es luz que habilita el alma para percibir esa otra dimensión de la existencia, que es—la vida verdadera.— Esta vida asequible a los ojos del cuerpo no es más que la otra cara de las cosas eternas donde trasponen las almas después de la muerte. El creyente no pierde el contacto con esos seres. Los sabe en necesidad y dolor mayor sin duda que cualquier miseria de la tierra, por los dolores de la purificación en el purgatorio, y el amor que les tuvo aquí en la tierra, sigue no dilatado en un estéril y caedizo sentimiento, sino hecho obras, obras de caridad y ayuda sobrenatural, con una solidaridad y

dilección que no se quiebra con la muerte, que no es fin sino mutación y cambio.

Los sufragios para con los difuntos eran cosa cotidiana y común y obligada.

Más aún. Antes, no se fiaba nadie de lo que hicieron sus testamentarios, ni aun sus propios hijos. Con una diligencia que contrasta con la despreocupación de hoy estatuían sobre todos sus testamentos para proveerse de lo que en el último viaje podían necesitar. Excusado es decir que ya se preocuparían también de que la salida para ese viaje les ofreciera las mejores garantías del mejor éxito. Así se celebraban treintenarios, treinta días siguientes a la muerte, las oraciones de la Iglesia, familiares y amigos y vecinos rogaban por el alma emigrada para abreviarla las penas que pudiera deber por sus pecados. No de otra manera se satisfacían hijos y deudos y saber que aliviaban a sus familiares y que aún podía llegar su amor a ellos era no poco consuelo para sus almas.

En uno de estos treintenarios estaba el Párroco del pueblo y varios vecinos hombres entre ellos y salían un día cuando desde el cementerio que circunda la Iglesia vieron aparecer por la cruz del santiguadero un ser de extraña manera vestido.

Debía ser entonces Párroco de este pueblo D. Juan Martínez Moreno, fundador del censo de su nombre que existe en algún prado.

Este señor licenciado era Cura de esta Parroquia hacia el año 1580. Pero este caso debió de suceder algunos años antes según atestigua Andrés Sánchez Chamorro, de manera que si dicho licenciado, por el año 1580 llevaba ya algunos años de Cura en la Parroquia, pudiera ser que estuviera él cuando este caso, pues era común en aquellos años, que un sacerdote estuviera muy largos años en la Parroquia.

A medida que aquel ser se acercaba, vieron que traía una túnica de penitente y que venía azotándose con unas disciplinas. Salieron a su encuentro todos, el Párroco y varios hombres que con él estaban a ver qué era aquella persona que de tan extraña guisa venía y por debajo de la Iglesia fueron hasta su encuentro.

Llegados a él viéronle con una cara de gran sufrimiento, vestido con una túnica y con unas disciplinas en la mano, como cumpliendo trabajoso voto. El les contó ahogado por la pena su caso.

Era de la Villa de Mombeltrán donde tenía una hija tan enferma que estaba ya sin habla, muy al último de su vida... Se llamaba Garcí López. Imitando al Régulo del Evangelio y con gran fe como él, desesperado de los remedios humanos, no había vacilado en abandonarla para venir como penitente a este Santuario de Nuestra Señora del Espino, a pedir a esta milagrosa imagen que rogase a su bendito Hijo que la sanase.

Se dolieron los que le escuchan de su tribulación acompañándole hasta la Iglesia donde se entró postrándose en larga y ferviente oración.

Apenas terminada se volvió con la esperanza o el anhelo de que la Virgen Santísima del Espino le hubiera oído y socorrido.

A los pocos días, contento y agradecido vuelve el mismo hombre a Hoyos y a la Iglesia de Nuestra Señora, manifestando a todos que a la misma hora en que él visitaba la Santa Imagen su hija había mejorado y que estaba completamente bien, gracia que no atribuía más que a favor de esta bendita Virgen del Espino...

Declaración de María Sánchez, viuda de Diego Martínez, de 66 años.

Declaración 11.*

Eficacia de una misa a Nuestra Señora

A principios de Septiembre del año 1580 cayó en cama el vecino de Hoyos del Collado, Bartolomé González, marido de María García, de unos 28 años de edad, con quien había casado poco tiempo ha.

Quizá el exceso de trabajo que hay que levantar en el verano le había hecho malear. y, allí estaba, hundido en el lecho de donde no se podía levantar, ni apenas bullir, con uno de esos males embozados que pasan los días y las semanas sin mejoría alguna, antes bien, con el empeoramiento que supone el agotamiento de reservas. Las fisiológicas de su cuerpo. y las económicas de su casa, se iban agotando en la del pobre enfermo matrimonio de que nos ocupamos, sin preveer término a la enfermedad.

Su esperanza de ponerse mejor pierde intensidad a medida que el tiempo pasa. Ni Octubre, ni Noviembre le traen mejoría alguna. Ni un día puede abandonar el lecho. Pasa Diciembre y el enfermo está igual. Es decir: más débil, más agotado, empieza a hincharse de un modo alarmante. Está peor.

Como cortejo triste de su largo padecimiento físico, vinieron las preocupaciones, el sufrimiento moral. En los largos ratos en que forzosamente había de estar solo por estar ella ocupada en los dobles trabajos de la casa y de los ganados, veía trocarse, rápidamente su escasez en miseria. Su mujer no regateaba nada para su salud. gastando acaso más de lo que podía. Bartolomé veía todo y veía a su pobre mujer trabajando para sostener la casa, con un esfuerzo que a él le apenaba. Sentía una pena inmensa, por ella... acaso más que por él mismo, pena que era más aguda cuando miraba aquel mal que parecía no tener fin... Cuando María le veía con estos tristes pensamientos que trasparenteaban a su semblante, le animaba y quitaba importancia a todo. Pero cuando

no estaba delante de él lloraba también. A veces como única solución pensaban uno y otro sin decirselo, que cuando recobrarla la salud, ya se arreglaría todo; pero si cada día estaba peor, cuándo iba a ser darle la salud, Dios mío; pero si cada día estaba peor...

Así pasaron unas tras otras aquellas largas noches del invierno y aquellos días nevados, tan fríos y tan tristes para aquellos dos seres encerrados en su desgracia en aquella casuca humilde más propia para adquirir enfermedades que para aliviarse de ellas. No eran dos, sinó una carne y un espíritu como dice el Apóstol, los que allí sufrían el rigor de su destino. Sufría él su enfermedad dos veces, en el cuerpo y en el alma por su mujer; el mayor dolor de ella era el sufrimiento de él. La unidad sacramental, superior, que ayuntaba a aquellos dos seres se realizaba bien en el dolor, que era uno y uno era su anhelo, su esperanza y deseo.

Semejantes a las de hoy, las calles del pueblo de Hoyos del Collado estaban formadas por algunas casucas aisladas y huertos a un lado y a otro festoneados de negrilla. De tarde en tarde, y haciendo papel de cirujano, pasaba el barbero de Navacepeda, Francisco González, haciendo la visita a los enfermos que lo habían solicitado. Acaso tuvieran ya los pueblos iguales y convenios, porque unos 25 años después, había ya en los Concejos un cargo, el de Cogedor del Cirujano, encargo de cobrarle las iguales. Este Francisco González había visitado durante su enfermedad, varias veces a Bartolomé, aunque con poco éxito, como hemos visto.

Era el mes de Enero. Pasaba el mes de Enero y viendo el Francisco que el enfermo se iba hinchando más, que no mejoraba, llegó un día a la visita y decidió recetarle una medicina fuerte. Conocía la mujer la medicina que había recetado, bien porque en alguna otra ocasión la hubiera visto aplicar, bien porque fuera remedio ca-

sero, y cobró miedo de aplicársela, pues según sus mismas palabras, según estaba de hinchado su marido, no podía estarle bien.

Tal determinación, de no hacer lo que mandaba el barbero, era renunciar a la mucha o poca esperanza que tuvieran en las medicinas; pero la resolución de María fué firme y después de hablar de ello con su marido, decidida ya, le dijo: Marido, la medicina y receta que vamos a procurar, es encomendarnos a la Virgen del Espino.

Al marido le pareció muy bien. De común acuerdo convinieron en mandar una misa a Nuestra Señora del Espino y poner toda la confianza en Ella.

Era entonces el bachiller Martínez Moreno, Cura Propio de la Iglesia de Nuestra Señora que le indicó el día que podía ser.

La mañana de aquél día, dejó María a su marido bien atalantado y muy de mañana se vino a la Iglesia de Hoyos a oír la Misa. En espíritu, su marido también estaba presente allí. Aquellas dos almas afligidas, se unieron en una oración llena de fe y esperanza en el maternal amparo de Nuestra Señora. Con qué anhelante fervor la pidió María la salud para el compañero de su vida. Mucho oró y mucho lloró María ante Nuestra Señora; pero cuando terminó el Sacrificio e hizo sus últimas oraciones salió consolada y esperanzada, aligerada el alma de penas, pues que su necesidad la había puesto en manos de Nuestra Señora del Espino.

Poco tardó en llegar a casa otra vez. Al entrar, su marido le dijo: María, estoy mejor y creo he sentido la mejoría al empezar a decirse la misa. Y al decirlo esto se mostraba muy contento y gozoso. Grande fué también la alegría de su mujer ante aquella nueva y agradeciendo a Nuestra Señora por aquél favor la siguieron orando con un fervor y una fe y esperanza creciente.

Más que nunca entonces en Ella solamente esperaron y confiaron. La Virgen los oyó, y a los pocos días Bartolomé estaba completamente bueno... Y fueron en lo sucesivo ambos dos fieles, siervos y amantes hijos de Nuestra Señora del Espino.

Pasaron muchos años. Treinta y cinco años después María declaraba sobre la Virgen Santísima del Espino, y la devoción a Nuestra Señora, iluminaba su alma con resplandores de cielo...

Del milagro que obró Nuestra Señora del Espino, con una mujer de Ortigosa

Entre todo el murmullo de oraciones que del suelo cubierto de fieles, se elevaba esparciéndose en el recinto, solamente las suyas, acaso, se dejaban de percibir.

Terminada la misa en el Santuario de Nuestra Señora del Espino, los numerosos devotos, hombres y mujeres, que cotidianamente la oían, marchaban de prisa hacia sus casas o quehaceres. Era el mes de Marzo con sus días aún fríos y revueltos. El sacristán guardaba las ropas del sacrificio mientras el párroco daba gracias *post Missam*.

Y todos los días, cuando ambos abandonaban la Iglesia; paciente y humilde, acurrucada entre el suelo y la pared de la Iglesia, la mujer manca de Ortigosa permanecía allí.

*
* *

Era el año 1583. Regía la Iglesia de Nuestra Señora del Espino el Licenciado Martínez Moreno que tenía como sacristán a Andrés García de la Flor, el Mozo.

La misa que se decía todos los días en el altar de Nuestra Señora del Espino, era oída por numerosos fie-

les entre los que nunca faltaban algunos forasteros, que en el buen tiempo eran numerosos.

El 18 de aquel mes de Marzo había llegado una mujer de Ortigosa, de esta tierra de Piedrahita. casada con un Marcos Ximénez de dicho pueblo también. Venía enferma. Hacía un año y varios meses que se la había quedado un brazo, con su mano, paralíticos, de tal forma que nos los podía bullir ni menear, como se dice en el testimonio. Relativamente joven aún, con necesidad, por su pobreza de tener que trabajar y ayudar a su marido para poder vivir, aquella imposibilidad quien sabe si para ella más penosa, a veces más trágica que la muerte, la envolvía el alma en brumas de tristeza.

La estancia de enfermos en la Hospedería era corriente, la llegada de esta mujer de Ortigosa no extrañó. Las gentes, sin embargo, de una manera especial se apenaban de ella. Acaso por verla imposibilitada en buena edad; acaso porque supieran lo que esto significaba, en aquellos tiempos trabajosos y escasos, acaso porque al salir todos los días de la misa, la veían quedarse en la Iglesia, recogida y humilde, acurrucada como un ser insignificante en un rincón. Y al verla, sentían, una doliente compasión por su desgracia, sin pensar acaso, que aquella desgracia, la Virgeu Santísima la podía curar.

Quizá esto, solamente lo creyera ella, lo pensara ella y lo esperara. Hay una confianza hecha de ingenuidad del alma y de presunción cordial agradable a Dios, que es privativo don de las almas sencillas. Para ellas esa pausa patética entre el deseo y su logro, tan difícil de serenamente atravesarse, porque en aleteos, entre dudas y desmayos, pierde su dramatismo de inseguridad anhelante para rendirse a un seguro esperar.

Oh admirable e ingenua hemorroísa del Evangelio, confianza, humilde para no atreverse ni a llamar al Se-

ñor, presuntuosa porque más que creer sabe, que tocándole como al descuido, su túnica, le va a quitar un poquito de virtud para sanarse.

Qué agusto quedaba allí en su rincón, fijos los ojos implorantes en la Nuestra Señora, en plática familiar le expondría sus penas para que se le aliviara. Pues ¿para qué estaba allí aquella bendita Virgen del Espino, sinó para derramar sus bienes y amparar como Madre a sus más pobres hijos? Y aquella fe, aquella confianza, aquella presunción estaba tan exenta de duda, de vacilación, de reservas, que hasta el sentimiento, de la propia indignidad se anegaba de neutralizador ágasaajo, el mismo sentimiento, de la propia indignidad perdía su vigencia desconsoladora, ante la fuerza de aquella corriente de amor que ella sentía salir de su corazón hacia aquella Señora *que era su único y total amparo*.

Aquella mañana, 24 ya del mes de Marzo, terminada la misa, los fieles salían dejando en el ambiente del templo un tenue humo de candelas apagadas y un eco de oración ardiente. Como todos los días, en el recinto solitario, el sacristán componía las vestiduras de los cajones, el párroco, hacía su acción de gracias, y acaso ya un poco olvidada de todos, la mujer de Ortigosa, después de siete días, perseveraba en su oración. Una oración silenciosa, como la llama, e íntima, profunda, que inexpresable para los labios, ardía, alimentada por los más puros afectos, en el vaso de su corazón.

Unos llamamientos vehementes y precipitados que venían de la Iglesia, alarmaron al sacristán Andrés García de la Flor, que abandonando las ropas que doblaba, salió precipitado de la sacristía hacia la Iglesia, al requerimiento del licenciado Martínez Moreno. El licenciado estaba allí en mitad de la Iglesia, al lado de la mujer de Ortigosa ambos de pie. Ella con el rostro lloroso y riente a la vez; él exaltado y trémulo.

—Llámoos—le dijo cuando se hubo acercado—para que seais testigo de este milagro que ha obrado Nuestra Señora con esta mujer—le dijo solemnemente.—Mirad todos hemos visto que tenía este brazo y mano tullidos que no los podía mover y ya lo bulle todo.

Luego el licenciado la mandó ante el sacristán, que moviera la mano y el brazo, que cogiera un palo, que le apretara entre los dedos, cosas que antes no podía hacer, que extendiera mano, brazo y dedos y todo lo hacía como si tal brazo hubiera estado siempre bien.

El milagro era patente. Preguntada la mujer cómo había pasado aquello, dijo que estando en oración, sintió en aquel brazo y hombro que siempre tenía frios, como si se la infundiese un gran calor, y enseguida notó que había sanado por mediación de Nuestra Señora del Espino... nada más.

Llamó el párroco a gentes, y allí mismo se levantó un acta de los que antes habían visto a aquella mujer y la veían cómo le tenía después.

Grande fué sin duda la emoción que el hecho causó en el pueblo, y no pequeño el contento que muchos recibieron. Andrés García declara que se alegró muchísimo porque le daba mucha pena de verla en tan triste estado.

Pero mucho más aún por aquella manifestación de la bondad misericordiosa de Nuestra Señora del Espino.

Para perpétua memoria se firmó un acta que firmaron Andrés García de la Flor, el Viejo, Diego Martínez y Alonso Martínez Capellán entonces de esta Iglesia.

Los sabios teólogos se ocuparon del caso, los doctores más eminentes, proclamaron que la ciencia no llegaba a tanto... Y la Iglesia dijo: ¡Milagro!

Aun se conserva aquel acta, en que con la letra gloriosa del quinientos, se narra el prodigio en papel casi cuatro veces centenario que ya parece de oro.

De la gracia de su curación que de la Virgen Santísima obtuvo María Sánchez Barrosa.

El dolor es el postillón de la muerte. Como ella, rauda y seguro, asalta como un ladrón ventajista, la casa de arcilla de nuestro ser cuando estamos más desprevenidos, menos preparados, cuando la euforia vital, el placer de vivir y sus cuidados apenas nos dejan sospechar la posibilidad de su llegada.

No es menester que venga de fuera. Independientemente de los riesgos exteriores y de las influencias ambientales, la llevamos con nosotros mismos, oculto y larvado en los repliegues más recónditos de nuestro organismo y en las encrucijadas más sutiles de la vida. A su lado, esperando el mandato de Dios, la muerte está también. Acaso por eso los biólogos llaman *atria mortis* a esos nudos vitales de nuestra existencia, sobre los que la muerte continuamente tiene alzado el pie.

Cuando menos en ellos pensemos, cuando menos lo esperemos...

De pronto, entre los afanes de la vida, el dolor que nos postra nos avisa la incursión de elementos extraños en nuestro ser, o la alteración desorganizadora de lo propio. El aviso no engaña. Algo, indefectiblemente, se desmorona en nuestro ser.

Entonces viene a más del dolor físico, la preocupación moral. el instinto de vivir, y todo se deja para recomponer aquella brecha abierta en el organismo, y cerrarla al paso de la muerte que allí acecha esperando, aguardando el permiso de Dios...

Es cierta, como el Evangelio de donde es, esta verdad: que el dolor y la muerte nos asaltan entre los afanes materiales, cuando menos se espera, cuando menos piensa, cautos y silenciosos como un ladrón...

¿Qué tenía que temer ni que recelar, la moza de 26 años María Sánchez Barrosa aquella víspera de San Juan del año 1595? ¿Qué podía esperar sinó la ronda que dejara ramos de árboles floridos en su ventana y ramos de cantares a su puerta?

Sin embargo allí está, rondándola, el dolor y un peligro de muerte. Aquella mañana víspera de San Juan de Junio de dicho año, sin saber cómo, se la presentó una hinchazón dolorosa en una pierna, que a la altura de la rodilla se acrecía, impidiéndola por completo estar de pie ni andar. Como la producía bastantes dolores, hubo de guardar cama.

Era María huérfana de padre y madre ya por entonces, y aunque tenía por lo menos dos hermanos casados, vivía sola en casa.

Uno de los hermanos se llamaba Gabriel de 33 años entonces, casado con María Hernández de 23, que años después fue alcalde de el pueblo. La del otro hermano se llamaba también María de 24 años; éste debió de fallecer pocos años después.

Por lo que se deduce de las declaraciones, María Sánchez Barrosa y lo mismo sus hermanos, debían de tener una posición desahogada para aquellos tiempos, y bien fuera por vivir con más independecia, bien por otras causas, vivía sola en casa. Acaso con el hermano Juan que tal vez no se hubiera casado. Insinuó ésto, porque de las declaraciones de las cuñadas ni de las suyas, no se deduce que la cuidaran exclusivamente durante la enfermedad las cuñadas. Muy amiga suya debía de ser María García, mujer devota y piadosa que la acompañaba bastanie.

Había entonces en Navacepeda un cirujano llamado Bartolomé Martínez, que visitaba también a este pueblo de Hoyos bien fuera por igualas, bien cuando se le avisaba solamente. Asistióla en la enfermedad mandándola

para la pierna diversos medicamentos y medicinas este cirujano. La pierna sin embargo no mejoraba. Tres semanas habían pasado y llegó a tal punto, que el cirujano mandó que se confesase, pues veía que la enfermedad iba a peor. Tanto que se creyó en el deber de manifestarles que él había hecho cuanto podía y viendo que no adelantaba la enferma antes bien, se ponía peor, consideraba que no podía dar cuenta de aquella enfermedad, que llamaran a otro médico.

Sin duda, él mismo les indicaría que entonces se hallaba en la villa del Barco, el licenciado Cornejo, médico de fama, y la conveniencia de ir a buscarle

Parecióles bien a la enferma y a la familia y su hermano Gabriel fué el encargado de ir en busca del dicho licenciado.

Hallóle en el Barco, le expuso sus deseos; más el médico tenía muchos enfermos y como el camino era largo y tenía que emplear varios días, le manifestó que no podía venir. Le explicó entonces la enfermedad de su hermana, y sobre las explicaciones que le dió, o lo que el cirujano de Navacepeda le dijese, la recetó para que lo hiciera el cirujano Bartolomé lo que él le indicaba.

Llegó Gabriel a casa y cuando el cirujano fué a la visita le entregó el papel y receta del licenciado Cornejo. Entre otras medicinas le mandaba pusiérala cauterios en la pierna. Así se lo manifestó a la enferma a quien dijo que se preparara para el siguiente día que había de ponerla aquellos botones de fuego. La enferma mostró cierto temor a ponerse en la pierna el cauterio; mas como lo había mandado el licenciado Cornejo hombre de saber y fama, se quedó en que al día siguiente se daría a la pierna el cauterio.

Saltaban las sombras alargándose y recogándose sobre las albas paredes de la reducida habitación de la enferma, al compás que flameaba una agonizante lamparilla.

La noche era bien entrada. Los hermanos y familiares se habían marchado a acostar y la acompañaba su convecina María García. Estaba finando la primera quincena de Julio y hacía calor en aquella habitación tan reducida. Oía a aceite requemado de la lamparilla y vaho de las unturas y medicinas, la atmósfera era cálida y espesa.

Estaba la enferma con algún cuidado y aflicción pensando en el cauterio que a la mañana le aguardaba y así se lo manifestó a María. Esta la consoló. La enferma la dijo que la encomendase bien a Dios y a Nuestra Señora del Espino. Y la dijo que ella la prometía a la Virgen del Espino unas novenas para ponerse bien, con fervor y esperanza. Con este propósito quedó como traspuesta y dormida, con ese sueño ligero e ingrátido de la fiebre. Recostada sobre un arca, María García dormitaba también.

La voz de la enferma que la llamaba la despertó ya muy alta noche, casi de madrugada:

—María, María,,.

—Qué te pasa. ¿Estás peor?

—María, ya tengo buena la pierna. Bendito sea Dios. Lo ha querido Dios por ruegos de su bendita Madre.

Movía la pierna de un lado para otro, la doblaba y extendía todo lo cual antes no podía. La sentía buena y sentía en su interior una convicción indudable de estar sana y bien.

Con un júbilo que provenía más de verse objeto de aquel favor de Nuestra Señora tan extraordinario, que de la misma salud recibida, segura de estar buena se levantó muy de mañana y se salió al corral antes que

nadie fuera a verla. Allí la halló su hermano que fué muy pronto a ver que tal se hallaba. Asustóse de verla en el corral y la preguntó que hacía. Ella le contestó: Hermano, ya estoy buena; gloria a Dios, contándole lo que había pasado. Llegó su cuñada y quedó pasmada, según dice en la declaración, pues ella la había visto muy mal aquella misma noche; másuviéronse que rendir a la evidencia y todas dar gracias a Nuestra Señora y a su bendito Hijo que tal hacía.

Pero la sorpresa mayor la tuvo el cirujano. Probablemente había quedado en el pueblo aquella noche para aplicarla el cauterio bien de mañana, pues en las declaraciones se dice que acudió a verla muy pronto, cuando la encontró en el corral.

Venía Bartolomé con los instrumentos de su arte como se dice en la declaración, y viéndola se admiró y espantó. Enterado, la examinó la pierna hallándola sana y enjuta, sin haber desangrado, ni reventado, como si nunca mala la hubiera tenido y manifestó que él tenía aquella curación por maravillosa y sobrenatural.

Corrió la noticia del prodigio por el pueblo y casi todos acudieron a verla y oír detalles de su curación. Allí sobre arcas y taburetes estaban las medicinas, recetas sin usarse, los unguentos y los preparativos para el cauterio. Nada hacía falta. Nada de lo últimamente recetado se había empleado. Y allí estaba María andando gozosa por todas partes alabando a Dios y su bendita Madre, como si ni hubiera tenido mala la pierna ni hubiera estado tres semanas en la cama.

Hizo con mucho gusto y devoción las novenas prometidas y quedóle ya para siempre transido el corazón de un ternísimo amor a Nuestra Señora. Su posición como decíamos al principio de este prodigio debía de ser acomodada, e hizo a la Iglesia varias donaciones y regalos entre ellos un estandarte blanco de damasco con fle-

cos y cordones rojos que es el que al presente está ya inservible; una imagen de Nuestra Señora del Rosario, existente en la actualidad; una custodia de plata buena que la importó sesenta ducados, cantidad importante en aquel tiempo, custodia que al siglo siguiente fué reformada, y otras cositas como palias y otras ropas para la Iglesia.

Su hermano era alcalde cuando las informaciones. Siguió con una vida muy piadosa según declaraciones posteriores, iba a misa todos los días, etc.

De lo que aconteció a una mujer de la Herguijuela

Es sabido por lo dicho en la primera parte, la devoción que el pueblo de la Herguijuela tenía ya de antiguo a esta bendita imagen. Refiere el bachiller Pedro Sánchez, cura de dicho pueblo, que había habido que pedir permiso para celebrar una procesión que de tiempos antiguos se venía celebrando al Santuario del Espino por un voto que había hecho el pueblo en cierta aflicción y necesidad en que se vió por una peste que los asolaba y que dicha procesión que se hace en las Pascuas del Espíritu Santo, nunca deja de tenerse aunque haya que pedir permiso al Ordinario por hallarse a la distancia de más de una legua.

Pero a más de esta devoción general, había una sólida devoción particular en los vecinos.

Apenas se supo que se estaba haciendo información de los hechos maravillosos de esta Santa Imagen, presentóse Juan Sánchez, hijo de Domingo Sánchez de dicho pueblo manifestando que él tenía que exponer un favor que tanto su mujer que fué la favorecida como él creían firmemente ser extraordinaria gracia de Nuestra Señora del Espino. Y le contó.

A últimos del siglo XVI, vivía este matrimonio, formado por Juan Sánchez y su mujer Juana Gómez, en dicho pueblo de la Herguijuela, y no debía de ser muy desahogado su estado para poder coger criado, y los trabajos no serían pocos, porque solía ir Juana a por leña a la dehesa del pueblo ella sola con la carreta.

Estarían más sobrados de trabajo que de bienes... Aún cuando entonces, es cierto que las mujeres tomaban tanta parte casi como los hombres en los trabajos del campo.

Una vez más, tuvo que ir a por una carretada de pior. Tenía ya casi cargado el carro y ella estaba en lo alto subida apretándolos y poniéndolos bien, aún cuando estaba embarazada de varios meses, y estando en este trabajo distraída, espántanse los bueyes y arrancando violentamente el carro, cae Juana precipitada de lo alto cayendo contra la maza del carro y de allí al suelo.

Esta mujer como tantas otras, tenía mucha devoción a la Virgen del Espino, a quien visitaba con frecuencia, y la hacía novenas, frecuentes...

Viéndose caer, se encomendó vehemente a Nuestra Señora del Espino, y —fué Dios y su bendita Madre servidos, —dice en la declaración— que ni ella ni la criatura sufriera mal alguno, quedando tan sana como si nada les hubiera ocurrido.

Cosa corriente en la Herguijuela es que encomendándose a esta Señora en las necesidades se experimenta especial favor.

Juan Jiménez 1600.

Era un viernes del mes de octubre del año 1600; llovía y la gente de Hoyo del Espino se había recogido en sus viviendas abandonando los quehaceres del campo que por este tiempo no eran muchos.

En su casa estaba Andrés Sánchez del Molino, a eso de la media tarde, cuando oyó cómo desde la puerta le llamaban a voces, con una perentoriedad angustiosa. Era Lucas Ximénez, mozo de unos 20 años de edad, hijo de su convecino Juan, el cual se precipitó hacia él y con sollozos le dijo, que por amor de Dios fuera a librar a su padre de un gran peligro, pues estaba subido a un pino en el Tormes, rodeado de agua, y que, a su hermano Juan ya se le había llevado el río.

Impresionado por estas noticias salió con él Alonso, hombre de unos 37 años, y a ellos se juntaron, Andrés García de la Flor, de 57, Andrés Sánchez, hijo de Juan Sánchez, y Juan García de María Andrés, marchando todos precipitadamente hacia la Veguilla, cerca del charco del Cardenillo que era el lugar del siniestro.

La tarde seguía mala, llovía un agua tirada por el viento que no cesaba. Por el camino, mientras corrían, preguntábanle cómo había pasado aquello, con voz cortada e incoherente por la fatiga y los sollozos, Lucas lo pretendía explicar.

Aquella mañana, habían salido el vecino Juan Ximénez con sus hijos Juan de 25 años y Lucas de cerca de 20, a cortar unos pinos en el lugar de la Veguilla. La mañana amenazaba agua, porque llevaban capotes y anguarinas, y acaso por ello, querían sacar los pinos que estaban casi en el cauce, antes que las crecidas del río les impidiera sacarlos.

El temporal arreció y bien fuera por estar distraídos en su tarea, bien por el afán que tenían de sacarlos antes que empezaran las crecidas, lo cierto es que apuraron la tarea hasta que vieron que el río que venía creciente, se había metido por una quebrada dejándolos cercados de agua. Viendo esto, y que no podían sacar pino alguno por lo mucho que llovía, subieron los tres en la carreta para atravesar aquella quebrada por donde se había me-

tido el río, sin mojarse. No quisieron andar las vacas y entonces el padre se apeó y se metió en el agua para llamarlas. Pero el agua le llegaba ya muy alto y le arrasaba y no pudiendo salir, hubo de agarrarse a un pino y subirse a él. Quedó el carro con las vacas en medio de la quebrada y el río creciendo.

Estaban los dos hermanos sobre la carreta, cuando comenzó a nadar así como los bueyes que ya no llegaban al suelo ni podían salir. Un golpe de agua, la volcó por fin lo de arriba abajo, y ambos hermanos salieron despedidos al agua. Lucas cayó entre un buey y la orilla de la trinchera. Asíóse desesperadamente a unas abulagas y que a pesar de lo que punzaban y viéndose seguro perdía la yunta con el cuchillo que llevaba cortó el sobeo para que pudieran salir.

En mala hora lo hizo. Roto el sobeo, salió el carro corriente abajo arrastrado por las aguas, y el hijo mayor Juan que al caer debió asirse al carro, fué arrebatado envuelto en el capote con que se cubría por la fuerza impetuosa de aquellas ondas revueltas y desbordadas que crecían sin cesar. Con el dolor intensísimo y la angustia que se puede imaginar le vieron ir dando tumbos río abajo su padre y su hermano, hundiéndose y emergiendo, juguete de las aguas, hasta que ya no le vieron más... El padre viéndole ir no cesaba de sollozar, llorar y encomendarle a Dios. Fué entonces cuando enloquecido de dolor viendo perdido a su hermano y a su padre en peligro inminente, sobre el agua en un pino que era batido por el viento, salió Lucas en busca de auxilio desalado hacia el pueblo.

Cuando llegaron los dichos a la Veguilla hallaron en efecto al padre de Lucas subido a un pino, batido por el viento y el agua y sollozando a voces. No sin buen trabajo pudieron ponerle a salvo, aunque el pino estaba cerca de la orilla del agua. Y sin dejar de sollozar y decir

a todos que pidieran a Dios por su hijo Juan y que si quiera le deparara el cuerpo para darle sepultura, tomaron el camino del pueblo río abajo. El camino entonces iba a la vera del río, y no debía de existir aún el puente, porque a pesar de la proximidad del lugar del suceso no se hace referencia alguna a él.

Se había hecho tarde y la lluvia había cesado. Los hombres dichos a los que se habían unido algunos otros, enterados del triste caso, formaban una comitiva silenciosa y afligida que marchaba entre los pinos río abajo, tratando de consolar al padre y al hermauo que no cesaban de sollozar. Las nieblas espesas y bajas, que en tales días se suelen poner, absorbían casi por completo la escasa claridad.

Una y otra vez el padre iba diciendo que rogasen a Dios y a su bendita Madre que si quiera le deparara el cuerpo de su hijo Juan para darle sepultura y le encomendasen a Dios. Y todos le encomendaban...

Mientras caminaban oyeron como un quejido a la parte del río. Esperanzados escucharon y le volvieron a oír. Se oía muy confuso con el viento y el ruido del agua y tan débil que no se sabía si era hombre o animal. Nada se veía. Había bastante maleza en el lugar y en el cielo encapotado una última, escasísima claridad. Arrimáronse cuanto pudieron, agarrados a los pinos sobre la corriente y grande fué su alegría cuando dentro del río desbordado y subido a un desgajado pino, vieron un bulto que al llamarle le contestó: era Juan.

¿Cómo se había salvado? Oigamos la narración.

Mientras su hermano se salvaba, él que cayó más lejos de la orilla, se sintió arrollado por el empuje violento de la vecida que le arrastraba veloz. Al cruzar el charco del Cardenillo se sintió sumergir pero la fuerza que le impulsaba le volvió a sacar con la cabeza para arriba. Le había llevado ya el agua unos 50 pasos a su parecer y

viéndose tan perdido se encomendó a Nuestra Señora del Espino — dice que no se acuerda si se había encomendado ya antes — pidiéndola le amparara. Se había abierto el capote de dos faldas que llevaba, prendido a los lados con unos corchetes y se abrió sobre el agua haciendo rueda. Flotando así salió de aquel tablaajo de agua y el agua le precipitó por unos rompientes, peñascos que entonces venían todos cubiertos de agua, ya zambulléndole, ya levantándole, sobre las revueltas ondas viéndose tan afligido y apretado que él mismo se iba despedazando los vestidos con las ansias de la muerte; así fué otros sesenta pasos o más.

Pero, Dios y su bendita Madre del Espino sean alabados. Atentado por el terror y por aquella precipitada marcha en aquella vorágina de agua revuelta y espumosa que parecía hervir, sin saber cómo, de repente se vió asido a una ramita de un pimpollo que estaba en el hilo de la corriente. Cobró ánimo, y clamando con mucha devoción a Nuestra Señora del Espino, asido a la dicha ramita fué poco a poco sobre el agua hasta agarrarse a dicho pimpollo, y como pudo subió en él.

Era tanta el agua y el aire que el pino se doblaba trayéndole y llevándole de una parte para otra con gran fuerza de tal manera, que temía que se quebrara, y volvió a decir: Válgame Nuestra Señora del Espino; pues Dios crió aquí este pimpollo para mi remedio, y me ha traído a él llbrándome de un peligro tan grande, no ha de permitir ahora que se quiebre.

Así decía; y aunque decía esto, estaba de tal manera agradecido viendo el favor de Dios, que después afirmó: No me hubiera importado ya morir en aquella ocasión viendo la merced que Dios me había hecho por intercepción de su bendita Madre Nuestra Señora del Espino. Su fe se había hecho luminosa llenando su alma de luz sobrenatural a la cual se desprecia lo terreno. El río ba-

tía con sus ondas los pinos. Así, subido y agarrado al pimpollo que tendría de grueso el muslo de un hombre estuvo traspasado su cuerpo calado por el viento y meciéndose sobre las aguas aturbonadas, hasta que llegaron los otros y oyeron sus gemidos.

Vano es detenerse a ponderar el contento que recibieron todos al hallar con vida a quien lloraban por muerto indefectiblemente. Su padre y hermano, no cesaban de alabar a Dios y a Nuestra Señora del Espino, y como no se podía entrar a sacarle de ninguna manera si no que había que esperar que bajara la crecida, sin duda porque les veían muy excitados a ambos con tantas emociones y además calados por su caída en el río, les hicieron marcharse a casa en compañía de algunos de ellos, mientras otros esperaban allí a que bajara el nivel de las aguas para poder entrar a salvarle. Así lo hicieron.

Quedaron allí, Alonso Sánchez del Molino, Juan García de María Andrés y Andrés García de la Flor, hijo que fué de Bartolomé García. Era ya casi de noche y llovía muy poco o ya había cesado por completo. En la misma orilla, hicieron lumbre enfrente de Juan para que éste les viera, y no cesaban de darle voces y de animarle instándole a que se asiera bien no se cayera. Pasaron largas horas y el río no bajaba o lo hacía tan lentamente que no se podía entrar. Ellos no cesaban de darle voces para que no desfalleciera. Era más de media noche cuando ya la crecida había disminuído lo suficiente para permitirles entrar aunque con grandes precauciones. El agua se había recogido bastante y el pino no quedaba ya lejos de la orilla.

Entró Alonso Sánchez del Molino y Juan dábale voces diciendo: —Tenéos allá, tío que viene este río muy crecido no os vaya a llevar. Entró sin embargo con cuidado y llegóse al pino de donde Juan no quería bajar, pareciéndole aún mucha la corriente. Bajó por fin y sa-

lió ayudado por Alonso, todo lleno de arena y cieno del río revuelto llegando todos al pueblo dando gracias a Nuestra Señora del Espino, como lo hizo toda la gente cuando supo este maravilloso caso. Excusado es decir que la devoción que la tenían se aumentó sobremanera.

Fué la crecida aquella tan fuerte, que después se supo que en el pueblo de la Aliseda había aparecido un pino recién cortado con sus ramas y todo, y debió de ser sin duda uno de los que tenían cortados, ya que todos ellos desaparecieron.

Todos tuvieron por especial favor y socorro milagroso de Nuestra Señora.

**María González, viuda de
Juan Fernández, de Barajas
el 23 de Mayo de 1618**

Esta vecina de Barajas de edad de 64 años, dijo que este mismo año estaba muy coja y fué a la Iglesia de Nuestra Señora del Espino a tener unas novenas que había prometido y fué el Domingo de San Juan de Mayo, y el Martes estando en oración, notó gran alivio y mejoría y se levantó y anduvo sin muletas hasta terminar las novenas y volvió para su casa por sus propios pies, dejando en la Iglesia en señal y agradecimiento la muleta. Y desde entonces, aunque un poco coja, lo cierto es que sin muleta anda por su casa y por el pueblo de Barajas.

Dijo que la víspera de la Magdalena del año pasado de 1616, estaba en la puerta de su casa con un candil en la mano para entrar, y allí sin tropezar ni resbalar cayó de su estado y sin poderse menear la tuvieron que llevar a su cama Francisco Hernández, su hijo y la mujer de Bernardo García; esto pasó al anochecer y tenía tan grandes dolores en la pierna, que no podía dormir sueño

alguno de noche ni de día y así estuvo hasta después de San Miguel de dicho año, y que aunque la aplicaron unturas y sahumeros a la dicha pierna y se la adobaron y embilmaron, no sintió mejoría alguna sino antes peoría, y que entonces prometió una pierna de cera para Nuestra Señora del Espino y que se la envió, y prometió ir a visitar con novenas y con esto quiso Dios, que se le quitaron los dolores aunque no del todo, pero en gran parte de manera que ya podía dormir algo; y pedía a Dios encarecidamente por los ruegos de su bendita Madre, la diese salud para andar sobre dos muletas, por su casa, porque entendió no poderse levantar de la cama en toda su vida; y quiso Dios que se levantó y pudo andar con dos muletas desde poco después de San Miguel hasta 30 de Marzo próximo siguiente de 1617 y que este día fué a misa con una muleta a la Iglesia de Barajas y así anduvo con mucho trabajo, hasta que fue a visitar a Nuestra Señora y a hacer las novenas como tiene dicho.

La pierna era la derecha.

Declaraciones de los Bachilleres Sánchez Tejado y el capellán Juan Martínez Moreno... lo mismo.

María Ramos

—¡Aquí, gentes de Dios!

La tempestad huracanada de agua y nieve había cedido y los vecinos, habían salido a recoger sus ganados. El paisaje había quedado empapado en agua que corría en hilillos por las grandes laderas y encharcaba, hasta casi cubrirlos, los prados en los que chapoteaban las vacas. El agua escurría por todas partes con un rumor que lo llenaba todo; sobre el unísono y fuerte ruido de las torrenteras. En aquel ruido monótono que llenaba el paisaje, se ahogaba esta frase angustiosa como un grito.

—¡Aquí, gentes de Dios...!

Nadie la oía. ¿La oyó María Sánchez que venía de Cabeza Mesada? Cuando llegó al Arroyo de los Regajos, se espantó al ver a una joven, casi una niña, oculta en sus turbias ondas.

Tenía quince años y se llamaba María Ramos, era hija de un hombre llamado Diego y huérfana de madre. Hija de padre ya anciano, pues tenía ya 73 años, y huérfana de madre, María tenía que trabajar.

De llevar o recoger algún ganado, de echar o desviar el agua vendría aquel día del cerro de Cabeza Mesada. Era ya tarde, casi puesto el sol, y María iba a casa por el camino más breve, pero al llegar al Arroyo de los Regajos, que se descuelga de los cerros, como una torrentera, éste la cerró el paso. En el cauce seco y angosto que ella había cruzado mil veces se apretaban las aguas aturbonadas, desbordándole... Era la crecida que venía de arriba de la montaña y llegaba entonces. Temió. Pero temía también a la noche, y a su padre anciano que estaría con cuidado. Decidida quiso vadearle y en este momento, tras un grito de angustia, las aguas la arrastraron pese a sus esfuerzos.

—¡Aquí, gentes de Dios...!

Arrastrada por el agua no perdió por completo la noción de su situación. Conocía el terreno muy bien y vió que el agua la arrastraba a una chorrera desde donde si cayera había de matarse. A ella en efecto llegó: El agua caía con estruendo y ella ya en el labio del precipicio clamó: ¡Virgen del Espino, valedme! En aquel instante, en aquel lugar de caída «más propio para irse que para detenerse», en aquel lugar donde no tiene en que apoyarse ella misma sobre piedras resbaladizas se detiene.

Apenas, hube dicho—díce en declaración— estas palabras me pareció que una fuerza, más fuerte que la del

agua; me tirana para que no cayese aquel despeñadero abajo.

Entonces volvió a clamar diciendo: ¡Aquí, gentes de Dios!

Hasta que llegaron María Sánchez de 36 años. mujer de Alonso Gómez y Marina García de 44, mujer de Alonso López.

Llegó primero María Sánchez que venía también de Cabeza Mesada y quedó asustada al verla en aquel peligrosísimo sitio toda cubierta de agua, no siendo la cabeza que levantaba y al momento, quiso asir de ella; mas no pudo sacarla sino que temiendo que el agua llevara a ambas, esperó a que llegara Marina y asiéndose una a otra, y María Sánchez a la joven, pudieron sacarla fuera aunque con mucha dificultad. Al sacarla, la dijo María Sánchez; María, Dios ha obrado milagro contigo. En esto llegó también Catalina Sánchez y al ver a María tan mojada preguntó qué había pasado y al contárselo quedó espantada, la dijo que a milagro de Nuestra Señora debía el haber salido sana y no hecha pedazos de tan gran peligro.

Pues era tan dificultoso el sitio, que ni un hombre fuerte hubiera podido salir por sí mismo por el mucha agua y el fondo del barranco tan lleno de piedras. No era vano el asombro de las tres mujeres. El sitio donde paró la María Ramos era como hemos dicho, el labio del precipicio, y según confesión de todos y de las gentes que después lo fueron a ver y de los mismos jueces que informaron.

Acompañaron y llevaron dichas vecinas de Hoyos a la dicha María hasta su casa donde su padre Diego la vio llegar, sin tener en sí más daño que las ropas tan caladas que no había en ellas un hilo enjunto, y al oír la narración de lo sucedido dió muchas gracias a Dios y a

su bendita Madre del Espino que de tan gran peligro había librado a su hija.

Examinado el dicho arroyo, después, se vió que el agua había arrastrado unos treinta y tantos pasos desde donde cayó hasta donde paró, todo ello llano, y precisamente fué a detenerse donde humanamente debía haber caído con más fuerza por ser la misma boca de la chorrera, de modo que dos pasos más adelante hubiera caído, en un canalón de piedra profundo de donde no la hubieran sacado muchos hombres, ni hubiera podido salir con vida.

La del terrero

Dos o tres veces al año a la salida del invierno, la víspera de la función o alguna gran fiesta, las humildes casucas serranas lucían su interior y los bordes de sus puertas y ventanas, con el único ornato que ostentaban sus paredes oscuras. Las mujeres iban a los terreros y venían cargadas con la tierra blanca que era limpieza y ornato para sus hogares, si no lo adquirían, a otros más pobres que ellos, que se ocupaban en ir al terrero por ella y la daban por lo que les querían dar.

Aquellas casucas serranas, de piedras sombrías, de esquinas redondas, que recordaban la forma circular de los chozos, pregonaban bien la proximidad de las grandes fiestas, El enjalbegado interior se asomaba al exterior, Era obligación que se imponía a toda mujer de su casa, con tierra blanca: los bajos se daban corriendo un festón de barro colorado, que cogía una franja del suelo.

Aseo y adorno de los hogares ibéricos, despues de jalbegada la casa aldeana exhala un vahó, olor de cosa limpia y sana. Exteriormente las puertas y ventanucos se enmarcaban en un recuadro de 30 centímetros de ancho de tierra blanca o colorada, que aun hoy se usa.

El aseo del enjalbegado sin desollones y sin sombras, llega al exceso. El último día de la semana hay que hacer de sábado que es fregar todos los suelos y jalbegar parcialmente.

Durante la semana se repara enseguida el descascarillado o refregón que al descuido se hace en la pared o en la franja del suelo pintada. El cacharro del barro blanco siempre está dispuesto.

Ir a los barreros por buena clase de tierra para el jalbiegue era una tarea de aquellas humildes gentes que habitaban en casas tan pobres como limpias. Los mendigos suelen llevar algo de tierra, escobas del campo etc.

Más pobre aún que los demás había una mujer en Navarredonda que por ganarse de alguna manera la vida se dedicaba a traer tierra de los barreros evitando el paseo a sus vecinos, les ofrecía la tierra blanca por lo que la querían dar.

Se supone la pobreza que la dominaba, aunque no se preocupaba, pues sus anhelos estaban más allá. Muchas veces paseaba el camino. Pero en vez de ir pensando tristemente en sus escaseces, nos dicen las escrituras, que cuando salía para el barrero aquel día, como todos, al salir de su casa comenzó a rezar el Rosario. Catalina Sánchez de 48 años, de Barajas, mujer de Pedro Ximénez. Solía rezar siempre el Rosario a Nuestra Señora y la tercera parte la comenzaba al salir de casa para terminar al llegar al barrero que está en los egidos de Navarredonda.

El barrero estaba ya muy gastado y la mina tenía más de dos estados de hondo.

Entró en él y cavó para llenar sus escriños. Salió aquel día una tierra muy blanca y Catalina dijo:

De esta tierra tan buena he de llevar una collera a Nuestra Señora del Espino. para su Iglesia y fábrica. En esto comenzaron a caer unas gotas de un líquido que no

era agua ni aceite y corría en la dicha cava. Extrañada quiso coger y echó la mano y el azadón para recogerlas y ver qué eran; pero no podía. Ocupada en esto, notó que la habían dado dos o tres golpecitos en un hombro, y le decían: — ¡Sal de ahí!

Quedó suspensa y atemorizada, echó mano al Rosario y encomendándose a Nuestra Señora del Espino salió de la mina o barrero, al punto que llegaba Catalina Hernández de 26 años, de Navarredonda, mujer de Andrés Sánchez de la Fuente.

Cuando llegó ésta y la vió tan suspensa y demudado el color le dijo:

— ¿Qué habéis sabido, tía, qué parece estais de mala traza?

La comenzó a contar lo que le había pasado, los golpecitos y aviso y estando hablando así las dos mujeres, la tierra se abrió y cayó un gran peñasco sobre el barrero cubriéndole así con gran cantidad de tierra.

Quedándose espantadas las dos mujeres dieron gracias a Dios y a la Virgen del Espino. Catalina aun acreció su devoción a la Virgen. Llevóle lo que tenía,

Llevóla una collera de la tierra más blanca que pudo hallar como ya otras veces lo había hecho. y si pudiera servirla con un gran tesoro lo haría... dice una declaración.

Ocurrió este maravilloso suceso el día dicho poco después del mediodía, a gloria de la Virgen María del Espino.

Esquilas

Aún quedan, viejo raro vestigio en algunas iglesias, clavadas en las paredes de los coros, unas ruedas de madera, de las que penden esquilas. Antiguamente las tenían todas las iglesias. Ya es un raro vestigio que aún

puede verse en algún humilde templo de aldea, unas ruedas de madera apolillada de las que penden esquilas.

Son las ruedas de esquilas.

En aquella época la iglesia de Santa María también la tenía, y estaban en la Capilla Mayor.

Un día oraba a las dos de la tarde una joven llamada...

De pronto irrumpió un hombre desconocido para ella que le dijo:

—Esta Virgen hace milagros...

Asustada quedó la joven. Reponiéndose dijo: Y tanto que los hace.

Salió el hombre precipitadamente y ella siguió rezando. La rueda de esquilas animóse rauda entonces y comenzó a girar, y la iglesia toda se llenó de una música de plata...

Isla

Este caso tan sencillo y tan tierno, tan ingénuo que se nota en el LIBRO DE LOS MILAGROS, parece sacado de los que se narran en la hagiografía de la Leyenda Aurea, y en los chispeantes cristales de un vitral vidriera medieval. Toda la gracia llena de ternura, toda la poética ingenuidad, toda la suave sencillez que se encuentran en ellos, se ven aquí.

A la hora del atardecer se ve una pradera inmensa, un campo verde con verdor de esmeralda y un arroyo hinchado que la trucida, y unas colinas con otras colinas detrás y sobre ellas un cielo que los rayos del sol poniente hacen aureo como el de los cuadros góticos. Se ven avanzando por la pradera unos bueyes mansos, y arreándolos una doncella apenas núbil, con una hijada que por no saberla llevar, la lleva con gracia. Se ve envolviéndolo todo una luz de Gracia...

Se llamaba Catalina García de la Flor y era una flor: con todo el aroma silvestre de las florecillas que, ignorantes de su valía, crecen escondidas en la alta montaña sencillas y puras: era una flor de santidad.

Si su corazón latía más deprisa, si en sus ojos se encendían más claras luces era el amor, el amor de Dios y de su bendita Madre del Espino, el que lo motivaba.

Aquella tarde iba detrás de sus bueyes pensando en Ella y en velar toda la noche en su Iglesia en su honor: porque era—dice—la víspera de la Encarnación.

No debía de tener madre y a su padre había de ayudarle; por eso a pesar de la larga distancia venía ella con el ganado que traía de Cepeda Luenga, donde acaso les hubiera estado guardando todo el día.

Cuando llegó a la garganta el agua era mucha y recia. Quiso atravesarla por un sitio que está más arriba de la llamada Chorrera del Batán, y bien fuera porque el agua superara los peñascos y estuvieran escurridizos, bien por su agitación, cayó a la corriente que la arrastró rauda y la trastornó dándola vueltas entre sus ondas, siendo vanos cuantos esfuerzos hizo para agarrarse a las piedras de la orilla. En vano. Las aguas la arrebataron garganta abajo hasta la referida chorrera por donde la precipitaron con violencia...

«Pensé que me había de matar—dice ella—si cayera de cabeza, pues el agua era recia y el sitio de la caída todo... lleno de peñascos, pero el agua me volvió y di abajo sin lesión alguna, cosa que tengo por gran maravilla... «Y añade» desde que caí al agua me iba encomendando a Dios y a Nuestra Señora del Espino que me protegiesen».

Lo necesitaba. El agua la siguió arrastrando (unos treinta pasos) llevándola por un charco muy hondo.

Allí había una cueva donde hería la fuerza del agua y temiendo la metiese allí la corriente, donde nadie la

viera, afigida y muy de corazón llamó a Nuestra Señora del Espino y al momento le pareció que la cogían debajo de ambos brazos y la llevaban fuera y se halló en una lancha de al lado, de manos y en cuclillas, viendo la gran misericordia que Dios había hecho con ella.

Como comprendía—dice—que por sí sola no podía haber salido y nadie por allí había que la hubiese visto y la pudiese socorrer, «comprendí muy claramente que Dios y su Madre me habían librado de perder la vida y en agradecimiento entonces mismo la ofrecí una misa a Nuestra Señora del Espino y con el propósito de decirla todos los años el día que ocurrió la libró del tal peligro... y una figura de cera».

Cuando los jueces eclesiásticos le preguntaron si no había nadie por allí que la hubiera sacado, o ella por sus esfuerzos contestó:

«Yo de ninguna manera hubiera podido; y a nadie vi en todo aquel lugar solitario... Solamente al volver a casa encontré en el camino a Juan Chamorro vecino de Hoyos a quien conté, al preguntarla lo que la había ocurrido, así como a la demás gente.

Así que lo tiene por gracia especial de Nuestra Señora y si entonces y ahora lo dice y a todos lo contó es para gloria de Dios y su bendita Madre del Espino...

Navacepeda.—La niña del peso en trigo

Era una tarde, ya muy tarde, se había puesto el Sol, cuando subía por la cuesta que conduce a la Iglesia un hombre con una caballería del diestro y sobre ella una niña montada, llevada por su madre. La aldea se hallaba ya recogida y sin ruidos. La proximidad de ellos fué anunciada por los perros, (que así consta todo), desde los distintos puntos de la aldea.

—Padre.

— ¿Qué?

— ¿Y me va a poner buena?

— Sí.

— ¿Quién?

— Una Señora, la Virgen del Espino, Nuestra Señora

— ¿Dónde está?

— Ya lo verás.

— Callaron ambos, y seguían caminando ladera arriba.

— ¿Por qué?

— Porque es muy buena; y quiere a sus devotos.

— Padre:

— ¿Qué?

— Yo también quiero a la Virgen del Espino.

Llegados al Santuario, entraron en la Santería Iuan Sánchez, carretero, de unos treinta años, su mujer y una niña, pequeña, de ambos llamana María.

Calentándose al fuego, contaron como le había dado un paroxismo de manera que rejilaba, temblaba y se le turbó el habla, y ellos habían ofrecido a Nuestra Señora llevarla a velar una noche a su Iglesia y su peso en trigo para que sanara.

Aquella noche velaron... Las oraciones fueron fervorosas. Le ofreció el peso de su hija en trigo, buen trigo candeal, aquel trigo que no probaban, que era un manjar especial, aquel trigo podía servir para las formas con que se decía la misa a Nuestra Señora del Espino. Cumplieron la vela, cumplió la ofrenda del trigo... esperando de la bondad de la Virgen. Y la niña sanó.

El pescador

Estos hombres y estas mujeres que reciben las gracias de Nuestra Señora, estas gentes sobre cuyas almas se posa la mano real de la Madre de Dios, estos seres

que vemos envueltos en la luz misteriosa del milagro, por obra de las informaciones de entonces, llegan a nosotros, con una realidad cruda, casi hiriente, sin que los siglos hayan podido suavizar, o esfumar más o menos su verdad. Y su verdad es humilde, como habéis visto.

Hasta en estas doncellas, devotas de María y favorecidas por Ella, la verdad es humilde. Sus horas están ocupadas en la labor. La piel de sus manos está escoriada por el trabajo, sus vestidos son vestidos humildes, reducidos de los de sus madres o sus abuelas, sus ojos, al mirar al cielo, se iluminan.

Humíldes en su afán de cada día, en su trabajo, en sus escaseces, en sus dichas y decadencias; para remediarlos saben tienen a mano una protección que en cada momento, aunque invisible, está tendida sobre ellos.

Día 7 de Septiembre. Un hombre de la Villa de Mombeltrán lleva un zurrón al hombro y unas alforjas. Vase de Hoyos hacia su pueblo. Es el medio día poco más y sube por la corriente del río, para de paso, coger algunas truchas... En la presa de Pedro Jiménez se sabe algunas buenas y allí para a echar unas cuerdas.

Prepáralas y se tiende sobre un peñasco que hace cornisa sobre el agua para lanzarla.

El peñasco comienza a moverse o inclinarse sobre el charco y el hombre clama ya sobre el agua; «Virgen del Espino, salvadme».

Hombre y peñasco caen en una trágica zambullida, y sin saber cómo el hombre sale sobre el agua y se ve en la orilla. Tiene los brazos enredados con las alforjas, las cuerdas enredadas también.

La Virgen del Espino le libró y allí mismo le hace una ofrenda.

Cuando llegó al pueblo dice a su mujer: Acuérdate que por la Virgen del Espino tienes marido... tenla devoción.

Y siempre durante su vida le dice: Acuérdate, hermana, que por la Virgen del Espino tienes marido.

Venerable Madre María de Jesús y del Espino

Quien quiera que haya ojeado a lo menos la *Vida* de esta célebre religiosa, natural de Hoyos del Espino y profesa Carmelita Calzada en el Convento de Piedrahita, donde está enterrada, nos podrá dar la razón de incluirla entre las almas favorecidas con prodigios singulares por Nuestra Señora del Espino. Y eso repetidas veces de manera extraordinaria.

Constantemente acudía a ella y la invocaba, como nos dice su biógrafo:

«D. José Carrera Medina, cura propio de Hernansancho, 1872», y fué a no dudarlo propagandista de su devoción aún en los lugares más apartados de Gredos.

Como no han llegado a mí las cuartillas de D. Manuel y la enumeraba solamente en su croquis, con lo precedente tan solo se cree dispensado en este cargo el editor quien así da fin al LIBRO DE LOS MILAGROS de Nuestra Señora del Espino.

INDICE

Páginas

Dedicatoria y recuerdo.....	7
El libro de los milagros.....	9
Un pueblo.....	14
El Municipio.....	18
La Parraquia.....	26
El pueblo.....	43
El forastero y el emigrante.....	48
Capítulo I: Los orígenes.....	53
Capítulo II: Era la segunda mitad del siglo XII.....	66
Capítulo III: Aura de prodigios.....	79
Capítulo IV: El alma del Santuario.....	83
Los hijos de Job.....	88
Los santuarios de la Virgen María.....	91
Capítulo V: El Santuario de Nuestra Señora del Espino y su Hospital.....	94
Capítulo VI: Patrona de la Sierra.....	105

SEGUNDA PARTE

Capítulo I: El libro de los milagros.....	111
La realidad.....	119
Marcos Sánchez.....	120
El tullido.....	123
Con un albañil llamado Domingo Ximénez.....	124
El hombre de Mombeltrán.....	129
Eficacia de una misa a Nuestra Señora.....	132

Del milagro que obró Nuestra Señora del Espino con una mujer de Ortigosa.....	135
De la gracia de su curación que de la Virgen Santísima obtuvo María Sánchez Barroso.....	119
De lo que aconteció a una mujer de la Herguijuela.....	144
Juan Jiménez, 1600.....	145
María González, viuda de Juan Fernández. de Barajas. el 23 de mayo de 1618.....	151
María Ramos.....	152
La del terrero.....	155
Esquilas.....	157
Isla.....	158
Navacepeda —La niña del peso en trigo.....	160
El pescador.....	161
Venerable Madre María de Jesús y del Espino.....	163

SEGUNDA PARTE

Capítulo I. El libro de los milagros.....	111
La curación.....	119
María Sánchez.....	120
El milagro.....	123
Con un niño llamado Domingo Jiménez.....	124
El hombre de Mondeluzán.....	129
Historia de una niña a Nuestra Señora.....	132

GRABADOS

Páginas

D. Manuel Castel Romero. Párroco que fué de Hoyos del Espino.....	5
Vista general de Hoyos del Espino.....	16
Arco del Puente del Duque.....	22
Laguna grande de Gredos.....	59
Cuadro antiguo de la primera aparición.....	71
Nuestra Señora del Espino y el cantor de sus glorias.....	81
Nueva capilla de Hoyos del Espino.....	86
Iglesia parroquial.—Lugar de la aparición.....	98
Estandarte regalado por el pueblo... ..	115



EDITORIAL
TIPOGRAFÍA
Y ENCUADERNACIÓN
DE SENÉN MARTÍN
AVILA



189

190

191

192

193

194

195

196

197

198

199

200

201

202

203

204

205

206